

Vuesa merced, Sancho soy
Y Sancho otra vez me quedo.
Si para Gobernador
No nací, yo el cargo suelto;
Que más quiero un grano de uña
Del alma, que todo el cuerpo.
Lo mismo soy Sancho á secas,
Pan y cebolla comiendo,
Que seré Sancho en la Insula
Con perdices y conejos.
Mientras duermen, son los hombres
Iguales, como los muertos,
Lo mismo ricos que pobres,
Grandullones ó pequeños.
Vuesa merced, señor mío,
Inventó lo del gobierno,
Que yo sé muy bien que apenas
Gobernar al rucio puedo.
Así, pues, si se imagina
Que he de verme en grande aprieto
Y que el diablo ha de llevarme,
Más quiero ir Sancho al cielo
Que pomposo y engreido
Gobernador al infierno.»

Calló Sancho, y Don Quijote
Dejando al punto su asiento
Dijo:—Por Dios, Sancho amigo,
Que se ha ensanchado mi pecho.
Por esas razones últimas
Que has dicho, te considero
Digno de mandar mil insulas,
Y de regir todo un reino.
Con buen natural naciste,
Teme á Dios; sé justo y bueno,
Y en los negocios más árdios
Te iluminarán los cielos.»

LXXXII

Á la Ínsula.

LA tarde del mismo día
En que pasó todo aquello
Que ya referido queda,
Don Quijote, como bueno
Que era, puso por escrito
Sus valiosos consejos,
Dando el manuscrito á Sancho
Que se lo metió en el seno,
Si bien á pocos instantes
Lo dejó caer al suelo.
Llegó á manos de los Duques
El papel, dando rodeos,
Y ambos á dos admiraron
La locura y el ingenio
Que á la vez atesoraba
El bizarro caballero.

—Sigamos, pues, adelante
Con las burlas, se dijeron;
Y aquella tarde enviaron
Con mucho acompañamiento
Al gobernador flamante
Que debía ir á un pueblo
Tenido por buena Ínsula
Aunque estaba tierra adentro.

Aconteció, sin embargo,
Que al prepararse el cortejo
A partir con Sancho Panza,
Surgió un incidente nuevo.
Fué el caso que el que debía
Conducirle hasta el gobierno,
Y darle la posesión
De tan elevado empleo,
Era el mismo mayordomo
Burlón, gracioso y discreto,

Que hizo el papel de la dueña
Trifaldi con tanto acierto.
Vióle Sancho, espeluznóse
Y á su señor dijo luego:
—O á mí el diablo ha de llevarme,
O ese hombre que estoy viendo
Es la mesma Dolorida
Que lleva su rostro mesmo.

Miró muy atentamente
Durante algunos momentos
Don Quijote al mayordomo,
Y así dijo á su escudero:
—No hay por qué el diablo te lleve,
Que yo también le contemplo
Y al ver su rostro barbado
El de la Trifaldi encuentro.

Pero no es el mayordomo
La Dolorida, que eso
Sería contradicción
Muy grande, y ahora no es tiempo
De averiguar unas cosas
Que encierran tantos misterios.
De todos modos, es fuerza
Que ambos pidamos al cielo
Nos libre de encantadores
Y de brujas y hechiceros.

—Y que no es broma ni burla,
Dice Sancho un tanto trémulo,
Lo prueba, señor del alma,
El que ese extraño sujeto
Habló denantes, y oírle
Y oír los propios acentos.
De la Trifaldi, fué una
Mesma cosa en mi conceto.

—Vive, pues, muy prevenido.
—Desde ahora me prevengo,
Y juro no decir nada
Observándole en silencio,
Para ver si dá señales
Que prueben lo que sospecho
O que desfagan mis dudas.

—También yo te lo aconsejo,

Hijo Sancho; y si descubres
Que encierra algún gatuperio,
Darásme aviso al instante
No tan sólo sobre eso,
Sino sobre cuanto pueda
Sucederte en el gobierno.

Aquí al íntimo diálogo
Ambos término pusieron;
Besó á los Duques las diestras
Sancho Panza, y recibiendo
La bendición de su amo
Hizo unos cuantos pucheros.
Luego salió en compañía
De su lucido cortejo
Con un traje de letrado
Que le daba grave aspecto.
Encima de aquel vestido
Un ancho gaban le han puesto
De chamelote de aguas
Leonado, de mucho efecto,
Con una hermosa montera
Que de igual tela le hicieron.

Montado va sobre un macho
Con vistosos paramentos,
Llevando detrás al rucio
Que lleva jaeces nuevos,
Con sus pasamanerías
De seda por los extremos,
Y según dicen las crónicas
Iba ufano y satisfecho
Volviendo atrás la cabeza
Para ver á su jumento,
A cada paso que daba
En dirección del gobierno.

LXXXIII

Serenata.—Apuros amorosos.

TRISTE se halla Don Quijote
Encerrado en su aposento:

Triste por hallarse ausente
De su jovial compañero;
Y más triste todavía
Porque desde aquel momento
No tiene ayuda de cámara
Que con prontitud y esmero
Le desnude, vista y calce;
Le atuse barba y cabello
Y sepa servirle en todos
Sus menesteres secretos.

Verdad es que la Duquesa
Le ha ofrecido desde luego
Colocar bajo sus órdenes
Dueñas, pajes y escuderos,
Amen de cuatro doncellas
Bellísimas como un cielo
Que de sus necesidades
Cuiden con mucho contento.
—Eso no, dijo el hidalgo,
Que aunque en el alma agradezco
Tan amables distinciones,
Nadie entrará en donde duermo;
Pues soy esclavo de aquella
Que oculta en el alma llevo
Y he de guardar las reservas
Que exige mi estado honesto.
Yo me serviré á mi mismo
Siempre de puertas adentro,
Levantando la muralla
De mis castos pensamientos
Cuando el ánimo fluctúe
Entre el deber y el deseo.

Por estas y otras razones
Está el pobre caballero
Muy triste y muy pensativo
Encerrado en su aposento.
Que al desnudarse, y sacarse
Las medias, dió un tan soberbio
Tirón, que de una de ellas
Tantos puntos se le fueron
Que se trocó en celosía;
Lo cual le afligió en extremo

Porque no tenía muda;
Pero sintió algún consuelo
Al hallar un par de botas
De viaje, que el electo
Gobernador se dejara
Olvidadas en el suelo.
Así, pues, mató las luces,
Quedándose algo ligero
De ropas, porque el calor
Era demasiado intenso.

Pensando en su soledad,
Y en su carencia de medios
Para remediar sus medias
Tan mediadas de agujeros,
Sintió la ausencia de Sancho,
Pensó en su dulce tormento
Que aun no está desencantado,
Y buscando en sus recuerdos
Algo que alivie sus cuitas,
Procuró entregarse al sueño.

Conato inútil! sus ojos
No quiso cerrar Morfeo,
Razón por la cual, cansado
Se arrojó fuera de el lecho.
Luego se fué á una ventana
Que daba á un jardín ameno,
Y al abrirla oyó que andaban
Y hablaban allí con cierto
Recato, algunas personas
Sin duda del bello sexo.

—No me importunes, decía
La una con dulce acento;
No porffes, Emerencia,
Que cantar ahora no puedo.
Desde que entró en el castillo
Ese gentil forastero
Y mis ojos lo miraron,
Quedé sin voz, sin aliento,
Y en vez de süaves notas
Saco gemidos del pecho.
Deja que tranquilo duerma
Ese asesino, ese nuevo

Eneas, que escarnecida
Me dejará sin remedio.
—No veas tu porvenir
Oh Altisidora! tan negro;
Dice otra voz femenina;
Canta y apaga ese fuego
Que te consume. Dormidos
Nuestros señores y dueños
Están; nadie en el alcázar
Vela; sólo el caballero
Que te seduce y fascina,
Se halla á estas horas despierto,
Puesto que sentí hace poco
Que suavemente abrieron
La ventana de la reja
Que hay en su mismo aposento.
Canta, Altisidora, canta;
Templa tu arpa, y si vemos
Que la Duquesa te siente,
No por eso tengas miedo,
Que el calor que nos abrumba
Nos servirá de pretexto.
—No es ese, Emerencia mia,
Dice Altisidora, el fiero
Temor que ahora me asalta.
Lo único que yo temo
Es que descubra mi canto
Las llamas del grande incendio
Que me abrasa y me consume
El corazón inexperto.
Ay! tú sabes que idolatro
A ese hermoso caballero
Cuya imagen seductora
Vino á trastornarme el seso.
Mas ¿qué dirán los que nunca
Lo que es amor conocieron?
Me tomarán por doncella
Entregada á un vil deseo,
Antojadiza, liviana,
Y llena de atrevimientos.
En fin, si tú lo deseas
Yo seguiré tus consejos;

Venga el arpa, mi voz oiga
El ingrato por quien muero
Y venga lo que viniere;
Que, según dice un proverbio,
Más vale vergüenza en cara
Que ruin mancilla en el pecho.

Calló la que estaba hablando
Y solo turbó el silencio
De la noche, el melancólico
Conmover instrumento
Que entre suavísimas notas
Esparció sus dulces ecos.

Entretanto, Don Quijote
Dió vueltas en su cerebro
A las mil y mil quimeras
De sus libros andantescos,
Y no abrigó duda alguna
De que le amaba en secreto
Alguna linda doncella
De la Duquesa; y temiendo
Que aquel amor contenido
Le pusiera en grande aprieto,
Para que no le rindiese
Propuso en su pensamiento
El no dejarse vencer
Fuese cual fuese el asedio.
Así, pues, encomendándose
A su señora, contento
Quiso oír la serenata
A la cual daban comienzo;
Y á fin de que Altisidora
Advierta que la está oyendo
Con un fingido estornudo
Dió la señal del concierto.

Mucho, mucho se alegraron
Las doncellas al ver esto,
Pues no estaban muy seguras
De que estuviese despierto;
Así, pues, Altisidora,
Cantó después de un momento
De pausa, un bello romance
Tan seductor y tan tierno,

Tan transparente, tan claro,
Y de alusiones tan lleno,
Declarándole su nombre,
Su residencia y su empleo
De doncella de la casa,
Que no pudo el caballero
Poner en duda que es él
De tanta pasión objeto.

Por esta razón, apenas
Cesó aquel canto, del seno
Arrancó un hondo suspiro
Exclamando con despecho:
—Es triste, triste á fé mia,
Mi fiero destino adverso,
Pues siempre tengo de ser
Juguete de sus decretos.
No hay doncella que me mire
Que no se enamore luego,
Viniendo de Dulcinea
Del Toboso en detrimento.
Jamás la dejan á solas
Gozar de mi fino afecto
Y de aquesta incomparable
Firmeza con que la quiero.
¿Qué intentais pedirle, reinas?
Emperatrices ¿qué es esto?
Doncellas de quince años
¿Qué me venís exigiendo?
Llore ó cante Altisidora
A mí no me importa un bledo;
Desespérese Madama
Por quien de palos me dieron
En el castillo del moro
Encantado; que yo tengo
El corazón de alfeñique
Para aquella que venero
Y en tratándose de otras
Duro pedernal me vuelvo.

Dijo; cerró la ventana
De golpe y porrazo, y luego.
Cabizbajo y pesaroso
Se arrojó sobre su lecho.

Dejémosle allí entregado
A sus graves pensamientos,
Y veamos cómo Panza
Se conduce en su gobierno.

LXXXIV

El señor Gobernador.

ERA la supuesta ínsula
Barataria, un lugar viejo
Que contaba mil vecinos
Sobre poco más ó menos.
Gozaba honores de villa
Y era de lo más selecto
Que en sus estados tenían
Aquellos Duques egregios.
Por eso al llegar á ella
Sancho y su acompañamiento
Salió al punto á recibirle
El municipal concejo.
Tocáronse las campanas,
Y el vecindario contento
Le acompañó con gran pompa
Hasta el mejor de los templos,
Que iglesia Mayor llamaban
Y que lo era en efecto.

Allí, después de dar gracias
A Dios, de rodillas puestos,
Prévias unas ceremonias
Ridículas que se hicieron,
Entregaron al buen Sancho
Todas las llaves del pueblo
Admitiéndole gustosos
Por gobernador perpetuo.

Y aquí refiere la historia
Que el traje raro y grotesco,
Las barbas, la gordura
Y la pequeñez del cuerpo

Del Gobernador, tenían
Admirados y suspensos
A todos los que no estaban
En el busilis del cuento,
Y aun á las muchas personas
Partícipes del secreto.

Finalmente, cuando todos
Dando las gracias al cielo
Abandonaron la iglesia,
Al buen Sancho condujeron
A la silla del juzgado
En la cual tomó él asiento.
Entonces el Mayordomo
Del Duque (el que ya sabemos
Quién era) dijo:—Es costumbre,
Señor, desde antiguos tiempos,
Que el que tome posesión,
Sea quien fuere, del gobierno
De esta ínsula famosa,
Antes ha de respondernos
A una pregunta intrincada
Que nosotros formulemos,
Para ver si la respuesta
Es digna de un grande ingenio,
Con lo cual el pueblo puede
Quedarse triste ó contento.

Esto dijo el mayordomo;
Mas Sancho, que al mismo tiempo
Miraba unas grandes letras
Escritas en el testero
De enfrente, á fuer de profano
En cosas del alfabeto,
Preguntó qué eran aquellas
Pinturas que estaba viendo
En la pared susodicha,
A lo cual le respondieron:
—Allí, señor, está escrito
Y anotado, el día mesmo
En que vuestra señoría
Se hace cargo de su empleo;
Y dice así el epitafio:

Hoy día á las once, menos

Seis minutos, de tal mes
Del año que va corriendo,
Ha tomado posesión
De esta ínsula y gobierno
El señor Don Sancho Panza
Que la goce un siglo entero.»

—Y diga, hermano; ¿á quién llaman
Don Sancho Panza?—Yo entiendo,
Señor, que usía se nombra
De ese modo.—Pues no es cierto,
Responde Sancho, que yo
No tuve Don, ni lo tengo,
Ni en mi linaje lo hubo
Jamás; y advertiros debo
Que soy Sancho Panza á secas;
Y mi padre, que ya es muerto,
Fué Sancho; y Sancho mi tío,
Y Sancho también mi agüelo;
Y todos fueron tan Panzas
Como yo Panza estoy siendo
Sin poner añadiduras
De dones que no tenemos.
Y yo imagino que en esta
Ínsula en que hoy me veo
Debe de haber tantos dones
Como piedras; y sospecho
Que si dura cuatro días,
Solo cuatro, mi gobierno,
He de escardar muchos miles
De tales aditamentos
Que por ser tan vanidosos
Y por ser ya tantos, creo
Que han de enfadar como enfadan
Los mosquitos trompeteros
O de trompetilla; y digo
Que Dios me entiende y me entiendo.
Así, pues, pase adelante
Con su pregunta el discreto
Señor mayordomo y dígame
Lo que quiera, que yo ofrezco
Responder como pudiere
Y me dite el buen deseo

De acertar, ya se entristezca
Ó no se entristezca el pueblo.»

Apenas estas palabras,
Pronunció Sancho, invadieron
La sala dos litigantes
Que iban justicia pidiendo.
Fueron los dos que llegaron
A hablar antes de su pleito
Un sastré y un labrador,
É hizo presente el primero
Que aquel labrador le había
Llevado á su tienda, un cierto
Retal de paño, encargándole
Que le hiciese con esmero
Una buena caperuza
Que le abrigara en invierno.
—Miré el paño, dice el sastré;
Ví que no había de menos
Ni de más; pero ese hombre
Desconfiado, creyendo
Que yo le sisaba paño,
Preguntóme si con ello
Le haría dos caperuzas.
Le adiviné el pensamiento
Y dije que sí; y él dando
Riendas á su mal deseo
Y á su gran desconfianza,
Fué caperuzas pidiendo
Y yo otorgándole síes
Hasta llegar nada menos
Que á cinco, las caperuzas
Que son las mismas que he hecho.
Mas hoy, al verlas, se niega
A satisfacerme el precio
De la hechura, y solicita
Que yo le entregue el dinero
Que costó el paño, ó el paño
Que la tijera ha deshecho.»

Calló el sastré, y el buen Panza
Dijo al labrador:—¿Es cierto
Hermano, lo que este hombre
Ha dicho?—Yo no lo niego,

Respondió el interpelado,
Pero mande por el cielo
Vuesa merced, que él nos muestre
Las caperuzas que ha hecho.
—Yo lo haré con mil amores,
Replica el sastre al momento.
Y al sacar la diestra mano
Que oculta en el ferreruelo
Llevaba, mostró los cinco
Bonetillos tan pequeños
Que estaban bien ajustados
A las puntas de sus dedos.
—Estas son, prosiguió el sastre,
Las caperuzas; y puedo
Jurar por Dios y en conciencia
Que entró el paño que me dieron
Sin que sobrara una hilacha;
Y si no se me dá crédito,
Ante gentes del oficio
Vengan veedores á verlo.»

Riéronse los presentes
De lo raro del suceso
Y Sancho que estaba un tanto
Pensativo, dijo luego:
—Paréceme á mí que en este
Letigio, se puede presto
Juzgar y dítar sentencia
Sin dilaciones ni enredos;
Razón por la cual, al punto
De esta manera sentencio:
Pierda el sastre las hechuras,
Pierda su paño el labriego,
Llévense las caperuzas
Para darlas á los presos
De la cárcel; y no haya
Más; acabóse este pleito.»

Esto dijo Sancho Panza
Mostrándose satisfecho
Mientras que á él se acercaban
Otros litigantes nuevos.

LXXXV

Justicia á secas.

ERAN los recién venidos
Dos hombres bastante viejos,
Y en un báculo de caña
Apoyábase uno de ellos.
El otro que no traía
Bastón, fué el que habló primero
Diciendo á Sancho:—Señor:
Yo presté sin documentos
Ni testigos á este hombre,
Hace ya bastante tiempo,
Diez escudos de oro en oro
Que él mismo quedó en volvérmelos
Cuando yo se los pidiese;
Pero me abstuve de hacerlo
Temeroso de ponerle
Tal vez en un grave aprieto.
Así pasaron los días;
Varios meses transcurrieron
Y al ver que se descuidaba
En la paga, puse término
A mi paciencia, y pedíselos
Con mucho comedimiento
Varias veces; pero él niega
Que yo le hiciese tal préstamo,
Y añade que si lo hice
Ya me lo tiene devuelto.
En este caso, faltándome
Quien testifique tal hecho,
Le pido á vuesa merced
Que le tome juramento;
Y si él jura que ha pagado
Mis diez escudos, prometo
Para aquí y para delante
De Dios, no hablarle más de ello.»

Volvióse Sancho hacia el otro
Así que acabó el primero,
Y preguntóle:—¿Qué dice
A todo esto el buen viejo
Del báculo?—Yo, señor,
Contestóle él, confieso
Que me prestó esos escudos;
Pero como está dispuesto
A acatar lo que yo jure,
Vuesa merced baje luego
Su vara, que yo por ella
Juraré haberle devuelto
La cantidad que me pide
Y que cree que aun le debo.»

Bajó el gran gobernador
Su vara, y en tanto el viejo
Del báculo, entregó éste
A su demandante, haciendo
Como que para jurar
Le estorbaba aquel objeto.
Después colocó su mano
Entre humilde y satisfecho,
Sobre la cruz de la vara,
Y juró con firme acento
Que los escudos prestados
Se los devolvió á su dueño,
El cual tal vez le apremiaba
Por no haber caído en ello.
—Y vos que estais escuchando
¿Qué decís á todo eso?
Preguntó el gobernador
Al acreedor.—Yo contesto,
Dijo éste, que sin duda
Se me fué del pensamiento
Lo que ese hombre ha jurado,
Pues por honrado le tengo
Y por buen cristiano; y tomo
Por lícito y verdadero
Lo que dice; y aseguro
Que no le seré molesto
Reclamándole la deuda
Que jura haber satisfecho.»

No bien habló el demandante,
El demandado, ligero
Tornó á recobrar su báculo;
Y una reverencia haciendo
Salió del juzgado al punto
Más impaciente que cuerdo.
Visto lo cual, el buen Sancho
Mostróse un tanto perplejo;
Llevó la mano á su rostro,
Bajó la barba hasta el pecho
Y quedó meditabundo
Durante algunos momentos.
Alzó luego la cabeza
Y dijo:—Traíganme al viejo
Del báculo, que si él tiene
Prisa, yo ninguna tengo.»

Trajéronle á su presencia
Y Sancho un tanto colérico
Le dijo:—Dadme, buen hombre,
Ese báculo al momento.
—De buena gana, responde
El vejete marrullero;
Y al señor gobernador
Con gran placer se lo entrego.»

Tomóle Sancho en sus manos
Y se lo dió al otro viejo
Diciéndole:—Andad con Dios,
Que pagado vais con eso.

—¿Yo, señor? exclamó absorto
El demandante; ¿pues esto
Que es una vil cañaheja
Vale diez escudos?—Creo
Firmemente que los vale
O soy un porro y un perro.
Mas para que todos vean
Si está mi caletre entero
Y si puedo gobernar
Aunque sea á todo un reino,
Rompan al punto esa caña.»

Hiciéronlo así en efecto,
Y hallaron diez escuditos
De oro en sus canutos huecos

Que Sancho entregó al instante
A su legítimo dueño
Mientras que el deudor tramposo
Salió corrido y corriendo.

LXXXVI

La querrellosa.

Los que aguardaban que hiciera
Sancho mil majaderías,
Y los que no lo esperaban
Porque no le conocían,
Quedaron maravillados
Viéndole hacer tal justicia.
Preguntáronle al instante
Cómo colegido había
Que dentro de aquella caña
Los tales escudos iban,
Y él respondió:—He sospechado
Su maldad, al ver la prisa
Con que recobró su báculo,
Siendo así que no tenía
Necesidad de endosarlo
Al acreedor, cuando iba
A prestar su juramento;
Pues más natural sería
El pasarle á su otra mano
Que no es manca; y esto indica
Que un juez debe estar en todo,
Haya ó no leyes escritas
Referentes á estos casos
De infame bellaquería.
Por esta razón, deduzco
Que los que gobiernan insulas
Aunque sean unos tontos
Tal vez Dios los encamina
En sus juicios, para dar
Al traste con la malicia

De los pícaros; mas juro
Por Dios y por su Santísima
Madre, que aunque yo no soy
Ningún salmón...!—Dirá usía
Salomón.—Eso he querido
Sinificar; pero siga
El juicio, que ya me canso
De estar quieto en esta silla
Y es mi estómago un farol
Que pide aceite y torcida.»
No bien el buen Sancho Panza
Acabó su retahila,
Entró en el juzgado una
Mujer fuertemente asida
De un hombre, que por su traje
Ganadero parecía
De los más acomodados;
Y con voces inauditas
Exclamó inmediatamente:
—Justicia, señor, justicia;
Que de no hallarla en la tierra
Al cielo á buscarla iría!
Ay! señor gobernador
De mi alma y de mi vida!
Ay! desdichada de mí!
Pobrecita! pobrecita!
Al verme sola en el campo
Sin defensa y desvalida,
Este mal hombre ha venido
A mí con sus manos limpias
Y me ha manoseado
Quitándome la más rica
Joya que yo he defendido
Durante toda mi vida
De cristianos y de moros
Y de las mil tentativas
Que hicieron inútilmente
Los que rendirme querían,
Sin ver que yo era más firme
Que una roca ó que una encina.
—Y vos ¿qué decís á eso?
Preguntó Sancho enseguida

Al ganadero que estaba
Rojo de vergüenza ó de ira.
—Yo, señores, dice el triste
Con apariencia contrita,
Soy un pobre ganadero;
Y esta mañana salía
De este lugar, de vender
Con perdón sea dicho...— Siga;
Que si se trata de puercos
Aquí la gente es muy limpia,
Y porque nombre al cochino
No ha de creerse aludida,
Ni el señor gobernador
Desprecia la mercancía.

Esto observó el mayordomo,
Y el hombre con voz sumisa
Dijo:—Vendí cuatro cerdos,
Y ya á mi aldea volvía,
Cuando el diablo que lo añasca
Todo, y al hombre encamina
Por mala senda, me hizo
Topar con esta individua
Haciendo que ambos yogásemos
Juntos en la senda misma
Sin que esta pécora diese
Muestras de hallarse intranquila
Por querer guardar la joya
Que dice que poseía.

Paguéle lo suficiente;
Pero ella, viendó que iba
Yo pertrechado de cuartos,
Dió riendas á su codicia
Y descontenta y furiosa
Asió de mí con tal prisa,
Que trayéndome á remolque
Aquí delante de usía,
Declara que la he forzado;
Mas yo juro que es mentira.

Calló el hombre, y el gran Sancho
Le preguntó si traía
Consigo algunos dineros
En plata.—Si traigo, afirma

El ganadero, sacando
Un bolsón que contenía
Hasta unos veinte ducados.
—Pues tal como está, replica
Sancho, entréguele la bolsa
A la que pide justicia.»

Hízolo temblando el hombre,
Y ella afanosa y solícita
La tomó con ambas manos,
Haciendo mil cortesías,
Rogando á la vez al cielo
Que prolongara la vida
De aquel juez que así miraba
Por las huérfanas y tímidas
Doncellas; y al decir esto
Vió si el bolsón contenía
Plata y no cobre; y al verlo
Se retiró complacida
Del juzgado, repitiendo
Sus zalemas infinitas.

LXXXVII

Sancho el Sabio.

SALIÓ, según hemos dicho,
La mujer dándose prisa;
Mas no bien hubo traspuesto
La puerta, con voz firmísima
Dijo Sancho al ganadero
Que suspiraba y gemía:
—Id, buen hombre, tras de aquella
Mujer, y aunque se resista
Quitadle la bolsa, y luego
Volved con ésta enseguida.
—Sí haré, dice el ganadero
Sin aguardar que repitan
La orden, pues ya el peculio
Le importa más que la vida.

Salió corriendo, y en tanto
Que él á la mujer seguía,
Los que allí estaban presentes
Mil conjeturas hacían
Sobre el final de aquel pleito
Que suspensos los tenía.
Mas no tardaron en verlo,
Pues de allí á poco, la misma
Mujer, y el hombre á quien ella
Acusó, llenos de ira,
Más aferrados y asidos
Que antes, con gran porfía
Entraron en el juzgado
Pidiendo otra vez justicia.

Con la saya levantada,
Aquella indomable harpía,
Puesta la bolsa de cuero
En el regazo, y á guisa
De leona que defiende
A sus cachorros, ponía
Tal resistencia á las muchas
Furiosas acometidas
Del ganadero, que era
Inútil toda embestida.
—¡Justicia de Dios! gritaba
Llena de rabia infinita,
¡Justicia del mundo! miren
De este hombre la perfidia.
Repare y vea ¡oh! señor
Gobernador de mi vida,
Lo que haciendo está esté infame
Que aquí en poblado y de día
Quiere quitarme la bolsa
Que su merced me adjudica.
—¿Y háosla quitado? pregunta
Sancho con cierta ironía.
—¿Cómo quitar? le responde
La mujer; antes la vida
Me quitarán que la bolsa;
Sí, sí, cobarde es la niña.
Otros gatos han de echarme
A las barbas; no esa pizca

De hombre desventurado
Y asquerosa sabandija.
Tenazas, martillos, mazos,
Y escoplos, no bastarían
A sacarme de las uñas
Esta bolsa que ahora es mía.
—Tiene razón, dice el hombre,
Que no hay aves de rapiña
Ni habrá garras de leones
Que la venzan en la lidia.
Yo me declaro rendido;
Que no son las fuerzas mías
Bastantes para quitarle
Lo que ella en guardar se obstina.
Así, pues, cedo y renuncio
A seguir en mi porfía.
—Entonces, exclama Sancho,
La cosa salta á la vista,
Esta mujer es valiente
Y honrada como ella misma.
Mostrad la bolsa.—Aquí está
Dice ella al exhibirla.
—Venga, pues, responde el justo
Gobernador, que la mira
Y se la entrega á su dueño
Diciendo así á la perdida
Hembra que atónita estaba
Mirando lo que él hacía:
—Esforzada y no forzada,
Mentirosa hermana invicta,
Si el mismo valor y aliento
Que para pedir justicia
Y defender esa bolsa
Habéis mostrado este día,
Los hubiérais empleado
En evitar la mancilla
Que decís que en vuestro cuerpo
Hizo ese hombre que os mira,
Es seguro que ni un Hércules
Tal desaguizado haría.
Andad con Dios, y con mucho
De enhoramala; idos lista

Y no paréis á seis leguas
En redondo de esta Insula,
Sopena de un par de cientos
De azotes; marchaos á prisa,
Churrillera, descarada,
Embaidora, relamida.»

Espantóse la infiel hembra
Y salió en definitiva
Cabizbaja y presurosa
Cual si fuese de estampía,
Mientras que el gobernador
De esta manera se explica:
—Andad con Dios, pobre hombre,
Sin seguir sendas torcidas.
Y si estimáis vuestra hacienda,
Llevadla á vuestra familia
Sin que os venga en voluntad
Yogar con encontradizas,
Ni con nadie; que atrás queda
El que adelante no mira,
Y quien quita la ocasión
Quita el pecado de encima,
Y el que hace un cesto hace ciento
Y bien va quien bien camina.»

Calló Sancho; el ganadero
Le dió unas gracias muy tímidas
De la manera peor
Que supo, y fuese enseguida,
Quedando los circunstantes
Admirados de la vista
De aquel pleito, y de los juicios
Anteriores, que ponían
A Sancho Panza en las nubes
Con sus sentencias magníficas.
Y se vió que un hombre indocto
Valé más que cien golillas
Y más que mil leguleyos
Reolvedores, si estima
Su buena opinión, y tiene
La conciencia pura y limpia,
Y la pasión no le tuerce
La vara de la justicia.

Todo lo cual fué anotado
Por el hábil coronista
Que de orden de los Duques
Junto á sí Sancho tenía,
Y que en un extenso escrito
Dióles de todo noticias.

LXXXVIII

Cuitas amorosas.

DEJANDO á Sancho, que daba
Muestras de sutil ingenio
Allá en su famosa ínsula,
Volvamos al caballero
Don Quijote de la Mancha
Que, encerrado en su aposento,
Después de oír las querellas
De Altisidora, temiendo
Faltar á su Dulcinea,
Pasó una noche de perros.

Llegó por fin la mañana,
Y arrojándose del lecho
Se vistió su agamuzado
Vestido; calzóse luego
Sus dos botas de camino,
Disimulando el defecto
De las medias; arrojóse
Sobre los hombros y el cuello
Aquel mantón de escarlata
Que ya todos conocemos,
Y púsose su montera
O gorra de terciopelo
Verde, con franjas de plata
Que le daban el aspecto
De un pintado guacamayo
Con sus colores diversos.
Colgóse el ancho tahalí,
Del cual pende el fino acero

De su espada vencedora
Que está en su vaina durmiendo,
Y empuñando un gran rosario,
Al cual tiene sumo afecto,
Salió con prosopopeya
Y garboso contoneo
A una antesala en que estaban
Esperándole los dueños
Del castillo, engalanados,
Y alegres y satisfechos.
Pero sucedió que antes
De llegar el caballero
A su presencia, al pasar
Por un corredor soberbio
Entapizado y vistoso,
Vió que ocupaban su centro
Altisidora y su amiga
Emerenciana; y tan luego
Como él llegó á donde ellas
Estaban, quedó suspenso
Al notar que la primera
Lanzando un ¡ay! lastimero
Fué presa de atroz desmayo
Sobre las faldas cayendo
De su linda compañera;
La cual, en tan grande aprieto,
Con mucha presteza iba
A desabrocharla el pecho.
—No hagáis tal, dijo el hidalgo;
Guardad sus tesoros bellos;
Que estoy yo aquí, y por desgracia
Sé lo que oculta en su seno
Y por qué camino vienen
Estos síncope ó vértigos.
—Pues yo no lo sé, responde
La otra burladora; y tengo
Por seguro, que mi pobre
Amiguíta, en todo tiempo
Fué la doncella más sana
Que hubo nunca en nuestro gremio,
Y que hasta hoy ha vivido
En regalado sosiego

Con la más cabal salud
Que yo para mí deseo.
¡Mal hayan mil y mil veces
Los andantes caballeros,
Si han de ser todos ingratos
Para nuestro débil sexo!
Y ahora, señor Don Quijote,
Le suplico por el cielo,
Que se aleje de nosotras;
Pues si no se va, preveo
Que esta pobrecita niña
No va á volver en su acuerdo.

Esto dijo la taimada
Emerenciana, vertiendo
Algunas piadosas lágrimas
Hijas de un gran fingimiento.
Lágrimas que dieron pena
Al cuitado caballero;
El cual dijo:—Haced, señora,
Que esta noche en mi aposento
Alguien me ponga un laud;
Que yo por mi vida ofrezco
Consolar á esta doncella
Y apartar su pensamiento
De esas vanas ilusiones,
Que tan imposibles creo
Como el pretender que alguien
Toque con la mano el cielo.
Y pues en cuitas de amores
Nacientes, es gran remedio
Un desengaño oportuno,
Llegue el desengaño presto.

Diciendo así, Don Quijote
Disimulado y discreto
Se apartó de ambas doncellas
Con pasos asaz ligeros
A fin de que nadie viese
Que allí andaba en galanteos;
Y no bien se alejó un poco,
Altisidora, volviendo
De su fingido desmayo,
Dijo:—Preciso en efecto

Será que el laud le lleven,
Pues muy claramente advierto
Que pretende darnos música
El vetusto caballero,
Y serán dignos de oírse
Sus atiplados gorjeos,
Y sus frases anticuadas,
Y sus discursos honestos.»

Diciendo así, las traviesas
Muchachas, al punto fueron
A dar cuenta á su señora
De sus alegres proyectos.
Y la Duquesa que abriga
El caritativo empeño
De arrebatar todo el juicio
Y de sorber todo el seso
Al pobre que apenas tiene
Algún asomo de cuerdo,
Concertó con su marido
Y con sus doncellas luego,
Hacerle una jugarreta
De carácter más risueño
Que dañoso; si bien, pudo
Ser bien trágico su efecto.
De todos modos, la noche
Aguardaban muy contentos
Deseando que la burla
Se hiciese con gran misterio.

LXXXIX

Aventuras nocturnas.—Requerimientos.

AL cabo pasó la tarde;
Vino el crepúsculo luego,
Y poco á poco sus tintas
Ennegreciéndose fueron.
Las horas unas tras otras
Marchaban con pasos lentos,

Y en el reloj del castillo
Once campanadas dieron.

A esa hora justamente
Entró el gentil caballero
En su cuarto, y vió con gusto
El consabido instrumento.
Era una buena guitarra
Que él templó con mucho esmero,
Y después de abrir la reja
Notó que de ella no lejos
Dentro del jardín andaba
Gente; remondóse el pecho,
Tosió, escupió y afinando
El oído, lanzó al viento
Con voz ronquilla un romance
Que él mismo había compuesto
Y en el cual se contenían,
Entre velados conceptos,
Las más sendas calabazas
Que á mujer alguna dieron,
Puesto que hablaba del firme
Amor volcánico, eterno,
Que á su simpar Dulcinea
Alimentaba en su seno.

De este modo, levantando
El gallo, y gallos haciendo,
Al compás de su vihuela
Extendióse en mil floreos
Sin notar que le escuchaban,
De risa y de gozo llenos,
No tan sólo Altisidora
Y Emerencia, sino el pleno
De la gente del castillo
Y los dos Duques egregios.

Después... después, cuando estaba
Más engolfado y sereno
Haciendo sus gorgoritos,
Se oyó de pronto un estruendo
Infernal que atajó el curso
Del flarmónico esfuerzo
Que el ya trasnochado músico
Por su mal estaba haciendo.

Y fué tan grande, tan brusco,
Tan soberano el estrépito,
Que pareció desplomarse
El castillo, dando un trueno.
¿Qué era lo que sucedía?
¿Qué significaba aquello
Que asombró á los mismos Duques
Aun estando en el secreto?

.....

Fué que una mano alevosa,
Un espíritu perverso,
Desde un corredor que estaba
Encima del aposento
De Don Quijote, de súbito
Descolgó un cordel muy récio
En el cual prendido habían
Un centenar de cencerros
Que agitados fuertemente
Formaron un son horrendo.
Después, á plomo, vaciaron
Sobre la reja, un inmenso
Saco de cuero que estaba
Perfectamente repleto
De gatos; y cada gato
Llevaba atado en el cuello
O en la cola, un cencerrillo
Con el cual, al dar volteos
En el espacio, al caerse
Sobre la reja ó el suelo,
Disparándose furiosos
Dando maullidos frenéticos,
Aquel estridente ruido
Aumentaban cerca y léjos.

Luego la mala ventura
Hizo que algunos de aquellos
Gatos, en el cuarto entraran
Del infeliz caballero,
Dando tantos tropezones,
Saltos y tumbos diversos,
Que legiones parecían
Escapadas del infierno.

En vano el gran Don Quijote
Quiso librarse de ellos,
Pues apagaron las luces
Tirando los candeleros.
Y entretanto por defuera
No cesaba el movimiento
De descolgar y subir
El cordel de los cencerros.
Finalmente, el buen hidalgo
Tomó en su diestra el acero
Mientras que su mano izquierda
Agitaba el instrumento
Con que antes se acompañaba
Y que al fin tiró colérico,
Y empezó á dar estocadas
En la reja, con acento
Feroz, gritando:—Alejaos,
Encantadores maléficós;
Huid, infames canallas
Del vil bando hechiceresco;
Mirad que soy Don Quijote
De la Mancha, y que mi esfuerzo
No han de vencer vuestras malas
Intenciones; idos presto.»

Dijo, y volviéndose al punto
A los gatos, con denuedo
A tirar cien cuchilladas
Comenzó á diestro y siniestro.
Ellos, por la reja ágiles
Presurosamente huyeron;
Mas uno que rezagado
No acertó á dejar su puesto,
Viendo que audaz le acosaba
El ilustre caballero,
Le saltó al rostro y le asió
De las narices, mordiéndolo
Y arañándole con tanta
Furia que el dolor intenso
Que le produjo, le hizo
Dar mil gritos lastimeros.

Al escucharle, los Duques
Presurosos acudieron,

Y abriendo con una llave
Maestra, en el aposento
Entraron, viendo al hidalgo
Que hacía vanos esfuerzos
Por arrancarse del rostro
Aquellas uñas de acero
Y aquellos dientes agudos
Que horadándole el pellejo
En sus ternillas nasales
Causaban vil detrimento.

Pidieron luces, trajéronlas,
Y al notar que el caballero
Ensangrentado y furioso
Daba sus ayes al viento,
De tan desigual pelea
Librarle al punto quisieron;
Mas él dijo á grandes voces:
—Nadie se ponga por medio;
Nadie me le quite, déjenme
Mano á mano y cuerpo á cuerpo,
Con este infame demonio,
Con este vil hechicero,
Encantador maldecido
Que vino á darme tormento.
Vea y sépa que yo soy
El andante caballero
Don Quijote de la Mancha
Que vencerá al mismo infierno.

Esto decía el hidalgo,
Pero el gato, no entendiéndolo
Semejantes amenazas,
Gruñía que era un portento
Apretando más las zarpas
Y los dientes; y maltrecho
Hubiera en verdad quedado
El valiente aventurero,
Si el mismo Duque no hiciera
Compasivo un grande esfuerzo
Librándole apresurado
De aquel suplicio gatesco.

Logró al fin desarraigar
Al indómito doméstico

Que huyó al jardín por la reja,
Dejando en ella el cencerro;
Mientras que de Don Quijote
Acribado el rostro vieron
Con las narices dañadas;
Si bien con ánimo entero
Se mostró muy despechado
Porque no le permitieron
Fenecer tan gran batalla
Sólo con su propio esfuerzo,
Venciendo aquel malandrín
Encantador traicionero.

Para catar sus heridas
Cuentan que aceite trajeron
De aparición; y la traviesa
Altisidora, con tierno
Interés, púsole vendas
Con los blanquísimos dedos
De sus manos torneadas;
Mientras que con dulce acento
Y en voz baja le decía:
—Cuanto te está sucediendo,
Caballero empedernido,
Es la expiación de los yerros
De tu pertinaz dureza;
Y plegue á los altos cielos
Que se olvide Sancho Panza,
Tu magnánimo escudero,
De azotarse, porque nunca
Salga de su encantamento
Esta tan amada tuya
Dulcinea; y á Dios ruego
Que ni la goces, ni llegues
Al tálamo, por lo menos
Viviendo yo que te adoro
Y por tí de amor fallezco.

Esto dijo Altisidora,
Y Don Quijote el silencio
Rompió, sacando un suspiro
De lo más hondo del pecho.
Después se tendió en su cama
Y con tono un poco tétrico

Dió las gracias á los Duques
Por la merced que le hicieron
Prestándole sus auxilios,
Aunque él estaba bien cierto
De vencer solo, á la inícu
Canalla gatesca, haciendo
Que aquellos feroces duendes
Y encantadores protervos,
Vencidos y castigados
Se fueran todos huyendo
A otra parte con su música
De maullidos y cencerros.

XC

El doctor Pedro Recio.

DEJANDO al buen Don Quijote
Que tuvo que guardar cama
Por consecuencia de aquella
Aventura malhadada,
Volvamos á visitar
La ínsula Barataria
Y á ver lo que en ella hacía
El inclito Sancho Panza.

Cuentan los historiadores
Que al darse por terminada
La audiencia pública, todos
Condujeron sin tardanza
Al digno gobernador,
Que desfallecido estaba,
A un suntuoso palacio
A donde en una gran sala
Una real y limpia mesa
Hallábase aparejada;
Y tan luego como Sancho
Penetró en aquella estancia
Resonaron chirimías,
Todas muy bien afinadas,

Y salieron cuatro pajes
Que según antigua usanza
Aguamanos le ofrecieron,
Que él recibió con marcada
Gravedad. Cesó la música
Y Sancho que hambriento estaba
Sentóse á la cabecera
De la mesa antes citada,
En la cual tan sólo había
Según refiere la fama,
Un asiento y un servicio
Con sus cubiertos de plata.

Púsose á su lado en pie
Un hombre de adusta cara
Que después mostró ser médico
Y que en su diestra empuñaba
Una flexible varilla
De ballena bien labrada.

En seguida levantaron
Dos riquísimas y blancas
Servilletas que cubrían
Muchas frutas delicadas
Y mucha diversidad
De platos, en donde estaban
Diversos ricos manjares
Y deliciosas viandas.

Un joven que de estudiante
Parecía tener trazas,
Bendijo la mesa, y luego
Un paje llegóse á Panza
Y le puso un babador
Randado bajo la barba.
Después otro que el oficio
Hacia de maestresala,
Un plato de fruta puso
Al alcance de su garra;
Mas no bien hubo comido
Un bocado, el de la vara
Tocando con ella el plato
Hizo que se lo llevaran.

El maestresala al momento
Otro manjar le depara,

Y ya Sancho iba á probarlo
Lleno de apetito y ansias
Cuando tocó la varilla,
El segundo plato girada,
Y un paje lo alzó y llevóselo
Sin que Sancho lo catara.
Visto lo cual azorado
Exclamó al punto:—Caramba!
¿Es esta comida juego
De Maesecoral, ó anda
Aquí empeñada la gente
En darme ración de guaya?
Dice, y le responde al punto
El que maneja la vara:
—Aquí, mi amado señor
Gobernador, no se yanta
De otro modo que el que usan
En ínsulas donde mandan
Gobernadores; y es justo
Declararle en confianza
Que estoy aquí asalariado
Como médico de cámara
Y que á cumplir la misión
Que me ha sido encomendada
Estoy siempre decidido
Aunque el firmamento caiga.»

XCI

Régimen dietético.

DESPUÉS de hablar el galeno
De tal modo, siguió alzando
La voz, y dándose tono
Dijo:—Cuando yo me hallo
Cerca de un gobernador,
Le observo y le estudio tanto
Que si él enferma, bien puedo
Despacharle á ojos cerrados.
Pero lo más principal

Que en obsequio suyo hago,
Es no dejarle comer
Lo que puede hacerle daño;
Por lo cual retiré antes
La fruta, que es demasiado
Húmeda; y lo otro era
Demasiadamente cálido,
Pues tenía mucha especia,
Y esta produce en el acto
Una sed devoradora
Que consume el epigastrio
O el húmedo radical
Si el que bebe no es muy cauto.
—De esa manera, responde
Con cierta sorna el buen Sancho,
Aquel plato de perdices
Asadas que estoy mirando,
Y á mi parecer están
Sazonadas con cuidado,
Me hará provecho.—Eso nunca,
Repuso lleno de espanto
El médico; nunca de ellas
Ha de tomar ni un bocado
Mientras yo viva.—¿Y por qué?
Pregunta impaciente Sancho.
—Porque nuestro gran maestro
Hipócrates, que llamaron
Padre de la medicina,
Y en ella es luz, norte y astro,
En un aforismo suyo
Dice: *omnis saturatio*
Mala, perdix autem pessima;
Que, vertido al castellano,
Quiere decir: «toda hartazga
Es mala; pero en el caso
De ser de perdiz, malísima.»
—Bien está, responde Sancho;
Si es así, yo me resino
Y cierro el pico y me callo;
Mas vea el señor dotor
De cuál de todos los platos
Que hay en la mesa, podré

Comer sin que me haga daño
Y sin que con esa vara
Venga luego á apaleármelo.
Elija y gozarlo déjeme;
Que el hambre me está matando
Y aunque pese al gran doctor
Y al Pocrátes que ha citado,
Al quitarme la comida
La vida me irán quitando;
Y esto no es tener conciencia
Ni es cencia aquí entre cristianos.

—Vuesa merced, razón tiene,
Dice el médico taimado;
Veamos lo que entre todo
Puede hacerle menos daño.
Por el pronto los conejos
Que allí aparecen guisados,
Por ser manjar peliagudo
Ni aun siquiera ha de probarlos.
La ternera, si no fuera
Asada y estar con ajos
Y adobo, tal vez probarse
Pudiera; pero no hay caso.

Al oír las prohibiciones
Del doctor, exclamó Sancho:
—Dígame pronto si puedo
Comer de aquel platonazo
Que parece olla podrida.
—Olla podrida? ¡qué escándalo!
Dice el médico; eso quede
Para canónigos flacos
O para simples rectores
De colegios de abogados,
O para bodas menguadas
De labriegos pelagatos;
Que un gobernador merece
Muchísimo más regalo.
Ahora en mi concepto, debe
Tomar su merced un caldo
De borrajas; luego un ciento
De canutillos llamados
Suplicaciones, y luego

Unos sutiles pedazos
De esa carne de membrillo
Que está puesta en aquel plato
Y que habrán de confortarle
La digestión ayudando.»

Calló el médico y el pobre
Gobernador, asombrado
Se hizo atrás sobre su silla
Y se apoyó en el respaldo,
Contemplando de hito en hito
A aquel verdugo malvado.
Luego, dominando el ímpetu
De su cólera, y tomando
Una actitud triste y grave,
Con acento un poco ágrío
Quiso averiguar el nombre
De aquel feroz matasanos
Preguntándole á la vez
En dónde había estudiado.
—Yo, señor, responde el médico
Con ligereza, me llamo
El doctor Don Pedro Recio
De Agüero; me bautizaron
En mi lugar, que se llama
Tirteafuera, el cual situado
Se halla entre Caracuel
Y entre Almodóvar del Campo,
Hacia la mano derecha;
Y tengo adquirido el grado
De Doctor, en los antiguos
Claustros universitarios
De Osuna.—¿Sí? le responde
Lleno de cólera Sancho;
¿Es eso todo, señor
Dotor Pedro Recio, pájaro
De mal agüero, nacido
En donde le bautizaron,
Natural de Tirteafuera
Que está á la derecha mano
Si hasta Caracuel subimos
O hasta Almodóvar bajamos,
Señas que no tienen pierde

Porque el asunto es tan claro
Como el haber sido luego
En Osuna graduado
De doctor en melecina
Para dar muerte á los sanos?
Pues quítese desde luego
De delante, ó por mi santo
Juro tomar un garrote
Y acabar á garrotazos
Con todos los malos médicos
De la ínsula, empezando
Por él que tan sólo sabe
Matar de dieta á un cristiano.
Y esto que digo, lo digo,
Sin referirme á los sabios;
Que á los buenos y discretos
Los reverencio y acato.
Y repito que se vaya
Pedro Recio con mil diablos,
Porque sino tomaré
La silla en que estoy sentado
Y sin ningún miramiento
Se la estrellaré en los cascos,
Quedándome la defensa
De que maté á un mentecato.
Verdugo de la república
Y asesino dotorado.
Así, pues, denme al momento
De comer, sea bueno ó malo,
O tómense su gobierno;
Que oficio que no dá al cabo
Para que su dueño coma
Importa menos que un rábano.»

Esto dice Sancho Panza,
Y el doctor alborotado,
Viendo que el gobernador
Daba sendos puñetazos
Sobre la mesa, furioso
Haciendo gestos extraños,
Quiso hacer el tirteafuera
De la sala; mas estando
La cosa así, de repente

Se oyó sonar en el patio
O en la calle, una corneta
De posta; salió en el acto
A un balcón el maestresala
Y dijo á todos en alto:
—Correo del señor Duque
Llega, traerá algún despacho.
Dijo, transcurrió un minuto,
Y el correo entró sudando
Con aire despavorido
Muy lleno de sobresalto;
Y sacándose del seno
Un pliego de gran tamaño
Con el respeto debido
Lo puso en poder de Sancho.

XCH

Sancho el fuerte.—Los deberes de un cargo.

Tomó el buen gobernador
Aquel pliego, y sin tardanza
Se lo entregó al mayordomo
Que á su lado se encontraba.
Leyó éste el sobreescrito
Y tras de una breve pausa
Dijo:—El pliego se dirige
A vuesa merced, y á falta
De vuesa merced, previene
Que á su secretario vaya.
—¿Y quién es mi secretario?
Les pregunta Sancho Panza.
—Yo, señor, responde uno
Que también cerca se hallaba;
Pues sé leer y escribir
Y soy nacido en Vizcaya.
—Con aquese aditamento,
Responde Sancho, me basta;
Que podeis ser secretario

De un emperador; la carta
Abrid y ved lo que dice,
Por si es cosa de importancia.»

Hízolo el recién nacido
Secretario; con turbada
Faz la leyó, y dijo luego:
—La reserva es necesaria
Y este escrito ha de leerse
A solas con mucha calma.
—Bien está, responde Sancho;
Que se despeje la estancia,
Quedando aquí el mayordomo,
Secretario, y maestresala.»

Fuéronse todos, incluso
El médico, y en voz baja
Leyó luego el vizcaino
La epístola, que se hallaba,
Frase más ó frase menos,
De este modo redactada:

«A mi noticia ha llegado
»Hoy, señor Don Sancho Panza,
»Que unos enemigos míos
»Están previniendo armas
»Para asaltar esa ínsula
»La noche menos pensada.
»Sé también de buena tinta
»Que de asesinaros tratan,
»Porque temen vuestro ingenio
»Y no os ven torcer la vara.
»Abrid el ojo y mirad
»Quién se os acerca y os habla
»Y no comais cosa alguna
»Que estar pueda envenenada;
»Pues me consta que ahí entraron
»Cuatro espías disfrazadas
»Con el propósito firme
»De hacer con vos una infamia.
»Yo tendré mucho cuidado
»En hacer por evitarla
»Y en socorremos si os viéredes
»En trabajo y en desgracia.
»En tanto, de vos espero

»Que os porteis con mucha maña.
»Del lugar en que resido,
»Y cuatro de la mañana
«De hoy diez y seis de Agosto.
«Vuestro amigo, EL DUQUE.»
..... —Cáscaras!
Dijo Sancho; esto está feo;
Y eso del matarme espanta.
Así, pues, lo que ha de hacerse,
Ahora mesmo sin tardanza,
Es llevar á un calabozo
De los peores que haya
A ese doctor Pedro Recio;
Pues si hay alguno que trata
De acabarme, ha de ser él
Que con su dieta malvada
Muerte adminícula y pésima
De atroz hambre me prepara.
—Hay que observar, sin embargo,
Le responde el maestresala,
Que vuesa merced no debe
Engullir esas viandas
Que han presentado unas monjas,
Pues como el refrán declara,
Detrás de la cruz, el diablo
Suele estar.—Jesús me valga!
Dice Sancho; yo no niego
Esas monjiles hazañas.
Así, pues, por ahora dénme
Un buen pedazo de hogaza
Y cuatro libras de uvas
Que espero no tengan mácula,
Pues yo ya pasar no puedo
Sin comer; y si hay batallas
Y refriegas, y disgustos,
Y motines, y asonadas,
Bueno es estar mantenido;
Pues no se ha dicho sin causa
«Tripas llevan corazón»
Con lo demás que se calla.
Y vos, señor secretario,
Escribid luego una carta

Para el Duque mi señor,
Diciendo, que cuanto manda
Será por mí obedecido
Puntualmente y sin falta
Alguna; y á la señora
Duquesa, con gran crianza
Y urbanidad, le pondreis
Un besamanos, rogándola
De mi parte, que no olvide
El enviarle mi carta
Y mi lio á mi mujer,
La pobre Teresa Panza.
Y de camino podeis
Encajar con lindas trazas
Otro par de besamanos,
Llenos de dulces palabras,
A mi estimado señor
Don Quijote de la Mancha,
Porque vea que soy pan
Agradecido; y si os falta
Algo que añadir, podreis
Poner cuanto os dé la gana,
Puesto que sois secretario
Y buen vizcaino; y vayan
Levantando esos manteles:
Mi pan y mis uvas traigan
Y déjenme á mí matar
El hambre que ahora me mata;
Que yo ofrezco defenderme
Y defender esta plaza
De todos los malandrines,
Encantadores, fantasmas,
Envenenadores viles,
Salteadores y canallas,
Que conspiran por robarme
La ínsula Barataria.»

No bien con bravo ademán
Soltó Sancho estas palabras
Apareciósele un paje
Que le dijo:—En la antecámara
Señor, está un labrador,
Negociante según trazas,

Que quiere hablar con usía
De un asunto de importancia.
—¿Y qué quiere?—Sólo dice
Que sin verle no se marcha.
—Pues yo digo que no es hora
De que así me den matraca.
¿Por ventura los que somos
Gobernantes por desgracia
No somos de carne y hueso?
¿O es de bronce aquel que manda?
Por Dios y por mi conciencia
Digo que si me durara
El gobierno (que sin duda
No durará) pondré trabas
A estos pícaros tratantes
Que no saben con quién tratan.
En fin, decidle que entre;
Mas vean si tiene armas
Escondidas, ó es de aquellas
Personas que disfrazadas
Nos espían, para darnos
La muerte.—No tiene trazas
De eso, señor, dice el paje;
Antes bien parece un alma
De cántaro y yo lo fío.
—No hay que temer emboscada,
Añade el buen mayordomo;
Que aquí estamos todos...—Basta
Dice Sancho; estoy conforme;
Mas dígame el maestresala
Si ahora que no está el doctor
Pedro Recio con su vara,
Podré tomar un bocado
De algo de peso y sustancia
Aunque sólo sea pan
Con una cebolla asada,
O cruda.—Yo le respondo
A usía que toda falta,
En la cena de esta noche
Ha de quedar subsanada.*
Esto el maestresala dijo,
Y el infeliz Sancho Panza

Añadió con cierta duda:
—¡Dios lo quiera, Dios lo haga!

XCLII

El hombre de Miguel Turra.

ENTRÓ en esto el labrador
Cuya presencia mostraba
A cien leguas que era hombre
Que tenía buena alma.
Y lo primero que dijo
Fué:—¿Quién es el que aquí manda?
¿Quién es el gobernador
Con quien quiero estar al habla?
—¿Quién ha de ser? le contesta
El secretario, que estaba
Junto á Sancho; ¿no lo veís
Sentado en su silla?—Basta,
Dice el hombre; yo me humillo
Humildemente á sus plantas.
Dicho lo cual, de rodillas
Se puso, y con voz turbada
Por el respeto, pidióle
La mano para besársela.
Negóse Sancho, diciéndole
Que al punto se levantara
Y que hablase con llaneza
Cuanto le diese la gana.

Levantóse el negociante
Y así comenzó su plática:
—Yo, señor, soy labrador
De esos que tienen labranzas,
Natural de Miguel Turra,
Lugar que está á la distancia
De dos leguas solamente
De Ciudad Real de la Mancha.
—¿Qué es lo que estoy escuchando?
El gobernador exclama;

¿Otro tirteafuera viene? .
Seguid, hermano del alma,
Que sé ir á Miguel Turra,
Pues no muy lejos se halla
De mi lugar.—Pues el caso
Es, replica con cachaza
El labrador, que yo soy
Casado como Dios manda,
Según la Iglesia Católica
Apostólica Romana
Previene; y tengo dos hijos
Que estudian en Salamanca,
Para bachiller el uno,
Que es el menor de mi casa;
Para licenciado el otro
Que ya tiene luengas barbas.
Soy viudo, porque hace tiempo
Murió mi mujer amada,
O por decirlo mejor,
Me la arrebató un canalla
De médico, que la hizo
Purgarse estando preñada.
Y si Dios fuera servido
Que la cría se lograra
Y esta cría hubiera sido
Un infante y no una infanta,
Le hubiera puesto á estudiar
Para doctor, porque nada
Que envidiar á sus hermanos
Tuviese el hijo del alma.
—De ese modo, dice Sancho,
Si la purga condenada
No diera á vuestra mujer
Una muerte tan temprana
Vos no fuérades agora
Viudo.—La cosa está clara,
Que entonces de ningún modo
Lloraría yo su falta.
—Medrados estamos, siga
Adelante con su parla,
Hermano; y vea que es hora
De sestear, dice Panza,

—Digo, pues, añade el bueno
Del labrador con su calma
Habitual, que éste mi hijo
Que ha de ser hoy ó mañana
Bachiller, se enamoró
De una doncella, llamada
Clara Perlerina, hija
De Andrés Perlerino, que anda
De boca en boca, por ser
Según publica la fama
El labrador más riquísimo
Que hay en toda la comarca.
Y el nombre de Perlerines
No es por alcurnia heredada
Ni les viene de abolengo,
Sino por la circunstancia
De que todos los de aqueste
Linaje, tienen la mala
Fortuna de ser perláticos:
Razón por la cual les llaman
Perlerines, mejorando
El nombre; y es la muchacha
Que digo, como una perla
Oriental, y si es mirada
Por la derecha, parece
Que es flor del campo su cara.
Por la izquierda no lo es tanto,
Por que aquél ojo le falta
Que unas malignas viruelas
Le saltaron cual castaña
Puesta al fuego; y son los hoyos
Que esas viruelas malvadas
Labraron, muchos y grandes
Y profundos; mas declaran
Los que la quieren, que son
Sepulturas de sus almas.
Es tan limpia y primorosa
Que trae siempre arremangadas
Las narices, por huir
Del aliento que se escapa
De su boca que es tan grande
Como una espuerta mediana.

Mas con todo, es tan graciosa
Cuando se rie y se explaya,
Que si diez ó doce dientes
Y muelas no le faltaran,
A más de mil hermosuras
Podría tener á raya.
De sus labios no se hable
Por ser labios que entusiasman
Puesto que son tan sutiles
Y delgados, que si usaran
Aspar labios, bien pudieran
Vender madejas baratas.
Verdad es que como tienen
Otro color del que gasta
La gente, pues jaspeados
Están de color de caña,
Azul, verde y berengena,
Bien puede pasar por santa
La que posee esos labios
Que parecen pila de agua
Bendita; y aquí, señor
Gobernador de mi alma,
Le pido que me perdone
Si mi pincel la retrata
Mostrando todas las partes
Que su fisico aquilatan;
Que al fin ha de ser mi hija
Y ella me parece guapa.
—Pintadla como quisiéredes,
Dijo bostezando Panza;
Que yo me voy recreando
Con figura tan gallarda;
Y si aquí comida hubiese
Mejor postre no encontrara.
—Eso tengo por servir,
Dice siguiendo su plática
El labrador; pero tiempo
Vendrá, si el cielo no manda
Otra cosa, en que seamos
Si ahora no somos.—Ya escampa!
Murmura Sancho estirando
Brazos y piernas; no acaba

Ni acabará en veinte siglos.
Tengamos paciencia y calma.
—Pues digo, señor, prosigue
El labrador, que el pintarla
Con toda su gentileza
Y el tomarle bien la talla
Fuera cosa de admirarse;
Mas no puede ser, á causa
De que ella se ve la pobre
Encogida y agobiada
Juntándose sus rodillas
Con su boca ó con su barba.
Bien se advierte, sin embargo,
Que si ella se levantara....
Es decir, si ella pudiera
Desentumecer la espalda
Y los remos, que están flojos
Por encontrarse baldada,
Con la cabeza daría
En los techos de su casa.
Y ya de seguro hubiera
Dado su mano y su alma
A mi bachiller, si ella
La triste no fuese manca;
Pero aunque tiene la diestra
Terriblemente anudada,
Bien se advierte por sus uñas
Muy finas y acanaladas,
Que ser pudieran sus manos
Pequeñas, lindas y blancas.
Calló el hombre un breve instante,
Y aprovechando esta pausa
Dijo Sancho por lo bajo:
—La ocasión la pintan calva,
Y no bien el refrán dijo
Añadió con voz más alta:
—Ya, hermano, me habeis pintado
De la cabeza á las plantas
A vuestra nuera presunta,
Que más que llamarse Clara
Pudiera llamarse yema
Por lo espesa y por lo blanda,

Dejad, pues, á Pelrerina
Que es una pelra pelrática,
Y venid al punto al caso
Diciéndome en confianza
Sin rodeos, callejuelas
Ni esquinas, lo que demanda
Y espera de mí.—Pues digo,
Señor, que yo deseara
Que vuesa merced me hiciese
La de darme alguna carta
De favor, recomendando
A mi consuegro, que haga
Porque se celebre pronto
Esta boda deseada,
Pues no somos desiguales
En fortuna ni en la casta,
Y á decir verdad, mi hijo
Muy endemoniado anda.
No hay día que tres ó cuatro
Veces no sufra una carga
De los malignos espíritus
Que le atormentan el alma.
Y como además el pobre
Tuvo la inmensa desgracia
De caerse en una hoguera,
Tiene la piel de la cara
Cual húmedo pergamino
Que ponen sobre las brasas;
Y tiene además los ojos,
Que en su niñez gozo daban,
Llorosos y manantiales
Hechos dos fuentes de lágrimas.
Por lo demás, es un ángel,
Y si no se aporrecara
Él mesmo á sí mesmo, dándose
Alguna vez mil puñadas,
Fuera un bendito.—¿Acabásteis
Buen hombre? pregunta Panza.
¿Queréis otra cosa, hermano?
—Si á fe, de muy buena gana
Otra cosa yo querría,
Dice el hombre; mas me causa

Vergüenza el decirlo, y tengo
Reparo... mas si lo manda
Usía, debo aclararlo
Sin que á podrirseme vaya
En el pecho. Así, pues, digo,
Señor, que yo deseara
Que vuesa merced me diese
Para costear las arras
Y dotar al pobre chico
Que tiene que poner casa,
De trescientos á seiscientos
Ducados con que él se holgara
Sin sufrir impertinencias
De los suegros.—¿No le falta
Algo más que pedir? dice
Sancho con voz atiplada.
Haga memoria el buen hombre;
Pida aquello que le plazca
Y por cortedad ó empacho
No se quede en la estacada.
¿Quiere algo más?—No por cierto,
Con eso, señor, me basta.»

Apenas el hombre dice
Estas últimas palabras,
El señor gobernador
De su asiento se levanta
Y asiendo la misma silla
En la cual sentado estaba
Exclamó lleno de ira
Y en ademán de tirársela:
—Voto á tal, seor don patán,
Rústico de horrible raza,
Que si de aquí no os marcháis
Daré una gran campanada
Rompiéndoos esa cabeza
De melón ó calabaza.
Hi.... de bruja, ruin, bellaco,
Pintor de diablos y diablas,
Que hasta seiscientos ducados
A estas horas me demandas,
¿Dónde los tengo, hediondo?
¿Dónde pude hacerlos, trápala?

Y aunque de sobra tuviéralos
¿No sería yo un panarra
Si te los diera, sabiendo
Que en el mundo hay gente honrada
A quien socorrer? Cernícalo,
Pedigüeño, majagranzas.
¿Qué se me da á mí que seas
De Miguel Turra ó de Alcarria,
Ni qué tengo yo que ver
Con esa temblona casta
De los Perlerines? Vete,
Vete de aquí, tarambana;
Si no por vida del Duque
Mi señor, haré que vayas
Atado codo con codo
A la cárcel á hacer trampas.
Tú no eres de Miguel Turra,
No tienes hogar ni patria,
No eres viudo, ni casado,
Ni eres padre, ni eres nada,
Sino un redomado pillo
Que el infierno aquí me manda
Para tentar mi paciencia
Que aun siendo mucha se cansa.
Medio día en el gobierno
Llevo sólo, y ya en mis arcas
Quieres que tenga seiscientos
Ducados? ¿puse yo fábrica
De monedas? Vete, vete...!»

Tan furioso Sancho estaba
Al decir esto, que al cabo
Señas hizo el maestresala
Al hombre para que hiciese
Una cuerda retirada
Antes que el gobernador
A vías de hecho pasara.
Salió el bellaco fingiendo
Que muy contrariado estaba
Y Sancho... pero dejemos
A Sancho lleno de rabia,
Y veamos lo que hacía
Don Quijote de la Mancha.

XCIV

Doña Rodriguez.

DOLIENTE y en extremo melancólico
Ocho días estuvo el buen hidalgo
Malferido, encerrado en su aposento
Guardando cama y con el rostro hinchado.
Sus narices estaban señaladas
Por la uñas de un pérfido gatazo,
Y eran sus noches largas é intranquilas,
Pues las pasaba el triste desvelado,
Ya evocando cien dichas transitorias,
Ya en amores platónicos pensando.

Y sucedió que en una de esas noches
Sintió el buen caballero lentos pasos
Y que una llave con misterio abría
Suavemente la puerta de su cuarto.
Imaginóse al punto, que la bella
Altisidora enamorada, dando
Rienda suelta á sus locas pretensiones,
Era la autora del nocturno asalto
Para poner su honestidad á prueba
Y conducirle hasta el terrible caso
De faltar á su amada Dulcinea,
Lo cual sería imperdonable agravio.
—No, dijo entonces con doliente acento
A su imaginación crédito dando
Y hablando en alta voz por que le oyesen;
Yo ser no puedo á mi señora ingrato!
Ora esté transformada en cebolluda
Labradora de rostro avinagrado;
Ora en concha de nácar se presente
Cual ninfa bella del dorado Tajo,
Ella ha de ser el norte de mi vida,
El dulce bien que férvido idolatro;
El ángel de mis sueños y vigiliás;
La reina hermosa de quien soy esclavo;

Y el pretender que yo traición le haga,
Es venir á llevarse un desengaño.»

El decir las palabras anteriores
Y el abrirse la puerta con recato
Fué todo uno, y cuentan las historias
Que Don Quijote al punto dió un gran salto
Poniéndose de pie sobre su lecho
Envuelto en colcha de amarillo raso,
En la cual se embozó; mas su figura
Era muy propia para dar espanto.

Tenía en la cabeza una galocha
O gorro de dormir, y tan vendados
El rostro y los bigotes, cuyos pelos
Revueltos semejaban estropajos,
Qué apenas se veían sus dos ojos
Y sus cejas formando un solo arco,
Mientras su cuerpo débil, consumido,
Inmóvil, tieso, amarillento, escuálido,
Muy envuelto en la colcha susodicha
Hacía parecer al desdichado
Vago fantasma, que entre sombras densas
Los genios de la noche allí abortaron.

De este modo, impaciente, temeroso,
Quiso ver quién llegaba, y fué su pasmo
Grande, al notar que no era Altisidora
La que venía á alborotar sus cascós,
Sino una dueña cuyas tocas blancas
Repulgadas y luengas como hábito
O túnica de rico nazareno,
La cubrían muy bien de arriba á abajo.

Entre los dedos de la mano izquierda
Encendido traía un corto cabo
De vela, y porque no le molestase
La luz, pantalla hacía su otra mano.
Traía puestos grandes anteojos
Que ahora quevedos sin razón llamamos
Pues antojos, según antes decían,
De tal figura muchos los llevaron.
Finalmente, llegaba muy quedito
De sus pies el ruido amortiguando,
Y Don Quijote sorprendido al verla,

Creyendo que era bruja, duende ó trasgo
Que venía con malas intenciones,
Comenzó á santiguarse acobardado.

Avanzó la visión, y cuando estaba
Precisamente en la mitad del cuarto,
Alzó los ojos y advirtió la priesa
Con que hacía sus cruces el hidalgo;
Y si él quedó medroso al verla á ella
Ella mostró á su vez terrible espasmo
Al verlo tan estrecho y amarillo,
Tan derecho, tan lúgubre y tan alto.
Y diciendo:—Jesús! ¿qué es lo que veo?
Se le cayó la vela de las manos.

Viéndose á oscuras se volvió de espaldas
Y quiso huir, mas ¡ay! que tropezando
Con sus faldas, cayó cuan larga era
Dando un golpe en el suelo entarimado.

Oyó el ruido el triste Don Quijote
Y confuso exclamó casi temblando:
—Conjúrote, fantasma, ó lo que eres,
Que me digas quién eres en el acto,
Diciéndome á la vez á qué has venido
A llenarme de angustia y sobresalto.
Si eres un alma en pena, dílo luego,
Que á ser esto factible, yo haré cuanto
Pueda en tu obsequio hacer, pues soy devoto
Y siempre fuí católico cristiano,
Siendo además andante caballero
Que hasta en el Purgatorio puedo algo,
Pues la noble misión que traje al mundo
Tiene no poco de sublime y santo.»

Oyó el conjuro la vetusta dueña
Y con voz afligida, en tono bajo,
Contestóle por fin:—Yo, valeroso
Don Quijote del alma, (si es que acaso
Vuestra merced prosigue siendo el mismo
Don Quijote, aunque un tanto averiado),
No soy fantasma, ni visión, ni alma
Del Purgatorio; por el mundo ando
Y soy dueña de honor de mi señora
La Duquesa; y os digo que me llamo

Doña Rodríguez, y si aquí he venido
Ha sido, buen señor, porque me hallo
En gran necesidad de que me preste
Vuesa merced su valioso amparo.
—Diga, pues, lo que quiere la señora
Doña Rodríguez, dice moderando
Su voz el caballero; y ante todo
Diga si viene con deseo insano
De evacuar amorosas tercerías;
Porque de ser así, yo le declaro
Que no soy de provecho para nadie;
Pues solo vivo, aliento, tengo y valgo
Para servir y amar á Dulcinea
Del Toboso, á quien Dios me ha destinado.
Así, pues, y dejando aparte siempre
Todo amoroso pertinaz recado,
Puede salir para encender su vela
Y volver cuando guste, aunque le añado
Otra vez, que ningún incitativo
Melindre admito, ni indirecta aguanto.
—Gracias á Dios, respóndele la dueña,
Todavía no tengo tantos años
Que me dedique á tales niñerías.
Todavía, señor, ¡Dios sea loado!
Mi alma tengo en las carnes, y mis dientes
Y muelas en la boca; y si saltaron
Algunos, fué debido este suceso
A los muchos y pícaros catarros
Que en esta tierra de Aragón famosa
Suelen ser muy frecuentes y ordinarios.
Espere, pues, vuesa merced, que voy
A buscar luz y volveré en el acto
Para contarle mis amargas cuitas
Como á remediador de grandes daños.
Esto dijo la dueña y Don Quijote
Se quedó más tranquilo y sosegado.

XCV

Historia lastimosa.

— ROMANERO DEL INGENIOSO HIDALGO —

Poco duró la firme confianza
Del digno caballero, pues turbado
Se vió por un millar de pensamientos
Que de pronto su espíritu asaltaron.
—Viendo las cosas bien, pensó, es extraña
Esta aventura que salióme al paso,
Y paréceme á mí que está mal hecho
Esto que ahora sin concierto hago.
¿Quién me responde de que aquí no haya
Peligro? ¿quién responde de que el diablo,
Que es mañoso y sutil, ahora no intente
Engañarme y meterme en picos pardos
Con una dueña, cosa que no pudo
Lograr jamás, aunque me ví tentado
Por cien emperatrices poderosas,
Por reinas de países dilatados,
Por duquesas, marquesas y condesas,
Que sin duda de mí se enamoraron?
Y ¿quién sabe? ¿quién sabe si el silencio
Y obscura soledad en que me hallo,
La ocasión, que es la madre de los hurtos,
Y la fragilidad del sér humano,
Despertarán deseos que ahora duermen
Logrando al fin, que al cabo de mis años,
Venga á caer inadvertido y torpe
En sitios donde nunca he tropezado?
Mas ¿qué digo? Señor, yo pierdo el juicio,
Yo sin duda el violón estoy tocando,
Al pensar que una dueña toquiblanca
Larguirucha, antojuna, de arrugado
Rostro, que tiene mucho de vestiglo,
Pueda mover mi pecho desalmado
Inspirando lascivos pensamientos
Al que juró ser siempre limpio y casto.

Noramala las dueñas melindrosas
Y remilgadas! váyanse á los diablos;
Que su aliento me enciende y envenena
Y con ellas no quiero tener trato.»

Diciendo así, bajóse de su cama
Y fué á cerrar la puerta con cuidado;
Mas en ella topó á Doña Rodriguez
Que venía con luz, y que al hallarlo
De pie, casi desnudo, aunque en su colcha
Estaba el infeliz arrebujado,
Témiendo que era aquello una emboscada
Retiróse hacia atrás como dos pasos
Diciendo:—¿Estoy segura, caballero?
Porque, á decir verdad, esto es extraño
Y no puedo creer señal honesta
El que vuesa merced haya dejado
Su lecho.—Yo lo mismo le pregunto,
Responde Don Quijote un poco hurafío;
Y bien será que me digais ahora
Si aquí seguro junto á vos me hallo
O he de sufrir alguna acometida
Pecaminosa para ser forzado.
—¿De quién, ó á quién demanda el caballero
Esa seguridad?—Yo la demando
De vos y á vos, que yo, señora mia,
No tengo pretensión de ser de mármol,
Ni vos sereis de bronce, ni esta hora
Es la del medio día limpio y diáfano,
Sino de media noche; y esta estancia
En que á solas los dos nos encontramos
Es secreta y cerrada cual lo era
La cueva oscura, el miserable antro
Donde el traidor enamorado Eneas
Gozó á la hermosa Dido temerario.
Pero dejando aparte estos históricos
Recuerdos, dadme al punto vuestra mano,
Que yo no quiero más seguridades
Que mi gran continencia, mi recato,
Y esas que vos llevais reverendísimas
Tocas que muestran vuestro honesto estado.»

Diciendo así, con grave ceremonia
La diestra le besó, y asidos ambos,

Acercáronse al lecho reverentes
Sin soltar el más mínimo vocablo.
Metióse el caballero entre las sábanas,
Se acurrucó, tapóse con cuidado
Y la dueña sentóse en una silla
Con su encendida luz en el regazo,
Sin quitarse sus grandes anteojos
Que están en su nariz como clavados.

Así los dos, quedaron en silencio
Y con tranquilidad durante un rato;
Mas rompióle por fin el caballero
Las siguientes palabras pronunciando:
— Bien puede hablar vuesa merced, señora;
Bien puede descoserse sin trabajo
Y desbuchar cuanto metido tenga
En ese corazón tan lastimado;
Que yo prometo por mi fé escucharla
Con noble afecto y con oídos cándidos,
Socorriéndola luego con piadosa
Intención y con obras de cristiano.

— Así lo creo, dícele la dueña;
Que del gentil aspecto, y del simpático
Carácter que distingue al caballero,
Nadie puede esperar mal resultado.
Es el caso, señor, (y aquí comienzo
De mi historia infeliz el fiel relato),
Que aunque aquí en esta silla estoy sentada
Y en tierras de Aragón ahora me hallo
Y en hábito de dueña compungida
Y asendereada, el cuerpo tapo,
Soy natural de Asturias de Oviedo,
Siendo decente mi linaje honrado.
Quiso no obstante, mi fortuna adversa
Que tal vez por descuido involuntario
De mis padres, vinimos tan á menos
Que más no pudo ser en nuestro daño.

Viéndose, pues, empobrecidos, tristes
A Madrid villa y corte me llevaron,
Y á servir me pusieron de doncella
En una casa de soberbio rango.
Debiéndoos advertir que en hacer randas,
Vainillas y labores, no me ha echado

Ninguna otra mujer el pie adelante
Pues en punto á primores soy un pasmo.
—Siga vuesa merced, Doña Rodriguez,
Que su historia interés me vá inspirando.
—Digo, pues, que en poder de una señora
Mis arruinados padres me dejaron,
Volviéndose al país donde sin duda
Morir debieron á los pocos años,
Subiendo al cielo, pues los pobres eran
Fervientes y católicos cristianos.
Quedé huérfana, sola y atendida
A mi corto, cortísimo salario,
Y á las pocas mercedes angustiadas
Que alcanzan los que sirven en palacios.
Mas sucedió, señor, que en este tiempo,
Sin que yo ni aun pudiera sospecharlo,
Solicitada fuí por un barbudo
Escudero de casa, hombre chapado
A la antigua, de edad algo madura
Y sobre todo hidalgo, tan hidalgo
Como el rey mismísimo, pues era
Montañés. Declaróse, nos tratamos,
Mas no tan en secreto que dejara
De entrever la señora tales tratos,
Por lo cual nos casó para quitarse
De dimes y diretes; nos casaron
Digo, y después tuvimos una hija
Que al mundo vino para hacerme daño,
No al nacer, que al nacer, derecha vino
Y fué fácil, feliz y bueno el parto.
Poco después murióse mi marido
Y el pobrecito se murió de espanto
Pues le dió la señora cierto día
Un feroz y terrible alfilerazo.
Fué el caso, buen señor, y no os extrañe
Que hoy abatida me sumerja en llanto,
Que como entonces en Madrid no había
Coches ni sillas que ahora se usan tanto
Según dicen, marchaban las señoras
Sobre las gruesas ancas del caballo
Que regían los buenos escuderos;
Y el día susodicho iba montado

Mi marido, llevando á nuestra ama
A las ancas; y como era muy exacto
Y su puntualidad era exquisita
Sucedió (me estremezco al recordarlo,
Y al decirlo se hiela mi garganta),
Que al entrar de la calle de Santiago
Que es algo estrecha, vió salir por ella
Un alcalde de corte acompañado
De sus dos alguaciles; al instante
Quiso mi buen marido hacer un cuarto
De conversión, tirando de las riendas
De la mula (pues mula iba guiando),
Con objeto tal vez de incorporarse
O de ir en pos del digno magistrado;
Mas la señora, que á las ancas iba,
Furiosa dijo:—¿Qué haces, mentecato?
¿No ves que voy aquí? mas ¡ay! mi pobre
Escudero, mostrándose ofuscado
Ni escuchaba la voz de nuestra ama
Ni cejaba en su empeño temerario.
Entonces el Alcalde, comedido
Deteniendo los pasos del caballo
En que montaba, dijo con voz grave:
Seguid vuestro camino sin reparo,
Que yo soy el que debo á mi señora
Doña Casilda ir acompañando.
(Tal era el nombre de la altiva dama
A cuya orden y servicio estábamos.)
Tampoco oyendo esto, mi marido
Picó la espuela ni pasó de largo,
Pues aturdido y como lelo estaba,
Y con su gorra siempre entre las manos
Se obstinaba en seguir tras del Alcalde
Sin prestar atención á los mandatos
De su ama, que al fin montando en ira
Le clavó un alfiler de gran tamaño
O acaso algún punzón, que en un estuche
Tal vez llevaba á la sazón guardado.
Sintió mi esposo que la aguda punta
Atravesó sus lomos desdichados,
Y dando una gran voz torció su cuerpo
Y dió en las duras piedras, arrastrando

En tan fiera caída á la señora
Que también á su vez, en tal quebranto,
Dando al aire sus quejas y chillidos
Alborotó la calle de Santiago.
Acudieron al punto á socorrerla
Y á levantarla dos de sus lacayos
Y el Alcalde de corte y alguaciles
Con gran finura hicieron otro tanto.
Llegáronse también gentes baldías
Que á la sazón estaban paseando
Por la famosa concurrida puerta
De Guadalajara (16) y hubo tal escándalo
Que á pie tuvo que irse la señora
De su torpe escudero renegando.
Entró éste en la casa de un barbero
Donde su herida con primor curaron,
A pesar de que él aseguraba
Que el corazón tenía taladrado.
Sanó al fin; mas su rara cortesía
Fué objeto de infinitos comentarios,
Y por las calles y las plazas públicas
Le corrían y hurgaban los muchachos.
Tal fué su sino; despidióle su ama
Por todo esto, y porque era un tanto
Corto de vista; y él desde aquel día
Sintió tal pena y tal pasión de ánimo,
Que dando en no comer y en sufrir solo,
Vino á morir de pena entre mis brazos.
Tal fué la muerte de mi buen marido;
¡Ay! permitid que me deshaga en llanto.
—Deshaceos, contesta Don Quijote;
Que al oiros también yo me deshago.»

XCVI

Revelaciones.—Azotes y pellizcos.

DESPUÉS que hubo vertido algunas lágrimas
Dijo Doña Rodriguez sollozando:

—Muerto mi esposo me quedé viuda
Con hija á cuestras y sin más amparo
Que unos tristes ahorros miserables
Amen de algunos deslucidos trapos.
Por fortuna tenía yo gran fama
De labrandería (término anticuado),
Y en hacer mil primores mujeriles
Ninguna otra aventajó á mis manos.
Llegando tal noticia á mi señora
La Duquesa, que habíase casado
Con mi señor el Duque poco antes,
A este gran reino de Aragón me trajo,
A donde yendo días y viniendo,
Mi hija crecía como planta en Mayo
Siendo tal su belleza y su donaire
Que el alma se recrea en sus encantos.
Canta con más primor que una calandria,
Trina cual ruiñeñor enamorado,
Sabe danzar, cual danza el pensamiento,
Baila como perdida y anda á saltos;
Lee y escribe, mejor que un buen maestro
De escuela, y cuenta en fin como un avaro.
De su limpieza nada decir quiero
Pues es más pulcra, puedo asegurarlo,
Que los chorros del oro y que las aguas
Cristalinas del fresco arroyo manso.
Tiene ahora, si mal yo no me acuerdo,
Precisamente diez y seis años,
Cinco meses, tres días y dos horas,
Salvando algún error de suma ó cálculo.
En resolución, de mi muchacha
Se vino á enamorar otro muchacho
Hijo de un labrador, que es tan riquísimo
Que á mi señor dineros le ha prestado.
Yo no sé como fué, pero los chicos,
Que son á veces de la piel del diablo,
Juntáronse los dos, prendió la llama
En la estopa, y el mozo asegurando
Que la haría su esposa, burló á mi hija
Que hoy se encuentra sin honra y sin recato.
Mil veces he pedido al señor Duque
Mi señor, que los haga ser casados;

Mas él nunca me oye y hace oreja
De mercader, temiendo el desagrado
Del rico labrador, que como he dicho
Le dá dinero á réditos muy altos
Y le sale fiador de muchas tampus;
Y nunca logro lo que anhele tanto,
Y el burlador de mi hija desdichada
Jamás le dá su prometida mano.»

Guardó un instante la aflijida dueña
Silencio sepulcral; se enjugó el llanto
Sin quitarse los turbios anteojos
Y luego de este modo signió hablando:
— Por todo cuanto he dicho, señor mío,
Pretendo yo, que su merced, tomando
En cuenta la justicia de mi causa,
Procure deshacer tan torpe agravio
Apelando á los ruegos, ó á las armas,
Ya humilde, ya soberbio, ya indignado;
Pues según asegura todo el mundo
Vos nacisteis en él para encargaros
De enderezar los tuertos que se hacen
Y amparar á los pobres desgraciados.
Ponga vuesa verced ante sus ojos
La orfandad de mi hija; vea su garbo,
Su gentileza y mocedad; advierta
Sus buenas partes; mire que le hablo
La verdad pura; sepa que le juro
En Dios y en mi conciencia, que no hallo
Entre cuantas doncellas tiene mi ama
Quien le llegue á la suela del zapato;
Y que esa que se llama Altisidora
A quien dan tanto mimo y agasajo
Por lo gallarda y desenvuelta, queda
Delante de mi hija muy debajo.
Porque quiero que sepa, señor mío,
Que esa Altisidorilla de quien hablo
Es toda presunción, y no hermosura,
Y es su salud escasa, pues cansado
Tiene el aliento y huele á mil demonios
Cuando el hipo se sube hasta sus labios.
Y aun mi señora la Duquesa tiene.....
Pero debo callar y al punto callo;

Que se suele decir que las paredes
Tienen oídos y el asunto es árduo.»

Calló en efecto la habladora dueña
Y al mismo tiempo preguntó el hidalgo:

—¿Qué tiene la Duquesa mi señora?

Por vida mía, que curioso me hallo.

—Con tal conjuro, contestó la vieja,

Yo no puedo dejar de declararos

Lo que sucede, pues saberlo intenta,

Y la verdad merece culto honrado.

¿Nota vuesa merced lo fresca y guapa

Y hermosa que está, siempre ostentando

Su frente nacarada, sus mejillas

De leche y de carmín, sus ojos claros,

Mi señora? ¿Miró la gallardía

Con que el suelo que pisa despreciando

Va por doquiera derramando gracia

Salud y vida y seductor encanto?

Pues sepa su merced, señor, que todo

Lo debe á Dios primero, y luego al caño

De dos fuentes que tiene en las dos piernas

Por donde el mal humor va desaguando

Según dicen los médicos, que afirman

Que está su cuerpo convertido en tarro

De los tales humores, y aseguran

Que el tapar su salida fuera infausto.

—Santa María! exclama Don Quijote

Al escuchar el anterior relato,

¿Es posible que tenga esa señora

Tales desaguaderos? Por Dios santo

Que crédito no diera á tal noticia

Si la pudieran dar frailes descalzos,

Mas vos lo aseguráis, Doña Rodriguez,

Y razones tendréis para afirmarlo;

Mas yo presumo que las tales fuentes

En tales sitios limpios y estimados

No han de manar humor, sino ambar líquido,

Y ahora con eso, de creer acabo

Que el abrir esas fuentes en el cuerpo

Há de ser saludable en sumo grado.»

Apenas estas frases inocentes

Pudo decir el ingenioso hidalgo,

Abriéronse de súbito las puertas
Del aposento en que se hallaban ambos
Y se sintió un gran golpe y un gran ruido
Que retumbó cual trueno prolongado.

Mortal susto sintió Doña Rodríguez
Y la vela cayó de entre sus manos
Quedando tan á obscuras de repente
Que aquella estancia convirtiósse en caos.
Después sintió la desdichada dueña
Que dos valientes iracundas manos
La garganta le asian y apretaban
Sin dejarla gañir ni dar un paso,
Mientras otra persona, irreverente
Y sin pudor, sus faldas levantando,
Con una al parecer chinela, dióle
Tantos azotes, tantos, tantos, tantos,
Que fué una compasión; y aunque el brioso
Don Quijote sentíase apiadado,
No osaba menearse de su lecho,
Esperando tal vez, y no era vano
Su temor, que la tanda y tunda fiera
Sobre él descargase el mal nublado.

Y en efecto, así fué, pues cuando hartas
Estuvieron al fin las tales manos
De dar en las enjutas posaderas
De la dueña infeliz, se trasladaron
A Don Quijote que en silencio estaba;
Y su sábana y colcha levantando
En silencio, también con furia inmensa
Todo su cuerpo triste pellizcaron.

Y era tan implacable y tan menudo
Aquel acribillar, que exasperado
Comenzó á defenderse, sacudiendo
En el aire infinitos puñetazos.
Todo esto pasó, como hemos dicho,
En silencio profundo bien guardado,
Sin que nadie arrojara un solo grito;
Lo cual parece á la verdad extraño,
Pues duró media hora la refriega
Y el combate fué rudo y obstinado.

Después de esto, salieron los fantasmas;
Doña Rodríguez recogió sus paños

O faldamentas, y gimiendo triste
Se salió por la puerta más que á paso,
Sin decir una frase á Don Quijote
Que á su vez se quedó solo en su cuarto,
Pellizcado, confuso y deseoso
De averiguar el nombre del vil mago
O encantador perverso que le puso
En un trance tan duro y tan amargo.

.....

Y aunque aquí Cide Hamete se reserva
Para más adelante hablar del caso,
Nosotros al lector contar queremos
La causa que fué origen de aquel raro
Desenlace, y del fiero vapuleo
Que á Don Quijote dió que pensar tanto.

Fué el caso que otra dueña maliciosa,
De las que había en el ducal palacio,
Vió entrar á la Rodríguez con cautela
Y á deshora en la estancia del hidalgo.
Estimulada entonces por su instinto
Perverso, propio de su edad y estado,
Pues era vieja, solterona, simple,
Supersticiosa y émula del diablo,
Fué al punto con el chisme á la Duquesa,
Quien á su vez al Duque dió traslado
De aquella novedad, y con licencia
Del mismo, quiso todo averiguarlo
Por sí misma, marchando diligente
Con su doncella Altisidora al cuarto
De Don Quijote, donde ya la dueña
Su añeja historia estaba relatando.

Pusiéronse á escuchar tras de la puerta
Y todas las palabras escucharon
Que soltó la infeliz Doña Rodríguez;
Y oyeron que con grande desacato
Hablabá de las trampas y las deudas
Del Duque; pero todo fué pasando
Hasta llegar á aquello de las fuentes
En las piernas y humores malhadados.
Entonces la señora hecha una furia
Dió un gran golpe en la puerta con sus manos,

Y entrando allí con ella Altisidora
A oscuras y en silencio vapularon
A la fámula infiel y al caballero
Que quedó bien molido y malparado.

XCVII

De ronda.

ABREVIANDO nuestra historia
(Para hacer que el ROMANCERO
Detallado y minucioso
Llegue á su debido término),
Consignaremos que Sancho
Continuaba en su gobierno
Dando pruebas de ser hombre
De probidad y de ingenio.

Por las noches, con licencia
Del Señor Don Pedro Recio
Que olvidó los aforismos
De Hipócrates y Galeno,
Cenaba con mucho gusto,
Ya sus orejas de cerdo,
Ya su salpicón de vaca
Con cebolla bien dispuesto,
Ya su espléndida morcilla,
Ya sus manos de ternero
Que con su pan y su vino
Le dejaban satisfecho.

Después de llenar su homólogo
Echaba á la calle el cuerpo
Y á rondar se dedicaba
Todas las vías del pueblo
Haciendo cada justicia
Que diz que cantaba el credo.

Cuando topaba con gente
Maleante, con fulleros,
Tahures; con cobradores
Del barato, que del juego

— ROMANERO DEL INGENIOSO HIDALGO —

Sacaban su pacotilla,
Y eran unos pendencieros,
Les recetaba una multa
O propinaba un destierro.

Llevaba siempre á su lado
Notable acompañamiento,
Pues su escolta componían
El secretario perpetuo
Vizcaino, el mayordomo,
El maestresala, el discreto
Coronista (que anotaba
Con puntualidad sus hechos)
Y escribanos y alguaciles
Que engrosaban el cortejo.

Iba grave con su vara
Siempre colocado en medio,
Y alguna vez les mostraba
Su intención y sus proyectos
De dejar limpia la ínsula
De holgazanes y embusteros,
Y de gente vagabunda
Que corrompen con su ejemplo
Las ejemplares costumbres
Que honran y elevan á un pueblo.

— Porque quiero que sepáis,
Añadía, que esos perros
Perezosos que se tienden
A la bartola, y contentos
Se pasan toda la vida
Siempre estafando á los crédulos,
Son la polilla que roe
La república, y lo mismo
Suelen hacer que los zánganos
Que la colmena indaviendo
(Invadiendo decir quiso
Mas no consiguió su objeto),
Se comen la miel que labran
Las abejas con esmero.
Así, pues, tengo pensado
Favorecer y dar premios
A los buenos labradores
Que sudan por mantenernos

Y mantenerse, á pesar
De los azares del tiempo.
Quiero que los virtuosos
Gocen de paz y sosiego;
Quiero que sus preeminencias
Gocen, los que merecieron
Alcanzarlas, y que guarden
A los hidalgos respeto.
Quiero que á la religión
Nadie arrastre por los suelos
Y que se honre y venere
A los sacerdotes buenos.
Estas son mis esperanzas
Y mis más vivos deseos;
Decidme si digo algo
O tontamente me quiebro
La cabeza.— Tanto dice,
Le responde con sincero
Afecto en nombre de todos
El mayordomo discreto,
Que admirado estoy de ver
Cuanto en su merced voy viendo;
Pues hombre que está tan falto
De letras como yo creo
Que lo está vuesa merced,
Debe tener mucho ingenio
Para dictar tales fallos
Y dar tan dignos consejos
Y abrigar tales propósitos
Que nos tienen boquiabiertos,
Al pensar que aquí vinimos
Por lana, y no hubo borrego,
Quedando burlados todos
Los que burlarse quisieron.
—Lo cual significa, dice
Sancho con algún misterio,
Que más hace aquel que quiere
Que el que puede, en todo tiempo:
Y que el que tiene conciencia
Obra con mayor talento
Que el sabio que no teniéndola
Puede convertirse en necio.»

Esto dijo Sancho Panza
Y su ronda prosiguiendo
Hizo cosas que le honraban
Y que aumentaron su crédito.

XCVIII

Teresa y Sañchica Panza.

CON aquel paje que hizo
El papel de Dulcinea
La noche que vino al bosque
Con grande prosopopeya
El gran Merlín, un mensaje
Quiso enviar la Duquesa
A la mujer del gran Sancho
Que estábanse allá en su tierra.
Llevaba el ladino paje
Para entregar á Teresa
La carta de Sancho y otra
Que quiso escribir la egregia
Señora, el lio en que estaba
Envuelto en una arpillera
El traje de paño verde
Que aquél rompió en la refriega
Del jabalí, cuando huyendo
Se subió á una encina vieja
En la cual quedó colgado
Como un cazo en su espetera;
Y finalmente, una sarta
De corales linda y luenga
Que á Teresa regalaba
La campechana Duquesa.
Llegó el paje al fin al pueblo
De Sancho, y al estar cerca
De sus casas, vió en un campo
Un corro de lavanderas
Que en la margen de un arroyo
Daban jabón á sus prendas

Y luego las restregaban
Entre sus fuertes muñecas.

Paró su cabalgadura
Y dirigiéndose á ellas
Les preguntó si vivía
En aquel lugar Teresa
Panza, mujer de un tal Sancho
Panza, que escudero era
De un caballero famoso
Natural de aquellas tierras
Y al cual llamaban las gentes,
Por lo célebre que era,
Don Quijote de la Mancha.»

Calló esperando respuesta
Y al punto se levantó
De su sitio una mozuela
Que estaba lavando, y dijo:
—Sí señor, la mujer esa
Es mi madre, y ese Sancho
Es mi padre que está fuera
Del pueblo; y ese señor
Don Quijote, de quien cuentan
Tantas cosas es nuestro amo.
—Entonces, venid, doncella,
Dice el paje; conducidme
Al sitio donde se encuentra
Vuestra madre, á la cual traigo
Carta con muy buenas prendas
De vuestro padre, y un lindo
Presente.—Venido sea
Con mil amores, responde
La chica que representa
La edad de catorce años;
Y desgrefñada y en piernas,
Dejando la ropa á cargo
De una de sus compañeras,
Dijo al paje:—Sin demora
Tras de mí, señor, se venga,
Que á la entrada del lugar
Está mi casa, y en ella
Verá á mi madre que el trapo
A traque barraque suelta

Viendo que nunca tenemos
Noticias malas ni buenas
De mi padre.—Pues ahora,
Dice el paje, ha de tenerlas
Más frescas que una lechuga;
Más dulces que una camuesa.»

Llegó en esto la muchacha
Dando saltos á la puerta
De su casa y dijo á voces:
—Salga, mi madre Teresa;
Salga presto, salga, madre,
Que aquí viene á mi trasera
Un señor que trae cartas,
Y yo no sé qué finezas,
De mi buen señor y padre
Cuya vida Dios conserva.»

Salió al punto la Cascajo,
Que aunque dicen no era vieja
Afirman los que la vieron
Que pasaba de cuarenta;
Pero era fuerte, nervuda,
Avellanada y muy tiesa.
Y no bien vió allí á su hija
Y al paje sobre su bestia
Exclamó:—¿Qué es esto, niña?
¿Qué señor es éste? Cuenta.
—Yo, señora, con humilde
Tono el paje le contesta,
Apeándose ligero
Y haciendo una reverencia,
Soy un servidor que vengo
Desde Aragón solo á verla
Para besarle la mano,
Si me otorga su licencia,
Puesto que es mujer legítima
Y particular parienta
Del señor Don Sancho Panza
Que hoy con acierto gobierna
La ínsula Barataria
Que es linda como unas perlas.»

Al decir esto, el taimado
Puso una rodilla en tierra;

Pero la mujer que estaba
Muy admirada y suspensa,
(Y bueno será advertir
Que estaba en chancas, sin medias,
Con un corto zagalejo
Que no cubría sus piernas),
Saliendo al fin de su asombro
Se explicó de esta manera:
—Ay, señor mio, no haga
Eso, que me dá vergüenza.
Yo no soy dina de tanto
Ni nunca fuí palaciega.
Hija de estripaterrones
No paso de ser labriega
Y es mi marido escudero
Andante que anda por fuerza,
Y no es tal gobernador
Como su merced se piensa.
—Ese es el error, responde
El paje; y para que vea
Vuesa merced que es dignísima
Esposa y fiel compañera
De un grande y archidignísimo
Gobernador, tome en prenda
Este pliego y esta sarta
De corales que lo prueban.»

Diciendo así y levantándose
Sacó de la faltriquera
Un gran collar con extremos
De oro, y con mucha presteza
Se lo echó al cuello, añadiendo:
—Esta carta, cuya entrega
Me encargaron, fué dictada
Por Don Sancho; y otras letras
Que traigo y esos corales
Se los manda la Duquesa
Mi señora, que es tan noble
Y rica como una reina.»

Al oír tales palabras
Quedó pasmada Teresa,
Y Sanchica que no estaba
Menos absorta y contenta,

Exclamó al fin:—Que me maten
Si no hizo estas lindezas
Nuestro señor Don Quijote,
Flor de la gente manchega.

—Decís bien, responde el paje;
Que él con su buena presencia
Y la fama de sus hechos
Que de boca en boca ruedan,
De mis señores los Duques
Captó la benevolencia;

Y sólo por su respeto
El buen Don Sancho gobierna
Como verán sus mercedes
Si leen las cartas estas.

—Léalas vuesa merced,
Señor gentil hombre, que esas
Leturas yo no conozgo;
Pues aunque de hilar entienda
Nunca he podido meterme
En el testuz una letra.

—Tampoco yo, dice Sancha;
Mas si un momento me esperan
Yo iré de cuatro zancadas
A llamar á quien las lea,
Ora sea el Cura mismo,
Que vive de aquí muy cerca,
O el señor Sansón Carrasco
Que es un bachiller en regla
Y que vendrán muy gustosos
Por tener noticias buenas
De mi padre, á quien estiman
Y por el cual se interesan.

—No es menester, dice el paje;
Que puesto que hilar no sepa,
Sé leer, y las leeré
Sin que me coma una letra.»

Diciendo así, abrió la carta
De Sancho que aquí no entra
Por ser cosa conocida
De nuestras lectoras bellas.
Después leyó la otra epístola
Escrita por la Duquesa

Que frase más, frase menos,
Decía de esta manera:

«Mi amiga Teresa Panza:

- »Las prendas de su marido
- »Causa y ocasión han sido
- »De que le tome afición.
- »Por eso al Duque mi esposo
- »Que es amante dulce y tierno
- »Para él le pedí un gobierno
- »Del cual tomó posesión.

- »En la ínsula Barataria
- »Ejerce dominio y mando,
- »Y pruebas nos está dando
- »De su ingenio singular.
- »Y al mirar cómo se porta
- »De júbilo estamos locos
- »Viendo que en el mundo hay pocos
- »Que así sepan gobernar.

- »Ahí le envió, amiga mía,
- »Una sarta de corales
- »Que en mil perlas orientales
- »Yo quisiera convertir.
- »Pero quien te alargó el hueso
- »Verte muerta no querría.
- »Ya sabréis lo que algún día
- »Os reserva el porvenir.

- »Decid á Sanchica Panza
- »Que su afición me dispense;
- »Pues cuando menos lo piense
- »La tendremos que casar.
- »Y será este casamiento
- »Propio para dar un salto
- »Poniéndola tan en alto
- »Que la lleguen á envidiar.

- »De buena tinta he sabido
- »Por ciertas vías remotas,
- »Que en ese pueblo hay bellotas

»Grandes de muy buen comer.
»Si es cierto lo que se dice
»Y son tan gordas y buenas
»Envíeme dos docenas
»Que habrán de darme placer,

»Pues viniendo de su mano
»Cariñosa y diligente
»Será el más rico presente
»Que acredite su virtud.
»Escribame pronto y mucho,
»Que por mi fe de Duquesa
»Os juro que me interesa
»Vuestra importante salud.

»Y si algo ha menester,
»Aunque sea una bicoca,
»Medida será su boca
»Aun antes de boquear.
»Pídame lo que desee
»Sin temor de llegar tarde,
»Y el Señor su vida guarde,
»Como á mí en este lugar.»
.....

La carta anterior estaba
Subscrita por la Duquesa
Que en bromear y en burlarse
Nunca supo obrar á medias.
Y al oír su contenido
Sanchica Panza y Teresa
Batieron palmas, bailaron
Y se pusieron muy huecas.

XCIX

Sueños felices.

—Esto sí que se llama,
Dijo Teresa,

Una noble señora
Sencilla y buena.
Con estas tales
Me entierren cualquier día
En cualquier parte.

No se parece en nada
La tal Duquesa
A estas tontas hidalgas
De las aldeas.
¡Válgame el cielo!
Y qué feas las pone
Su orgullo necio.

Si á la señora gustan
Nuestras bellotas,
Un celemín le ofrezco
De las más gordas.
Anda, Sanchica,
Que este rocín nos pide
Caballeriza.

Saca huevos y corta
Tocino adunia,
Tratemos como á un príncipe
A quien nos busca,
Y viene á darnos
Tan felices noticias
Y tal regalo.»

Diciendo así, con gozo
Imponderable,
Hacia mil caricias
A los corales;
Y la muchacha
La mitad reclamóle
De aquella sarta.

—Para tí será toda,
Dijo Teresa;
Mas deja que la lleve
Seis días siquiera.

Pues gozo sientó
Al llevar esta alhaja
Sobre mi pecho.

—No serán menos grandes
Sus alegrías,
Dijo el paje, si os nuestro
Señoras mías,
Este gran lío
Que en mi portamanteo
Traigo prendido.

Es un vestido verde
De fino paño
Que un día llevó á caza
El buen Don Sancho,
Y que él dedica
Tan solo á la señora
Doña Sanchita.

—Que me viva él mil años,
Responde Sancha,
Y al señor que lo trae
Con tanta gracia.
—Gran razón tienes,
Dice Teresa, vivan
Cuanto merecen.

Yo entretanto, hija mía,
Voy á un recado
Y á ver á las vecinas
De todo el barrio,
Para que el pueblo
Sepa que ya tu padre
Tiene un gobierno.

También he de decírselo
Al señor Cura
Y á maese el barbero,
Que sin disputa
Son muy amigos

De mi señor Don Sancho
Esposo mío.»

Diciendo así, salióse
Fuera de casa
Ostentando en sus hombros
La rica sarta.
É iba tañendo
Las cartas, cual si fueran
Algún pandero.

Luego cuenta la historia
Que encontró al paso
Al Cura, con quien iba
Sansón Carrasco,
Y ella al momento
Bailando, refirióles
Lo del gobierno.

Quedáronse al oirla
Cual dos estátuas
Temiendo que estuviera
Loca ó borracha,
Y el estribillo
De la ilustre Duquesa
Reir les hizo.

—¿Qué es esto? murmuraron;
Teresa Panza,
¿Qué locuras son estas
Que nos relata?
¿Por qué rareza
Trocais esos papeles
En panderetas?

¿Quién diantres pudo haceros
Gobernadora?
¿Qué nos habláis de Duques
Y de bellotas?
¿Y esos corales
Son finos ó son falsos?
¿Quién os los trae?

—Que soy gobernadora,
Dice Teresa,
Lo afirman estas cartas;
Pueden leerlas.»
Leyólas luego
El Cura en alto, y ambos
Se sorprendieron.

Después examinaron
Con grande ahinco
Los corales, y viendo
Que eran muy finos
Y que engastados
En oro puro estaban,
Se santiguaron.

—No entiendo, no lo entiendo,
Exclama el Cura.
Y el bachiller responde;
—Se me figura
Que en este enredo
Debe encerrarse mucho,
Mucho misterio.

Declaradnos, Teresa,
Quién fué el que os trajo
Estas cartas que vemos
Y ese regalo.
—Pues es un mozo
Que tiene la presencia
De un pino de oro.

En mi casa se encuentra,
Y podeis verlo.
¿Quereis venir conmigo?
—Sí que queremos.»
Y los tres juntos
A ver al mensajero
Fuéronse al punto.

Y como el paje estaba
Bien advertido,

A cuanto preguntaron
Amén les dijo.
Y al oírle Sancha
Y su madre, se dieron
Mucha importancia.

Hablaron de vestidos,
Telas y adornos,
De pasearse en coche
Y darse tono.
Sueños livianos
Que la verdad iría
Desbaratando.

C

Don Quijote escribe á Sancho.

MIENTRAS que Teresa y Sancha
Allá en su apartado pueblo
Levantaban mil castillos
En el aire, manteniendo
Su miseria y su ignorancia
Tan locos atrevimientos,
Sufría el gobernador
Hambre, sed, cansancio y sueño;
Pues para desayunarse
Ordenaba el doctor Recio
Que le diesen un platito
De almíbar, con un pequeño
Pedazo de pan, y agua
Pura, sin que hiciese exceso
En el beber, pues decía
Que con este tratamiento
Vería claras las cosas
Y aguzaría el ingenio.
De este modo se pasaba
El día fallando pleitos
Y por las noches rondando

Las calles, justicia haciendo,
Y acaso dándose al diablo
Por no verse satisfecho
Con aquellas golosinas
Que le ponían el cuerpo
Como un farol apagado;
Mas él sufría en silencio
Esperando la ocasión
De afirmarse en su gobierno
Y echar después á patadas
A los tunos y á los necios
Que asechanzas le ponían
Y truncaban sus deseos
De castigar á los malos
Y enaltecer á los buenos,
Sin ver el pobre que estaba
A oculto poder sujeto
Y sentenciado á ser víctima
Del más espantoso trueno.

Entre tanto, Don Quijote
Le envió con un correo
De los Duques, una carta
Llena de sabios consejos.
«Vístete bien, le decía,
»Cual te lo exige tu empleo;
»Y no uses galas ni dijés
»Chillones en ningún tiempo.
»Un palo no nos parece
»Palo, si está bien compuesto
»Y un juez destrozado y sucio
»Más que juez parece un reo.
»Procura que todos tengan
»Fáciles mantenimientos,
»Que el hambre y la carestía
»Exasperan á los pueblos.
»Sé bien criado con todos
»Y afable, que el ser modesto
»Es prenda de un gobernante
»Que infunde amor y respeto.
»No dictes muchas pragmáticas
»Y lo que mandes sostenlo,
»Que leyes que no se cumplen

- »Sólo producen descrédito.
- »Sé padre de las virtudes
- »Y padrastro de los feos
- »Vicios que al hombre embrutecen
- »Y le van prostituyendo.
- »No seas siempre riguroso
- »Ni siempre blando en extremo,
- »Que la perfección consiste
- »En hallar el justo medio.
- »Inspecciona los mercados,
- »Pon coto á los carniceros
- »Y á las placeras que hurtan
- »Con la clase y con el peso.
- »Visita también las cárceles;
- »Que es caritativo y bueno
- »Consolar á los que esperan
- »Que sustancien su proceso.
- »No te muestres codicioso,
- »Ni glotón, ni mujeriego,
- »Que si conocen tu flaco
- »Con él te darán tormento.
- »Mira y remira y repara
- »Mis anteriores consejos,
- »Que escritos te los llevaste
- »Y pueden venirte á pelo.
- »Escribe á tus protectores
- »Mostrando agradecimiento
- »Que la ingratitud es propia
- »De hombres torpes y soberbios.
- »Acerca de otros asuntos
- »Tan solo decirte puedo
- »Que la señora Duquesa
- »Mandó un propio á nuestro pueblo
- »Con tu vestido, tu carta
- »Y un presente de buen precio
- »Para tu mujer Teresa;
- »Y aguardamos por momentos
- »Contestación. Yo me he visto
- »Estos días mal dispuesto
- »Por consecuencia de algunos
- »Desdichados gateamientos
- »Que pagaron mis narices;

- » Mas ya curado me veo;
- » Que si encantadores hay
- » Que me maltraten, el cielo
- » Permite que me defiendan
- » Otros que son más benéficos.
- » Dime si ese mayordomo
- » Que fué contigo al gobierno
- » Tuvo ó no concomitancias
- » Con la Trifaldi, y de esto
- » Y de cuanto ahí te ocurra
- » Me darás conocimiento,
- » Pues es muy corto el camino
- » Que nos separa, y yo tengo
- » Necesidad de salir
- » Otra vez á campo abierto
- » Por ser hoy mi vida impropia
- » De un andante caballero.
- » Sabrás que se me ha ofrecido
- » Un mal negocio, que creo
- » Me ha de poner en desgracia
- » De estos señores tan buenos;
- » Pero aunque me importa mucho
- » Nada se me importa de ello,
- » Que antes que su gusto, está
- » La gran profesión que ejerzo;
- » Y según suele decirse
- » En la lengua de Terencio:
- » *Amicus Plato, set magis*
- » *Amica veritas*; y esto
- » Lo digo en latín, buen Sancho,
- » Porque firmemente entiendo
- » Que te lo habrás aprendido
- » Después de tener gobierno.
- » Adios, y el cielo te guarde
- » De que ni propios ni ajenos
- » Te tengan lástima alguna.
- » Es tu amigo verdadero,

DON QUIJOTE DE LA MANCHA
(En tal día y en tal pueblo.)»

CI

Sancho escribe á Don Quijote.

Oyó Sancho atentamente
La carta que le leyeron
En voz alta, y enseguida
Encerróse en su aposento
Con su señor secretario
El vizcaino perpetuo.
Al cual mandó que escribiese
Lo que él le fuera diciendo,
Y según cuentan las crónicas
Dictando fué en estos términos:

«La ocupación de mis muchos
»Negocios, es de tal peso
»Que rascarme la cabeza
»Ni cortar mis uñas puedo;
»Razón por la cual, crecidas
»En sumo grado las llevo:
»Y esto digo, señor mio
»De mi alma, porque temo
»Que vuesa merced se espante
»Al mirar el mucho tiempo
»Que he tardado en darle aviso
»De las cosas del gobierno,
»En el cual paso más hambre
»Que cuando andábamos sueltos
»Buscando mil aventuras
»Por los llanos y los cerros.
»Escribióme, no hace mucho,
»Mi señor el Duque, un pliego
»Dándome ávise que habían
»Entrado con gran misterio
»En la ínsula unos cuantos
»Espías, con el intento
»De matarme; y hasta agora

- »Yo, señor, no he descubierto
- »Más que un Dotor que parece
- »Que asalariado tenemos
- »Para que mate á sus anchas
- »Uno á uno, y ciento á ciento,
- »A cuantos Gobernadores
- »Vayan por aquí viniendo.
- »Llábase el tal dotorcito
- »Pedro Recio mal Agüero;
- »Natural de Tirteafuera,
- »¡Buen apellido y buen pueblo!
- »El cual dice que él no cura
- »A los que caen enfermos
- »Sino que previene el mal
- »Para que siempre estén buenos,
- »Sin usar más melecinas
- »Ni emplear otros remedios
- »Que una dieta rigurosa
- »Con la cual se queda el cuerpo
- »Como costal arrugado
- »Que cubre unos mondos huesos.
- »Finalmente, el tal dotor
- »Me tiene ya frito y muerto,
- »Pues aunque las dos primeras
- »Noches, su consentimiento
- »Me dió para cenar algo
- »Que me hiciese algún provecho,
- »Hoy ha vuelto á las andadas;
- »Y repito que me muerdo
- »No sólo de hambre rabiosa
- »Sino también de despecho,
- »Sin probar cosa caliente,
- »Ni beber, ni dar al cuerpo
- »Las cosas que yo pensaba
- »Disfrutar en mi gobierno.
- »Hasta agora, señor mio,
- »Yo no he tocado derecho
- »Ni llevé cohecho alguno,
- »Cosa rara en estos tiempos
- »Y más rara en esta insula
- »En la cual dicen tuvieron
- »Todos los gobernadores

- »Muchos y grandes provechos,
»Aun antes de entrar en ella,
»Pues los vecinos les dieron
»O prestaron muy gustosos
»Grandes sumas de dinero,
»Como dicen que es usanza
»En otras partes del reino.
 »Anoche, andando de ronda,
»Cuando lo pensaba menos
»Topé una hermosa doncella
»Y un lindo y gentil mancebo,
»Que trocando sus vestidos
»Para no ser descubiertos
»Trataron de ver el mundo
»Sin salirse de este pueblo.
»Son hermanos, y su padre
»Que es hombre rico y muy recto,
»A la niña tiene presa,
»Siendo su casa un convento
»Donde nadie entra ni sale
»Aunque se muera de tedio.
»(Esta palabra la dita
»Mi secretario perpetuo).
»Y es el caso, señor mio,
»Que el maestresala se ha vuelto
»Loco al ver á la doncella,
»Y yo al mirar del mancebo
»La gallardía y buen porte,
»Le escogí para mi yerno.
»Casar quiero á mi Sanchica
»Con ese chico tan bello,
»Y hoy mesmo sin perder horas
»Yo y el maestresala iremos
»A pedirlos á su padre,
»El cual se llama Don Diego
»De Lallana, y es hidalgo
»De monta, y cristiano viejo.
 »Yo visito las plazuelas
»Y las tiendas y los puestos
»De comestibles, y ayer
»Sin recibir el consejo
»Que vuesa merced me envía,

» Supe que en cierto comercio
» Despachaba una tendera
» Avellanas á buen precio;
» Y averigüé que mezclado
» Había con mal intento
» Una hanega de avellanas
» Nuevas y frescas del tiempo,
« Con otra de vanas, viejas
» Y podridas, y al momento
» Dispuse que las llevaran
» A los niños del colegio
» De doctrios que sabrían
» Distinguir pronto lo bueno;
» Y sentencié á la bribona
» Que tal hurto había dispuesto
» A no hacer en quince días
» Tráfico malo ni bueno;
» Lo cual todos me alabaron
» Diciendo que anduve reto
» Y valeroso al ditar
» Aquel fallo justiciero.

» Esto es, señor, lo que pasa
» Por aquí, y contarle puedo;
» A lo demás que me dice
» Voy á responderle luego.
» Me place mucho que haya
» Mandado con un correo
» Mi señora la Duquesa
» Un presente (será bueno)
» A mi mujer; y en verdad
» Que mucho se lo agradezgo.
» Dígale de parte mia
» Que me hallo muy satisfecho
» Y procuraré mostrarme
» Agradecido á su tiempo.
» Bésele vuesa merced,
» Si no encuentra impedimento,
» Ambas manos en mi nombre
» Con muchísimo respeto
» Y dígale que yo digo
» Todo lo que dicho dejo.
» Entretanto le suplico

- »Que no tenga trabacuentos
- »Ni trabacuentas, ni empachos
- »Con mis señores; que eso
- »Redundaría en mi daño;
- »Y en verdad no será bueno
- »Ni justo, que el que me exige
- »Que muestre agradecimiento
- »No agradezca por su parte
- »Lo que con ambos han hecho
- »Dándonos buen hospedaje,
- »Mesa y grandes regodeos.
 - »Aquello del gateado
 - »Y las narices, no entiendo;
 - »Pero imagino que sea
 - »Uno de los contratiempos
 - »Que á vuesa merced deparan
 - »Viles magos hechiceros
 - »Y encantadores malvados
 - »Que cuando le dan tormento
 - »Se refocilan los pícaros
 - »Y hasta se chupan los dedos.
 - »Algo quisiera enviarle
 - »A vuesa merced de nuevo
 - »En prenda de mi cariño
 - »Y por vía de recuerdo;
 - »Pero no sé qué le envíe
 - »Sino es algunos estrechos
 - »Canutillos de jeringas
 - »Para vejigas de viento,
 - »Que estos insulanos hacen
 - »Curiosos en grado extremo.
 - »Pero si dura el oficio
 - »Ya le mandaré algo bueno.
 - »Si recibe alguna carta
 - »De mi mujer, yo le ruego
 - »Que pague el-porte y la envíe
 - »Por el próximo correo,
 - »Pues de saber de mi casa
 - »Y familia, ganas tengo.
 - «Y con esto, señor mío,
 - »Guarde á su merced el cielo
 - »De los mal intencionados

»Encantadores perversos, ¹
»Y á mí me saque con bien
»Y en paz de aqueste gobierno
»Cosa que en duda la pongo
»Pues dejar la vida pienso
»En las manos asesinas
»De este Dotor Pedro Recio.»

.....
Dictada que fué y escrita
La carta, firmóla luego
Sancho con mucho trabajo;
Cerró el secretario el pliego
Y sin detención alguna
Fué despachado el correo.
Mas ¡ah! que mientras estaba
Encerrado en su aposento
El pobre gobernador,
Sus burladores eternos
Acordaban la manera
De arrojarle del gobierno.
Y siguió incauto afanándose
Por las cosas de su empleo
Sin ver los lazos traidores
Que ya le estaban tendiendo.
Por eso la misma tarde
De aquel día, con empeño
Digno de mayor ventura
Y de más glorioso premio,
Redactó unas ordenanzas
Tocantes al buen gobierno
De la que él se imaginaba
Insula; y dispuso cuerdo
Que no hubiese regatones
O revendedores de esos
Que encarecen los artículos
Y merman los bastimentos.
Dispuso la libre entrada
Del vino, pero poniendo
Por condición que al entrarlo
Declarasen desde luego
Su procedencia y su clase
A fin de ponerle precio;

Debiendo perder la vida
El malvado tabernero
Que lo aguase ó que cambiase
Su nombre, engañando al pueblo.
Moderó el precio de todo
Calzado, pues vió con duelo
Que encarecían la obra
Unos cuantos zapateros
Que insolentes se imponían
A todos los de su gremio.
Puso tasa en los salarios
De los criados, pues estos
Corrían á rienda suelta
Por mal camino, poniendo
A sus amos en un brete,
Ansiosos de un gran provecho
Sin aceptar los deberes
De ser fieles á sus dueños.
Marcó gravísimas penas
A los que fuesen blasfemos
O echaran sucios cantares
Lascivos y descompuestos.
Enemigo de imposturas
Ordenó que ningún ciego
Cantase milagro en coplas
Sin dar testimonio auténtico
De que los tales milagros
Fuesen todos verdaderos.
Creó un alguacil de pobres,
No para darles tormento
Ni ejercer persecuciones,
Sino para ver si entre ellos
Existían manquedades
Fingidas, mentidos ciegos
O falsas llagas que á veces
Con escarnio manifiesto
De la verdad, cubren brazos
Ladrones, pies muy ligeros,
Salud borracha, ojos listos
Y criminales intentos.

Estas y otras muchas cosas
Dispuso con grande acierto

El gobernador Don Sancho.
Y sus ordenanzas fueron
Tan leídas y estimadas,
Que á pesar del largo tiempo
Transcurrido, aun se conservan
Pasando de hijos á nietos,
Dentro de un cofre guardadas
En los archivos del pueblo.

CII

La demanda.—Desafío.

IBA acercándose el día
De aquellas justas famosas
Que debían celebrarse
En la noble Zaragoza,
Y Don Quijote que ansiaba
Adquirir en ellas gloria
Y que estaba ya cansado
De aquella existencia ociosa,
Quiso al cabo separarse
De los Duques, pues si honra
Le cabía en ser amigo
De tan ilustres personas,
Consideraba que aquello
Era ya vivir de gorra.

Curadas están del todo
Sus narices; su faz toda
Se ostenta resplandeciente
Bien afeitada y lustrosa
Aunque siempre verdinegra
Y con arrugas traidoras.
Su pecho tranquilo late;
Está su alma gozosa...
¿Por qué? porque no le affige
Con su amor Altisidora;
Porque queda Dulcinea
De su rival victoriosa;
Porque él que triunfos anhela

Va á luchar en Zaragoza.
Sentado de sobremesa
Con los Duques, tales cosas
Pensaba, cuando de pronto
Vieron entrar á deshora
Dos mujeres enlutadas
Que tristes y silenciosas,
Cubiertas desde el cabello
Hasta los pies, con sus ropas
Talares, se adelantaron
Sin pronunciar una sola
Silaba; y una de ellas
Se echó de manos á boca
A los pies de Don Quijote;
Y trémula y afanosa
Comenzó á exhalar tan hondos
Gemidos, que dejó absorta
A la gente que allí estaba
Viendo aquella jerigonza.
—Vamos; pensaron los Duques;
Esto será alguna broma
Que quieren dar al hidalgo
Estas muchachuelas locas;
Aunque bien mirado, es tanta
La pena que ellas denotan
Que no parecen fingidos
Sus llantos y sus congojas.
—Alzad, dice Don Quijote;
Alzaos del suelo, señora:
Mostrad el rostro y decidnos
Lo que os contrista y apoca.
Levantóse ella en efecto
Y con sus manos temblonas
Apartó su negro manto
Y mostró la faz llorosa.
—Es Doña Rodríguez, dicen
Todos á un tiempo; y con sorna
Murmuraba la Duquesa:
—Jamás la creí tan boba.
Era en efecto la dueña,
Y era su hija la otra
Tapada que allí venía

A demandar dicha y honra.
—Yo soy, dijo la Rodriguez,
Con voz débil y medrosa;
Y si aquí sus excelencias
Franco permiso me otorgan
Para que departa un poco,
Aunque sea un cuarto de hora,
Con el señor Don Quijote,
Yo espero salir airosa
Del mal trance en que un villano
Atrevido nos coloca.

—Yo os doy permiso, contesta
El Duque; hablad sin demora
Cuanto gustéis.—Dios os premie
Tal favor; y óigame ahora
Este simpar caballero,
Esta lumbrera, esta antorcha
Ante cuya luz magnífica
Pongo mi esperanza toda.»

Esto dijo la vetusta
Dueña que estaba más loca
Que el hidalgo, y encarándose
Otra vez con él, gozosa
Y entusiasmada prosigue
Su discurso en esta forma:

—Esa que veis es mi hija,
Vos sabéis, señor, su historia;
No ignoráis que un gavilán
Burló á la casta paloma
Y que al clavarle sus garras
Mató su dicha y su honra;
Vos me habedes prometido
De volver por ella en forma
Enderezándole el tuerto
Que le tienen fecho en obras
Y palabras; mas ¡ay! dicen
Los que saben de estas cosas,
Que de este castillo os vais
Muy presto en busca de otras
Aventuras que Dios haga
Fáciles y venturosas.
Por esta razón, quisiera

Pues tanto y tanto me importa,
Que antes que os escurriédeses
Por esas sendas recónditas
Y esos caminos difíciles
Donde haceis obras tan pródidas,
Desafiádeses férvido
Al rústico de alma indómita
Cuyo vil amor fué un tósigo,
Cuya palabra es apócrifa.
Y que casarse le hiciéredes
Con esa infelice tórtola
Que él juró llevar al tálamo
Según la Iglesia católica
Manda que vayan los cónyuges
Que sienten pasión platónica.
Hacedlo, señor dignísimo,
Ya que yo no encuentro fórmula
Para lograr que mis lágrimas
Y mis razones más sólidas
El señor Duque benévolo
Mire con piedad insólita.»

.....

Calló la vetusta dueña
Y con voz clara y sonora
Y con ademán solemne
Dijo Don Quijote:—Ponga
Vuesa merced á mi cargo
Su asunto; calme su honda
Aflicción y enjугue el llanto
En que se abisma y se ahoga.
Eche á un lado sus pesares
Y sepa que en lo que toca
A esa doncella que ya
No es doncella, sino moza,
Yo desde ahora le ofrezco
Mi protección salvadora.
Pues si bien le hubiera estado
Mejor el ser menos tonta
Y fácil en dar oídos
A promesas ilusorias
Que hacen los enamorados
Con intención alevosa,

Y que es más fácil hacerlas
Que cumplirlas, quiero ahora,
Previa licencia del Duque
Mi señor, poner por obra
Mi intento, y partir en busca
Del mancebo que os desdora,
Y retarle y darle muerte
Horrible, cruel y pronta,
Si no cumple su palabra
De dar su mano traidora
A esa infortunada niña
Menoscabada y medrosa.
Mi profesión me lo exige,
Mi gran corazón me exhorta
Y mi valor me aconseja
Que le busque sin demora.
—No es menester, dice el Duque,
Que vuesa merced se ponga
En trabajo de buscar
Al rústico que ocasiona
Tales querellas; ni quiero
Que vos con cortés lisonja
Demandeis licencia mía
En lo que solo á vos toca
Para hacer el desafío
Que acepto cual cosa propia.
Tened ya por requerido
A ese mōzo que os enoja,
Que yo haré que él presto venga
Aquí para que responda
De sus actos; entendiéndose
Que á vos y á él en la forma
Acostumbrada, os doy campo
Seguro, y ejecutoria
Para lidiar cuerpo á cuerpo,
Con armas luengas ó cortas,
Dentro de mi señorío
Sin faltar punto ni coma
A cuanto las ordenanzas
Caballerescas dispongan.
—Con tal seguro, replica
Don Quijote, desde ahora

Por esta vez yo renuncio
A mi hidalguía notoria
Y me ajusto á la llaneza
Del dañador que provoca
Este lance, y le habilito
Para que conmigo rompa
Una lanza cual si fuese
Mi igual en sangre y en glorias.
Así, pues, aunque esté ausente,
Le reto en debida forma
Por defraudar á esta triste
Joven que será su esposa,
O moriré en la demanda
Si el triunfo Dios no me otorga.»

Dijo, y luego, descalzándose
Un guante, con la faz torba
Y el ademán altanero
Le arrojó sobre la alfombra.

Recogióle adusto el Duque
Que replicó sin demora:
—Yo acepto tal desafío
Y tal lucha y tal discordia
En nombre de mi vasallo
A quien el serlo le abona.
Seis días de plazo pongo
Para celebrar con toda
Formalidad este juicio
De Dios, que aprecia las cosas,
Y que habrá de ser á muerte
Si no se concluye en bodas.
—¿Cuál será el campo?—La plaza
De este castillo.—¿Y la hora?
—Yo la fijaré.—¿Y las armas?
—Iguales y no alevosas;
Tales como usarlas deben
Hombres de pró y alta estofa,
Es decir, lanza y escudo
Y arnés tranzado, con todas
Las demás piezas que son
Auxiliares ó accesorias,
Sin que en ellas quepa engaño,
Superstición maliciosa

Ni baja superchería;
Pues examinarlas toca
Según es ley, á los jueces
Del campo.—Sea en buen hora,
Vuelve á decir Don Quijote.
—Sí, pero ante todas cosas,
Añade el Duque, es preciso
Que para llenar las fórmulas,
Esta buenísima dueña
Y esta ex-doncella piadosa,
Catada y no recatada
Y mal ferida en su honra
Según ellas lo aseguran
Y aquí en público pregonan,
Su derecho en vuestras manos
Decididamente pongan.
Sin esto no hay desaffo.
—Yo sí pongo y soy gustosa,
Responde Doña Rodríguez.
—Y yo también, con voz sorda
Y triste dice su hija
Avergonzada y llorosa,
Trocándose sus mejillas
En carmíneas amapolas.
—Está bien, yo tomo acta,
Dice el Duque, de estas cosas. »

CIII

La vuelta del paje.

TOMADO el apuntamiento
Anterior, dice la historia
Que nuestras dos enlutadas
Se ausentaron silenciosas.
Después mandó la Duquesa
Que desde aquel punto y hora
Nadie las considerara
Sirvientas de su persona,

Sino damas forasteras
Que en el castillo se alojan
Como aventureras tristes
Que aquel gran juicio provocan
Sometiéndose á los fallos
De una espada vencedora.

Por esta razón, dispuso
Que las pusiesen en otras
Habitaciones, sirviéndolas
Como si fuesen personas
Advenedizas y extrañas;
Y la servidumbre toda
Estaba sobrecogida
Asombrada y temerosa
Al ver la desenvoltura,
Sandez y audacia de Doña
Rodríguez, y de su hija
Que era un tanto revoltosa.

Entonces, por fin de fiesta,
Dando ensanche á tales bromas,
Penetró en la sala el paje
Que fué á buscar á la esposa
De Sancho, y que ya del pueblo
Del gran Don Quijote torna.

Regocijéronse al verle
Los Duques, y con ansiosa
Impaciencia le pidieron
Noticias frescas y prontas
De su expedición; y el paje
Con expresión maliciosa
Contestó que no podía
Enterarles más que á solas,
Si bien traía dos cartas
Que debían ser donosas
Pues dictadas por Teresa
Fueron con gran parsimonia
A un monacillo; al cual dió
Dos huevos y media torta
Por no querer confiarse
A ninguna otra persona.

Dicho esto, puso el paje
Las cartas en mano propia

De la Duquesa, que vió
Escrito en letras muy gordas
Un sobre que así decía:

- «Carta para mi señora
- »La Duquesa Tal, no sé
- »De donde.» Y decía la otra:
 - «Para mi señor marido
 - »Sancho Panza que es ahora
 - »Gobernador de la insula
 - »Barataria; y Dios disponga
 - »Que prospere muchos años
 - »Más que yo que soy su esposa.»

Este par de sobreescritos
Vino á aumentar la chacota
Haciendo que la Duquesa
Se mostrase más curiosa.
Así, pues, abrió su carta;
Para sí luego leyóla
Y viendo que bien podía
Hacerlo en alto sin sombra
De abuso de confianza,
Hízolo con voz sonora
Dando á conocer que estaba
Redactada en esta forma:

«*Carta que escribe Teresa*
»*A la señora Duquesa.*»

- «Mucho contento me dió,
- »Señora del alma mia,
- »La carta que me escribió
- »Vuestra grandeza, y que yo
- »Muy deseada tenía.

- »La gran sarta de corales
- »Es muy buena; y el vestido
- »De caza, de mi marido,
- »Vale muchísimos reales.
- »Todo sea bien venido.

- »De que vuestra señoría,
- »Ha hecho gobernador
- »Con tratamiento de usía

- » Á mi consorte, á fe mia
- » Que lo encuentro encantador.
 - » Al saber tan noble idea,
- » Todo el lugar sintió gusto;
- » Pero me aturde y marea
- » El que no lo estimen justo
- » Ni haya nadie que lo crea.
 - » Dice el Cura, que es un asco
- » Pretensión tan singular,
- » Y añade Sansón Carrasco
- » Que esto habrá sido algún chasco
- » Que alguno me quiso dar.
 - » Lo mismo afirma el Barbero;
- » Pero no se me da nada
- » Siendo el caso verdadero.
- » Esté yo bien abrigada
- » Y riase el mundo entero.
 - » Verdad es que el caso ha sido
- » De tal modo inesperado
- » Que no lo hubiera creído
- » A no haberlo confirmado
- » Los corales y el vestido.
 - » Ahora mismo forman corro
- » Las gentes..... ¡Jesús qué plagal
- » Y dice un alma de zorro
- » Que mi pariente es un porro,
- » Y yo no le voy en zaga.
 - » Al ver tamaña insolencia
- » Y tan burlesco deporte
- » Quiero con vuestra licencia
- » Poner por medio la ausencia
- » Y dirigirme á la corte.
 - » Y estoy ya determinada,
- » Pues mi fortuna no duerme,
- » A darme buena posada;
- » A vestir bien y á tenderme
- » En carrétela dorada.
 - » Quiero los ojos quebrar
- » A mil necios envidiosos
- » Que ya tengo en el lugar,
- » Pues el subir y el medrar
- » Tiene estos lados odiosos.

- » Por todo lo referido
- » Suplico á vuesa excelencia
- » Que haga porque mi marido
- » Me envíe á renglón seguido
- » Lo que pide la decencia.
- » Quiero decir, capital
- » Para vivir en la corte
- » En la que el pan vale á real
- » Y la carne un dineral
- » Y lo demás á igual porte.
- » Y si no quiere que vaya
- » Que me lo avise al momento,
- » Que aunque en mí deseos haya
- » No he de traspasar la raya
- » Sin su buen consentimiento.
- » Mis vecinas cariñosas
- » Me aseguran que si vamos
- » A la corte y muy pomposas
- » En coche nos paseamos.
- » Sucederán lindas cosas.
- » Y que será conocido
- » Por nosotras mi marido,
- » Pues todos preguntarán:
- » —¿Quiénes son esas que van
- » En un coche tan lucido?
- » Y un criado que irá en pos,
- » Con paciencia muy prolija
- » Dirá de nosotras dos:
- » —Son la mujer y la hija
- » De Sancho á quien guarde Dios.
- » Con lo cual más conocido
- » Que la ruda mi marido
- » Será desde aquella fecha,
- » Y respetado y querido
- » Le verá muy satisfecha.
- » Me resta, para dar fin,
- » Decirle que ha sido ruín
- » De bellotas este impío
- » Año, y que sólo le envió
- » Hasta medio celemín.
- » A cogerlas fuí ligera
- » Desde el pueblo hasta la Cruz

- »Del Monte; yo bien quisiera
- »Que la más menuda fuera
- »Como un huevo de avestruz.
- »No se le olvide por Dios
- »A vuestra pomposidad
- »Acordarse de las dos,
- »Dándome aviso de los
- »Sucesos de actualidad.
- »Mis hijos, que se embelesan
- »Con los corales de usía,
- »Por su salud se interesan
- »Y los dos su mano besan
- »Con la mayor cortesía.
- »Y yo con esta mudanza
- »De verla tengo esperanza;
- »Dios lo haga cosa corriente
- »Mientras queda su obediente
- »Criada, TERESA PANZA.»

.....
Mucho agradó la lectura
De carta tan primorosa
Principalmente á los Duques
Que gozaban con su obra.
Después la Duquesa quiso
Enterarse de la otra
Que imaginaba debía
De ser mucho más graciosa.
Pero como escrita estaba
Para Sancho, la burlona
Dama, dijo á Don Quijote
Si se podría en buen hora
Repasar su contenido
Pues ella estaba dudosa.
Contestóle el caballero
Que él lo haría sin demora
Por darle gusto; y abriéndola
La leyó con voz gangosa.
Era la carta una epístola
Soberanamente estólida
Llena de interioridades
Que la hacían deliciosa;
Mas su traslado omitimos

Por no alargar esta historia
En los terribles momentos
Y en las peripecias hórridas
Que al gobernador amagan
En su insula famosa.

CIV

El asalto.—Catástrofe.

ERA la séptima noche,
Y debía ser la última,
Que Sancho Panza pasaba
En los cuernos de la luna;
Es decir, en el gobierno
Donde sólo halló amarguras,
Trabajos y desazones
Sin compensación alguna.
Sirviéronle para cena
Conservas y confituras
Que él trocara de buen grado
Por tasajo, ó aceitunas,
O un buen pedazo de queso
O unas cuantas libras de uvas.
Bebió un vaso de agua clara,
Cristalina, fresca y pura,
Porque el doctor Pedro Recio
No le daba vino nunca;
Y sintiéndose cansado,
Despidiendo á su tertulia,
Dejó por la vez primera
De ir de rondas y aventuras
Dirigiéndose á su lecho.
Más fresco que una lechuga
Y más traspillado de hambre
Que si estuviera en ayunas.
Desnudóse, acurrucóse,
Mató la luz, quedó á obscuras
Y entornándose sus párpados

Dió del sueño en la penumbra;
Mas ¡ah! de pronto á su oído
Llegaron voces confusas
Y tañidos de campanas
Que de asombro y de pavora
Llenaron su triste espíritu
Engendrando en él mil dudas.

¿Era un sueño todo aquello?

No era un sueño, no; la bulla
Crecía como en los mares
Crecen los montes de espuma.
Sentado se halla en su cama;
Mas nadie le ofrece ayuda
Y al rumor de aquellas voces
Y tañidos que le asustan,
Se agregan chillones ecos
De mil trompetas agudas
Y el redoblar de tambores
Que por el pueblo circulan.

Hace por fin un esfuerzo
Supremo, bájase, busca
Unas chinelas; resguarda
Sus pies, pues la estancia es húmeda,
Y en camisa como se halla
Corre á la puerta, y con brusca
Ligereza la abre al punto
Llenó de terrible angustia.

Entonces, vió que llegaba
Hacia su estancia una turba
Que con hachas encendidas
Y las espadas desnudas,
—Al arma ¡al arma! gritaban;
Venga, señor, presto acuda,
Que la ínsula asaltaron
Con imponderable furia
Infinitos enemigos,
Que degollarnos procuran,
Y todos pereceremos
Si vuestro valor é industria
No nos salvan del conflicto
O estos daños no conjuran.

Voceando de este modo,

Llegan hasta él; le abruman
Con sus gritos; con sus luces
Humosas, su vista ofuscan;
Y él, atónito, aterrado,
Ni una palabra pronuncia.

Entonces, uno de aquellos
Hombres, de apariencia ruda,
Le dice con brusco acento:
—No hay que abrigar duda alguna,
Armese usía al instante
Si no quiere que se hunda
La ínsula; vea que avanzan
Y que es precisa la lucha.
—¿Y qué me tengo de armar?
El triste Sancho pregunta;
¿Qué entiendo yo de socorros
Si á la guerra no fui nunca?
Mejor será que dejemos
Estas cosas peliagudas
Para mi amo Don Quijote;
Que él sabrá, sin más ayuda
Que su brazo, al enemigo
Meter muy pronto en cintura.
—Ah! señor Gobernador,
Dijo otro; ¿qué disculpa
Es esa, ni qué relente
Le enfría? ¿acaso no escucha
El rumor de la campana
Que rebato y muerte anuncia?
Armese vuesa merced
Sin más pretexto ni excusa,
Que nosotros le traemos
Armas de mucha finura
Defensivas y ofensivas
Que no se doblegan nunca.
Con ellas y con nosotros
Sálgase á la plaza pública
Para capitanearnos
Y ponernos á la husma
De ese traidor enemigo
Que nos veja y nos insulta.
Valerosísimamente

Sus altos deberes cumpla,
Que lo mismo en paz que en guerra
El primer lugar ocupa.

—Bien está, responde Sancho;

¿Quién las armas me procura?

—Nosotros, dicen en coro

Los demás con cierta chunga:

Y acercando dos paveses

De singular estructura

Que para el caso trajeron,

Con varonil fuerza hercúlea

Y rapidez violentísima

A ponerle se apresuran

Uno atrás y otro adelante.

Los dos escudos ajustan

Herméticamente, y luego

Sacando por aberturas

Cóncavas sus gruesos brazos

Y sus dos piernas desnudas,

A su pesar le trastruecan

En una enorme tortuga.

Después con sendos cordeles

Le lían, y en su envoltura

Le dejan tan oprimido

Y emparedado, que en suma

Le es imposible moverse

Ni tomar otra postura,

Ni doblar una rodilla

Ni hacer diligencia alguna.

Después ponen en sus manos

Una lanza tan robusta,

Que á ella se arrima, teniéndose

En pie por rara fortuna.

Hecho esto, le indicaron

Que con gentil apostura

A la lid los condujese,

Pues era el sol y la luna

Y el lucero y la linterna

Con cuya luz, en la lucha

Sangrienta que le esperaba,

La victoria era segura.

—¿Y cómo diablos pretenden,

Dice Sancho, que yo acuda
Si mis choquezuelas crujen
Y tengo mis carnes mústias
Y no puedo menearme
Ni variar de postura
Con estas malditas tablas
Que fieras me descoyuntan?
Mejor será que me lleven
En brazos, y en una altura
O postigo me coloquen
De pie ó echado, y si gustan
Yo defenderé aquel puesto
Si antes no muero de angustia.

— Ah! señor Gobernador,
Dice otro; ¿qué disculpas
Son estas? vamos, menécese
Y véngase en derechura
Al campo; que el enemigo
Crece; sus voces retumban
Y el saqueo y la matanza
Serán cual no fueron nunca. »

Oyendo estas persuasiones
Entreveradas de injurias,
El pobre Gobernador
Trató de ver si eran suyas
Aquellas piernas prensadas
Por un par de conchas duras;
Mas no bien quiso moverse,
Dió tan terrible y tan súbita
Caída, que por milagro
No se destrozó la nuca.
Entonces, como galápagó
Encerrado en capas duras,
O como medio tocino
Entre dos artesas juntas,
El infeliz quedó inmóvil
Llorando su desventura.
Mas no por verle caído
Cesó la sangrienta burla,
Pues apagando las luces
Y sin compasión alguna,
Tornó á reforzar sus gritos

La endiablada turbamulta.
—Al arma; ¡al arma! gritaban;
Guerra, exterminio; que cunda
La mortandad, arda Troya
Y ningún cobarde huya!»
Y gritando de esta suerte
Y armando tal barahunda,
Pisoteaban á Sancho
Y descargaban con furia
Infinitas cuchilladas
Sobre su fuerte armadura.

CV

¡Pobre Sancho!

POBRE Sancho! mientras que él
Resguardaba de la lluvia
De palos y pisotones
Su cabeza mal segura
Metiéndola entre los dos
Paveses, era la bulla
Cada vez mayor; más negra
La desastrada aventura.

Unos en él tropezaban,
Otros sin piedad alguna
Caían sobre su cuerpo
Metido en tal envoltura;
Y no faltó quien poniéndose
De pie sobre aquella tumba,
En la cual Sancho dejaba
Sus presentes y futuras
Ilusiones, dando gritos
Decía:—Muera esa chusma;
Vengan por aquí los nuestros,
Que allí el enemigo abusa
De su gran fuerza numérica
Y las espaldas nos busca.
Aquel portillo se guarde,

— ROMANERO DEL INGENIOSO HIDALGO —

Corónese aquella altura,
Ciérrese la puerta esa
Cuya salida es absurda,
Y atrincheren con colchones
Las calles y plazas públicas.
Traigan enormes calderas
De aceite ardiendo, con muchas
Libras de pez y resina
Que les queme la figura.»

Esto decía el tunante
Que ser general simula
Y Sancho que le escuchaba
Lleno de mortales dudas
Exclamaba por lo bajo:
—Dios mio, haced que se hunda
La insula, que se pierda
De una vez, y que en la lucha
Muera yo, ó sacadme luego
De estas terribles angustias.»

Oyó el cielo sus plegarias,
Acaso porque eran justas,
Y después de unos momentos
En que la lid fué muy ruda
Exclamaron muchas voces:
—Victoria! los nuestros triunfan,
Y ya van los enemigos
Puestos en cobarde fuga
Gracias á ese fuerte brazo
Que les ha dado tal tunda.
Ea! señor Gobernador,
Levántese y pronto acuda
Á gozar del vencimiento
Que consiguió su bravura,
Y á repartir los despojos
Que en poder nuestro resultan.»

—Levántenme, dijo Sancho
Con voz doliente y profunda
Aflición; que yo no puedo
Moverme en tal apretura.»

Levantáronle en efecto
Y con frase tartamuda
Exclamó:—Los enemigos

Que vencí en esta disputa
En la frente me los claven;
Y esos despojos que buscan
Repártalos quien quisiere
Pues de ellos hago renuncia.
Lo único que suplico
Á algún amigo, si en suma
Tengo alguno, es que me traiga
Ó haga traer con premura,
Uno ó dos tragos de vino,
Pues me seco y tengo enjuta
La garganta; y que me limpien
Este sudor que me inunda.

Hiciéronlo así en efecto;
Limpiáronle, bebió una
Copa de vino; libráronle
De opresoras ligaduras
Y apartando los paveses
Quedó en camisa, algo sucia
Por cierto; después, sentándose
En su lecho, tal angustia
Le asaltó que desmayado
Cayó en violenta postura.

Sintieron todos entonces
Haber llevado la burla
Tan adelante; mas luego
Se mitigó su amargura
Viéndole que en sí volvía
Sin ulteriores resultas.
Abrió los ojos, sentóse
De nuevo, y con voz segura
Les preguntó qué hora era;
Y al saber que el alba fúlgida
Anunciaba un nuevo día,
Comenzó con prisa súbita
Á ponerse sus vestidos
Sin soltar palabra alguna.

CVI

Resolución irrevocable.

CONTEMPLABAN entre tanto
Los demás, la escena muda
Que á sus ojos ofrecía
Tan rápida compostura
Y vestir acelerado,
Cosa que no vieron nunca.

Después, cuando ya vestido
Estuvo, con faz adusta,
Sin decir á nadie nada,
Poco á poco, pues no es mucha
La fuerza que le dejaron
Acometidas tan bruscas,
Se fué á la caballeriza
Seguido de su tertulia
Que conocer deseaba
Sus intenciones ocultas.
Llegó al fin, halló á su rucio,
Y con amor y ternura
Le echó los brazos al cuello,
No sin derramar algunas
Lágrimas de esas que escaldan
El triste rostro que surcan.
Después, un beso de paz
Estampó en la frente estúpida
Del asno, y con voz doliente
Estas palabras pronuncia:
—Venid, compañero mio,
Digno hijo de la burra
Más buena que hubo en mi pueblo
Donde las bestias abundan.
Venid vos, mi único amigo,
Vos que me disteis ayuda
Conllevándome los males
De mis cien miserias juntas.

Cuando yo con vos estaba
Mejor avenido, nunca
Tuve otros pensamientos
Que el de hacer las composturas
De vuestra albarda, y llenaros
La barriga de verduras
Y el corpezuelo de paja
Y granos que tanto os gustan.
Entonces eran dichosas
Mis horas, y mi ventura
Incomparable; mas luego
Que os dejé, y á las alturas
De mi ambición y soberbia,
Que imbéciles son y asurdas,
Quise subir colocándome
En los cuernos de la luna,
¡Voto á rus! que no consigo
Más que vivir en ayunas
Y sufrir desasosiegos
Y aun palos, tajos y tundas. »

Hablando de esta manera
Con voz débil é insegura,
Enalbardaba su rucio;
Y así que acabó, con mucha
Pena subió sobre él
Diciendo á cuantos le escuchan:
—Abrid camino, señores,
Dejadme que vaya en busca
De mi santa libertad
Huyendo de estas zahurdas.
Para ser Gobernador
No tengo prendas seguras,
Ni sé defender ciudades
Si las asalta la chusma.
Bien se está San Pedro en Roma;
El que bien usa no abusa;
Y más vale arar de día
Que ser sorprendido á oscuras.
Quédense vuestas mercedes
Con Dios, que á mí no me gusta
Ser autoridad á medias
Ni recibir en ayunas

Noticias de Perlerines
Venidas de Miguel Turra;
Ni quiero que un Tirteafuera
Impertinente se suba
A mis barbas y me llene
De agua clara y confituras.
Finalmente, yo me marchó
Por que sí; digan si gustan
Al señor Duque su amo,
Si acaso por mí pregunta,
Que desnudo vine al mundo
Y desnudo estoy sin duda.
Es decir, que á este gobierno
Vine sin blanca ninguna
Y sin blanca me retiro
Aunque eso aquí no se usa.
Pues más de un Gobernador
Salió con las manos sucias
Y tuvo la manga ancha
Y se afiló bien las uñas.
Finalmente, yo me voy
A curarme las roturas
De las costillas, pues siento
Que el dolor me las abrumba.
—Eso no, dice el famoso
Pedro Recio que le escucha.
El señor gobernador
No ha de hacer tales locuras.
Yo me comprometo á darle
Una bebida muy cuca
Que golpes y molimientos
Y grandes caídas cura.
Y en cuanto al trato que os damos
Yo variaré de conducta
Dejándoos comer de todo
Lo que os place y más os gusta. »
A lo cual responde Sancho
Con voz grave y campanuda:
—Tarde piache; no sufro
Más consejos ni consultas;
Ni quiero deber favores
En las cosas que me incumban.

Para dos veces seguidas
No son semejantes burlas
Y la raza de los Panzas
Siempre fué muy testaruda.
En diciendo yo que nones
Nones han de ser, y nunca
Pares, pues es mi cabeza
Como las piedras más duras.
Nadie pretenda que admita,
'Más gobiernos; pues me asusta
La idea de que el que manda
Tropieza con muchos Judas.
Con que agur y divertirse;
Buen provecho si hay hartura,
Y Dios dé mayor acierto
A aquel que me sustituya. »

Diciendo así, siempre puesto
Sobre su cabalgadura
Quiso alejarse á buen paso;
Mas detenerle procuran,
Diciéndole el mayordomo:
—Vueseñoría sin duda
Comprenderá que sentimos
Que haga del cargo renuncia
Pues su proceder cristiano
Y su comprensión aguda
Nos han de hacer que lloremos
Semejante desventura.
De todos modos dejáramos
Que hoy á esta especie de fuga
Apelara, pero todo
Gobernador que se excusa
De gobernar, y alejarse
De la ínsula procura,
Debe dar su residencia,
Puesto que así se acostumbra,
Para probar claramente
Que tuvo buena conducta.
Déla, pues, vuesa merced,
Pues eso á nadie repugna,
De los diez días que estuvo
En el gobierno, y si gusta

Separarse á todo trance,
Dios le guíe y en paz huya.
—Yo no huyo, dice Sancho;
Me voy por ser cosa justa,
Que el que es ignorante y ciego
A ciertos puestos no suba.
Y en cuanto á residenciarme
No hallo aquí persona alguna
Con autoridad bastante
Que al gran Duque sustituya.
Yo voy á verme con él
Y él verá sin tener duda
Que pues desnudo me voy
Limpio estoy de toda culpa.
—Tiene razón el gran Panza,
Dice con tono de chunga
El Doctor Don Pedro Recio
De Tirteafuera; su ruta
Emprenda, que el señor Duque
Tendrá de seguro suma
Satisfacción cuando hablen
De cosas de agricultura.
—Justo! observa el mayordomo;
Y si necesita ayuda
Protección y vituallas,
Pida aunque sean cotufas;
Que en este golfo las hay
Grandes, gordas y maduras.
—Gracias, les responde Sancho;
Que aunque con chufas y trufas
Nunca alimenté mi cuerpo
Yo agradezco esas finuras,
Y solamente les pido
Si la exigencia no es mucha,
Un puñado de cebada
Para mi cabalgadura,
Y para mí, medio queso,
Medio pan y una lechuga. »

Dicho esto, le trajeron
Lo que pidió, vertió algunas
Lágrimas viendo que todos
Entre sus brazos le estrujan

Y dando riendas al rucio
Salió á paso de andadura
Volviendo atrás la cabeza
Por si le siguen las turbas.

.....
De este modo Cide Hamete
Pone fin á la aventura
Del gobierno del gran Sancho;
Pero también se susurra
Que al encontrarse éste libre
En medio de una llanura,
Entre las eras del pueblo
Y una tierrecilla inculta,
Paró á su jumento y dijo
Estas frases algo duras:

—Adios, ínsula endiablada
A quien los cielos confundan
Como á Sedoma y Camorra,
Que según refiere el Cura
Percieron abrasadas
Por una encendida lluvia.
Adios, perros insulanos,
Que por las noches ahullan
Y muerden y patalean
Entre tinieblas oscuras.

Adios, gobierno maldito,
Que en vez de darme me hurtas
Pues me robaste el sosiego
Quemándome la figura.

Adios, feroz Tirteafuera,
Prójimo de Miguel Turra,
Que al más gordo y al más sano
Conviertes en aleluya;
Adios, digo una y mil veces;
Y no temais que mi furia
Os mueva guerras civiles;
Pues si hay ahí quien me insulta,
De todo cuanto me pasa
Yo sólo tengo la culpa.

El topo que horada el suelo
A torres altas no suba,

Ni el que nació caracol
Quiera ser águila nunca.

El que tiene pelo ó lana
No gaste manto de plumas,
Que al que de ajeno se viste
En la calle le desnudan.

Querer que dure un gobierno,
Si hay otro encima, es locura;
Que allá van leyes do quieren
Reyes, que las desvirtúan.

Muchos fueron mis trabajos
Y mis dietas fueron muchas,
Y esto me mueve á creer
Que hubo aquí una mano oculta.

Si fué broma, no la aguanto;
Si fué verdad, no me gusta,
Que á ningún hombre le agrada
Ver la verdad tan desnuda.

Si los Duques son los amos
De esa ínsula importuna
Y ellos me dan el gobierno:
¿Por qué sus gentes me injurian?

¿Quién les pudo prestar alas
O qué fuerza les impulsa?

¿Por qué se parece tanto
El mayordomo á la bruja
Que llamaban la Trifaldi?

Pues qué! ¿no sé por ventura
Que el caballo Clavileño

No movió casco ni uña
Y que se quedó plantado
Sin remontarse á la altura?

¿No me bajé yo la venda
Y ví... tente, lengua insulsa,
Que hasta las siete cabrillas
De haber mentido te acusan.

De todos modos, aquello
Del caballo fué una chunga
Y mi gobierno una broma
Tan pesada como injusta.

Y esto me hace ver que hay

Mainates de noble alcuña
Que no sabiendo qué hacerse
Del mundo entero hacen burla.

Dejó de hablar Sancho Panza,
Y con su cabalgadura
Se fué alejando á buen paso
Maldiciendo su fortuna.

CVII

El Desterrado.

SABE el lector que el bravo Don Quijote
Indignado retó
Al que fué de la hija de la dueña
Inícuo seductor.
Sabe también que el Duque resentido
El guante recogió
Consignando las cláusulas precisas
De aquel juicio de Dios.
Todo esto se sabe de antemano;
Lo que ignora el lector
Es que el mozo causante de aquel duelo
Tal espanto sintió,
Que huyendo de las luchas femeninas
Y de una suegra atroz
Tan pronto como vió á Doña Rodriguez
Á las guerras de Flandes se marchó.

De esta ausencia lejana
Era el Duque perfecto sabedor;
Mas no queriendo por ningún estilo
Malograr la ocasión
De ver entrar en liza al caballero
Probando su valor,
Llamó á Tosilos, colossal lacayo

Y obediente gascón,
Que á pesar de su talla y de sus puños
Era un alma de Dios.

Se acordó que Tosilos
Sustituyese al mozo que escapó,
Y desde aquel momento,
Los Duques le enseñaron la lección.
Después el mismo Duque
Al hidalgo anunció
Que de allí á cuatro días
Vendría su gentil competidor
De punta en blanco armado
Para probar la falta de razón
De aquella audaz doncella
De dudoso candor,
Á la cual en su vida
Palabra alguna de casarse dió.

Al oír estas nuevas que agradables
Don Quijote juzgó
Prometiósese vencer en la contienda
Al falso seductor.
Y contaba los días y las horas
Con impaciencia atroz
Deseando mostrar en la pelea
Los bríos de su fuerte corazón.

En tanto, Cide Hamete
Benengeli en su historia consignó
Algunos otros hechos
Que son muy dignos de especial mención.
Fué el caso, que acercándose
Iba ya Sancho á la ducal mansión
Anhelando encontrar á Don Quijote
Su querido señor,

Para exponerle lisa y llanamente
Su triste situación,
Cuando de pronto en medio del camino
Seis hombres encontró
Que vestidos marchaban
Con sendas esclavinas y bordón
Y que en lengua extranjera le pidieron
Una limosna por amor de Dios.

Por el pronto el buen Sancho
No pudo comprender la petición;
Mas tal maña se dieron
Que al fin les entendió;
Y como el pobre tuvo
Siempre buen corazón
El medio pan y el medio
Queso que le donaron entregó,
Con lo cual de su ínsula
No gozó ni aun siquiera esa ración.

Diéronle los peregrinos
Gracias por señas, y de viva voz
Le pidieron monedas;
Mas él les contestó
Que ni una sola blanca poseía
Pues al dejar de ser gobernador
Vino á sacar lo mismo
Que el negro del sermón.

Apenas esto dijo
Exclamó un peregrino en alta voz,
Sin acento extranjero
Y en muy puro español:
—Seguramente viendo á Sancho Panza
En este sitio estoy!
¿No me conoces ya, mi buen amigo?

¿Tanto me demudó
La desgracia cruel que me persigue
Que á tu abastecedor
El tendero Ricote tu paisano
No reconoces? Mirame, soy yo.

—Es verdad, le responde Sancho Panza,
Pero ¿por qué razón
En franchute te veo convertido
Llevando ese disfraz de pecador
Ó de devoto? Dime ¿por qué andas
Peregrinando en tierras de Aragón?
—Ay! tú no puedes comprender mi pena
Aunque sepas mi horrible situación,
Dice el triste Ricote
Abrazando á su amigo con amor.

—Habla, replica Sancho;
Que ya curioso de saber estoy
Por qué razón te vuelves disfrazado
Á España, cuando el rey te desterró
Y si te cojen y conocen, presto
Te pudrirás en lóbrega prisión.
—Si tú no me descubres, Sancho amigo,
El peregrino al punto respondió,
Seguro estoy de que con este traje
Cruzaré sin peligro la nación.
—¿Y á dónde piensas dirigirte ahora?
—Á mostrarte mi plan dispuesto estoy,
Mas antes, si tú quieres, apartarnos
De este camino real será mejor,
Que en aquella alameda tan frondosa
Que allí está, con sosiego y sin calor
Mis buenos compañeros
Lo mismo que tú y yo
Comer podremos y pasar la siesta
Sin que nos tueste con su flama el sol.

Siguieron todos el consejo al punto
Y Sancho á su placer comió y bebió
A costa de los buenos peregrinos
Que llevaban muy buena provisión.
Circularon las botas

De mano en mano; y no vino el doctor
Tirteafuera á quitarles con su vara
La abundante ración.

Finalmente, las botas se agotaron
Y un sueño halagador

De los cuatro viandantes peregrinos
Al fin se apoderó,

Pudiendo el buen Ricote y Sancho Panza
Reanudar su diálogo anterior.

—Sepamos, dijo Sancho,
Lo que tanto te llena de aflicción
Y por qué á España vuelves
Siendo así que ya el rey te desterró.

—Ay! Sancho, tú no sabes
Dice Ricote, lo que sufro yo,
Ni lo que lloran todos los que sufren
Esa sentencia bárbara y atroz.
Yo soy morisco, Sancho, tú lo sabes,
Y con eso está dicho cuanto soy.
Desterrado de España, tierra hermosa
En donde vimos el primer albor
De la vida; sin patria y sin hogares
Sufrimos esta eterna maldición.
Mi mujer y mi hija idolatradas
De mí ausentes, se mueren de dolor
Y yo en Francia, en Italia, en Alemania
Quise ocultar mi mísera aflicción.
Verdad es que en las tierras que he corrido
Nadie el estigma que me arrojan vió,
Pues en esas naciones que he nombrado
Sólo examina las conciencias Dios
Y sólo se persigue al delincuente
Sin preguntar cuál es su religión. (17)
Este es mi estado, Sancho, mis recuerdos

Fijos están en el luciente sol
Que ilumina los campos de mi patria
Y mis primeros pasos alumbró.
Por eso con estotros peregrinos
Entré en los Pirineos de rondón
Y á nuestra tierra voy con el intento
De sacar un tesoro que quedó
Enterrado por mí en cierto paraje
Apartado de toda población.
Después de hacerlo así, me iré á Valencia
Donde, mediante Dios,
Escribiré á mi esposa y á mi hija
Que sufren en Argel la expatriación
A pesar de que son buenas cristianas
Y á la Virgen adoran con fervor.
Pienso hacerlas saber que las espero
En Marsella, ó en Niza, ó en Tolón
Para irnos tranquilos á Alemania
Donde á fijar mi residencia voy.
Si tú quieres, buen Sancho, acompañarme
Y ayudarme en la árdua operación
De sacar mi tesoro y encubrirlo
Hasta que llegue al extranjero yo,
Te daré como premio á tu tarea
Y á tu buena amistad y protección,
Por lo menos doscientos
Escudos, que en rigor
Te servirán para salir de apuros
Mejorando tu triste situación.

Dejó de hablar Ricote
Y Sancho respondió:
—De buena gana, amigo, yo lo hiciera,
Mas sabe que no soy
Codicioso; que, á serlo, esta mañana
Un oficio dejé de tal valor
Que á conservarle más entre mis manos
Fuera un queso, ó un Creso, ó que sé yo,
Haciendo las paredes de mi casa
De oro, y comiendo como gran señor

En vajilla de plata reluciente;
Y por esta razón
Y porque nunca digan que yo trato
De servir con amor
A los que el rey destierra y la justicia
Así persigue tan sin ton ni son,
Por todo cuanto tienes
No te haría, Ricote, tal favor.
—¿Y qué oficio has dejado?
Ricote preguntó.
—He dejado, responde Sancho Panza,
De ser Gobernador.
—¿Gobernador de dónde?—De una ínsula
De consideración
Tan rica y tan capaz, que á tres tirones
No se hallará en el mapa otra mayor.
—¿Y dónde está esa ínsula?
Volvió á inquirir con grande admiración
El triste desterrado.
—Como á cosa de dos
Leguas de aquí, replica Sancho Panza,
Lleno de convicción.
Se llama Barataria
Y es de lo mejorcito, lo mejor.
—Desdichado! ¿qué cosas me refieres?
Dí, ¿no sabes, simplón,
Que las ínsulas todas están dentro
De la mar, y que no
Hay una sola ínsula en la tierra
Firme, y que es un error
Suponer que tan cerca de este sitio
Pueda haber una ínsula?—¿Que no...?
Yo puedo asegurar, añade Sancho,
Que de allá salí hoy;
Y ayer estuve en ella gobernando
A mi satisfacción;
Y si la dejo, es solo, amigo mio,
Ya ves cuán franco soy,
Por parecerme oficio peligroso
El ser Gobernador.
—¿Y qué has ganado en el gobierno, Sancho?
—He ganado, salir de un gran error,

Conociendo á mi costa, que no sirvo
Para imponer á nadie la razón
Si hay pícaros por medio
Y hay que hacer la justicia con rigor,
Lo cual al que gobierna proporciona
A cada instante alguna desazón,
Sobre todo si hay médicos celosos
Que eviten que uno muera de hartazón.

—Yo no te entiendo, Sancho, no te entiendo,
Vuelve á exclamar Ricote en alta voz;
¿Quién ha podido darte á tí esos cargos?

Tú tocas el violón.

Vuelve en tí, reflexiona, y si quisieres
Nos iremos los dos

A nuestra tierra y sacaremos juntos
Lo que enterrado en ella se quedó,

Que por ser de tal monta

Mi tesoro le llamo con razón.

Por este buen servicio

Serás como te dije mi acreedor

Dándote con que vivas

Sin mortificación

Y sin trampas que causan vilipendio

Al que es hombre de honor.

—Ya contesté que nones, dice Sancho,

Y si yo digo no

No puede haber quien de mi *nó* me apee
Aunque lo mande el mesmo emperador.

Conténtate, Ricote,

Con saber que me duele tu aflicción

Y que por mí no habrá de descubrirse

Lo que haces y piensas hacer hoy.

Quédate, pues, con Dios, Ricote amigo,

Que esta noche he de ver á mi señor

Don Quijote, y presumo que es ya tarde

Pues por poniente se despeña el sol.

—No insisto más, buen Sancho, separémonos;

Dame uu abrazo y que nos guíe Dios,

Pues se rebullen ya mis compañeros

De peregrinación
Y con ellos también partirme debo
Sin que nadie sospeche á donde voy.»

Dicho esto, enjugando alguna lágrima
Se abrazaron los dos.
Sancho montó en el rucio, y el morisco
Se arrimó á su bordón
Apartándose acaso para siempre
Y pronunciando su postrer adios.

CVIII

El gozo en un pozo.

MEDIA legua le faltaba
Para llegar al castillo
Cuando por la oscura noche
Se vió Sancho sorprendido.
Quedó el campo como boca
De lobo; pero él no hizo
Caso, porque era buen tiempo
Y el ambiente estaba tibio.
Así, pues, pasarla al raso
Sin temor alguno quiso,
Y buscando un buen paraje
Apartóse del camino.

Tranquila tenía el alma,
Gozoso estaba su espíritu
Pues ya libertad gozaba
Después de verse oprimido.

Mas ¡ay! después de llegar
A cierto cercano sitio
Donde en ruinas se hallaban
Ciertos viejos edificios,
Dispuso su mala suerte
Que él y su pobre pollino
En una sima muy honda
Cayesen inadvertidos.

ROMANERO DEL INGENIOSO HIDALGO

Encomendóse al caer
A Dios con pecho conrito
Creyendo que de sus cuerpos
No quedarían vestigios.

Mas no fué así, porque luego
A unos tres estados, fijo
Quedó el rucio dando fondo
En el de aquel precipicio.

Quiso entonces cerciorarse
Y ver si se hallaba vivo,
Y al notar que estaba ileso
Sintió grande regocijo.

Después tentó las paredes
De la sima y tuvo frío
Pues le pareció que estaban
Como cortadas á pico.

No halló ningún asidero
Grieta, senda, ni resquicio,
Y entretanto el rucio daba
Muestras de sufrir muchísimo.
—No hay remedio, exclama Sancho
Arrojando mil suspiros,
Desde muy alto caí
A los profundos abismos.

Ayer tenía vasallos
Y hoy no tengo un sólo amigo
Que me saque de este pozo
Que me guar daba el destino.

Dichoso mi señor amo
Que halló paisajes floridos
El día que visitó
La cueva de Montesinos!

Yo, en cambio, por mi desgracia
Seré aquí un cadáver vivo
Y luego un cadáver muerto
Por los siglos de los siglos.

Pobre rucio ¡pobre rucio!
Por Dios que buena la hicimos;
Presto tus huesos mondados
Se mezclarán con los míos.

Sapos, lagartos, culebras,
Lobos, cuervos, y otros bichos

Vendrán aquí á devorarnos
Con furibundo apetito.

Muy mal pago recibiste,
Muy mal me porté contigo;
La ambición que me cegaba
Me hizo olvidar tus servicios.

Lejos ¡ay! de nuestra patria
Juntos vamos á podrirnos
Sin que cierre nuestros ojos
Ningún sér caritativo.»

Con estas lamentaciones
Y otras muchas que omitimos,
Pasó la noche el buen Sancho
Dando al aire sus gemidos.

Después, al llegar el día,
Pudo ver que de aquel sitio
Era imposible salir
Sin hallar ajeno auxilio.

—Socorro! vengan! ampárenme!
Comenzó á decir á gritos;
Mas aquello era un desierto
Y no fué por nadie oído.

Qué angustia! el jumento estaba
Boca arriba hecho un ovillo;
Mas al fin le puso en pie
Con esfuerzos inauditos.

Después tomó las alforjas,
Y al verle desfallecido
Le dió un pedazo de pan
Que él comió con apetito.

Y como más animado
Le vió, con tristeza dijo:
—Los duelos con pan son menos;
Mas ya el pan se ha concluido.»

En esto descubrió á un lado
De aquel paraje sombrío
Un boquete ó agujero
Ni muy grande ni muy chico.

Llegó á él y agazapándose
Se entró, hallando un gran vacío
O subterráneo espacioso

Lo cual le alegró infinito.

Por una gran claraboya
O grieta, entraba un magnífico
Rayo de sol, inundando
Aquel extraño recinto.

Vió que éste se dilataba
Por otros cóncavos silos
Y á su punto de partida
Volvió por su rucio mísero.

Después, tomando una piedra
Desmoronó con ahinco
La tierra que rodeaba
El boquete susodicho.

Abrió puerta suficiente
Para pasar el pollino,
Y ambos juntos se colaron
Como dos buenos amigos.

Cogiendo el uno el cabestro
Del otro con mucho mimo,
Ambos á dos emprendieron
Lentamente su camino.

Y la luz iba faltándoles
Y no hallaban ni un portillo
Para salir de aquel antro
Gruta ó pozo maldecido.

Y Sancho que iba temblando
Temiendo el nuevo peligro
De caer en otra sima,
Lloraba como un chiquillo,

Diciendo:—¡Válame Dios
Y sus ángeles benditos!
Si mi amo aquí estuviera
Vería campos floridos.

Pero, yo, ¿qué he de encontrar
Falto de consejo, tímido,
Menoscabado de ánimo
Por aquestos laberintos?

Dios y la Virgen me pongan
Bajo sus mantos divinos
Haciendo que en otro pozo
No caigamos de improviso.»

Diciendo así, con sorpresa

Vió resplandores muy vivos
Que de una abierta salida
Daban muy claros indicios.

Pero aquí el buen Cide Hamete
Corta de su historia el hilo
Para hablar de Don Quijote
A cuyo lado acudimos.

CIX

En salvo.

Tan ufano, tan alegre,
Tan alborozado estaba
El bizarro caballero
Don Quijote de la Mancha,
Al ver que se iba acercando
El día de la batalla
Con el burlador de vírgenes
A quien él desafiara,

Que preocupado en extremo
Saltó un día de su cama,
Precisamente á la hora
De romper su luz el alba.

Hizo ensillar su caballo,
Tomó su escudo y su lanza
Y con estos adminículos
Dejó el castillo á su espalda.

Ensayarse quiere á solas
En manejar bien las armas,
Y haciendo tal simulacro
Simuló dar una carga.

Sintió el pobre Rocinante
La dura espuela acérada
Y haciendo un supremo esfuerzo
Se echó á correr sin tardanza.

Y tan ciego iba el cuitado
Cuadrúpedo, que sus plantas
Puso al borde de una cueva

Lóbrega, profunda y ancha.
Vió Don Quijote el peligro,
Temió caer en la trampa,
Y tirando de las riendas
Logró suspender su marcha.

Entonces, maravillándose,
Sintió suspenso su alma
Al oír que por su centro
Aquella caverna hablaba.

—Ah ¡de arriba! le decían,
¿Hay ahí un alma cristiana
O un piadoso caballero
Que conjure mi desgracia?

Yo, pecador, enterrado
En vida estóy, tengan lástima
De un pobre gobernador
Que desgobernado se halla.»

No bien oyó Don Quijote
Las anteriores palabras,
Dijo:—O yo me he vuelto loco
O es mi escudero el que habla.»

Y arrimándose á la boca
De la caverna, en voz alta
Preguntó:—¿Quién allá abajo
Está y compasión demanda?
—¿Quién ha de ser? le responden,
Sino el triste Sancho Panza
Gobernador por desdicha
De la insula Barataria,

Que por sus grandes pecados
Y por sus malas andanzas
Se apartó de su señor
Don Quijote de la Mancha?

—Válame Dios! dice éste;
Ya veo las cosas claras:
El pobrecillo se ha muerto
Y ahí penando está su ánima.»

Y ahuecando más la voz
Y enjugándose una lágrima
Volvió á decir:—Te conjuro,
Con toda mi fé cristiana,
Que me declares quién eres;

Y si purgando te hallas
Tus culpas, dime al momento
Qué quieres que por tí haga;

Pues mi profesión me ordena
Por ser muy noble y magnánima,
Que á vivos y á muertos preste
Cuanto sea y cuanto valga.

—Según eso, le responde
Sancho lleno de esperanza,
Vuesa merced es el mismo
Don Quijote que hoy me salva?

—El mismo soy, y á librarte
De provisionales llamas
Dispuesto estoy, si algo pueden
Con Dios mis ruegos y dádivas.

Así, pues, si á los infiernos
No fuiste, yo hallaré trazas
Para que del purgatorio
Te saque la Iglesia santa.

Dime por tanto quién eres;
Porque si eres Sancho Panza
Mi escudero, y estás muerto,
Quiero que te expliques; habla.

—¿Qué he de hablar? voto á las uñas,
De Lucifer! ¿no le basta
Saber que enterrado en vida
Aquí estoy por mi desgracia?

¿No bastará el afirmarle
Que estoy vivo, aunque mi estampa
Por sus muchos cardenales
Será el conclave de un Papa?

Ayer dejé mi gobierno
Porque en él me maltrataban,
Y anoche dí en esta sima
Donde yago en cuerpo y alma.

En ella estoy con mi rucio,
Que aunque el pobre escucha y calla
No me dejará mentir
Por ser persona sensata.

Estas frases desde abajo
Pronunció Sancho en voz alta
Y el asno debió entenderlas

Pues rebuznó al escucharlas.

—Bien está, dijo el hidalgo;

Eso la verdad aclara;

Que yo conozco el rebuzno

Y con oirlo me basta.

Cuanto más que Rocinante

Tiene la oreja empinada

Y su regocijo indica

Que conoce á los que hablan.

Espérame unos momentos,

Que presto, en cuatro zancadas,

Iré al castillo del Duque,

Que cerca de aquí se halla.

Traeré gente que te saque

De esta sima endemoniada

Donde tus vicios y culpas

Te tienen hecho una lástima.

—Oh! sí, le responde Sancho,

Vuesa merced luego vaya;

Que yo en esta sepoltura

Sufro un miedo que me acaba.»

.....

Partió y volvió Don Quijote

Con gentes que le acompañan

Y con sogas y maromas

Y cierta especie de cabria,

Que por orden de los Duques

Hasta aquel sitio llevaran,

Lograron sacar á Sancho

Y al rucio con mucha maña.

Vieron los dos la luz pública

Pues en público se hallaban,

Y Sancho brincó y el asno

Hizo un gran solo de flauta.

Después, muy acompañados

De gentes desocupadas

Y de muchachos traviesos

Que con sorna le miraban,

Dando pasto á maldicientes

Lenguas que en todo se clavan,

Entró Sancho en el castillo

Donde los Duques le aguardan.

Mas antes de hablarles quiso
Dar al asno pienso y agua
Diciendo que en nadie tiene
El infeliz confianza.

Después subió á donde el Duque
Y la Duquesa esperaban,
Y doblando ambas rodillas
De esta manera les habla:

—Yo, señores, por quererlo
Vuestra grandeza extremada,
A gobernar fui con gusto
La ínsula Barataria,

En la cual entré desnudo,
Y estando según estaba,
Si no estoy algo más roto,
No pierdo ni gano nada.

Si goberné con acierto
O no, testigos no faltan;
Digan ellos lo que quieran
Que mi conciencia está en calma.

He declarado mil dudas,
Sentencié pleitos sin tasa,
Pero á mí me la pusieron
Y muerto de hambre me hallaba.

Así lo quiso el doctor
Pedro Recio, hombre de fama,
Natural de Tirteafuera
Que allí es médico de cámara.

Una noche fué la ínsula
Por los bárbaros tomada
Y dicen los insulanos
Que yo vencí en la batalla.

Tal salud disfruten ellos
Como es verdad lo que hablan,
Y si crédito les doy
Al punto un rayo me parta.

En resolución, yo he visto
Que tiene un gobierno cargas
Tan grandes, que mis costillas
Nunca podrán soportarlas.

Por eso gobierno é ínsula
Desolojé ayer mañana,

Y bien sabe Dios que dejo
La tal insulita intacta.

Tal como la hallé se queda
Con sus calles y sus casas
Sin qué le falte un tejado,
Una puerta, una ventana.

A nadie pedí un empréstito
Cosa que me avergonzara,
Y sólo pensé en dítar
Unas buenas ordenanzas.

Pero ya desengañado
Renuncio de buena gana
A las gobernaduras
Que antes tanto codiciaba.

Y dando un brinco á este lado
Vengo á ponerme á las plantas
De mi señor Don Quijote
Que de hambre no me mata.

Pues si no me dá perdices
Ni otras pulidas viandas,
De pan, queso y zanahorias
Me ofrece grande abundancia.»

.....
Aquí puso Sancho término,
A su larguísima plática
Y el Duque le echó los brazos
Al cuello, diciendo:—Es lástima,
Que el gobierno hayais dejado
Por un quitame esas pajas;
Pero yo daros prometo
Un cargo con menos cargas.

Quiso también la Duquesa
Abrazarle, y él con calma
Dijo para su colete:

—Estos abrazos me aplastan,
Mas si son como los ósculos
Que Judas á Cristo daba

Mientras me dan cordelejo
Cargue Judas con sus almas. (18)

CX

El combate. — Amor súbito.

FINÓ el plazo y llegó por fin la hora
Del grande y tremebundo desafío
Que pendiente tenía
El caballero invicto.

Ya el Duque de antemano
Al lacayo Tosilos
Explicó cómo había
De conducirse cauto y precavido
Para vencer al bravo Don Quijote
Sin hacerle algún chirlo.

A este fin, ordenó que de las lanzas
Arrancasen los hierros asesinos
Y dijo al buen hidalgo
Que á su gran cristiandad no le era lícito
Permitir que tan bravos campeones
Allí se hicieran con furor añicos.

—Conténtese, le dice,
Con el campo que pongo á su albedrío.
Pues ya sabe que el duelo está vedado
Por el santo Concilio.

—Bien está, le responde Don Quijote,
Haga vucencia lo que juzgue digno,
Que yo todo me pongo entre sus manos
Y en su justicia y probidad confío.»

Llegado, pues, el temeroso día,
Según dejamos dicho,
Se levantó un cadalso
Delante de la plaza del castillo.

En él se acomodaron
Con los jueces del campo ya elegidos,
Doña Rodríguez, su cuitada hija
Y otras varias personas de buen viso,
Con todo el escuadrón dueñesco que iba
Cubierto de enlutados atavíos.

De todas las aldeas y lugares
Que eran circunvecinos
Acudieron curiosos á bandadas
Deseosos de ver el desafío.

Dióse al fin la señal y entró el primero
El maestre del campo, que solícito
Recorriendo el palenque ó estacada
Vió que en ésta no había maleficio.

Ordenóse la gente, acomodóse
Cada cual en su punto respectivo,
Y Don Quijote, que á caballo estaba,
Dejaba ver su continente altivo.

De allí á poco, y al son de cien trompetas,
Apareció en la plaza el gran Tosilos
Montado en un corcel tan poderoso
Que al pobre Rocinante dejó bizco.

Traía el colosal lacayo puesta
Una armadura que costó un sentido
Y eran sus fuertes armas bien templadas
De rico acero reluciente y limpio.

Nadie su rostro vió porque tenía
Calada la visera; pero fijos
En él todos los ojos se encontraban
Admirados al verle tan lucido.

De tal suerte, ostentando su opulencia
Al tablado acercóse acto continuo,
Y se puso á mirar á la ex-doncella
Que iba en busca de honra y de marido.

Mientras esto, llamó el maese del campo
A don Quijote, y junto con Tosilos,
Se dirigió á las dueñas, preguntándoles
Si confirmaban en aquel recinto
Que fuese el caballero que allí estaba
Su amparador y defensor legítimo.
—Sí, queremos, responden hija y madre;
Nosotras le aceptamos por padrino;
Lo que él haga será lo valedero,
Pues todo lo dejamos á su arbitrio.

Estaban entre tanto la Duquesa
El Duque y su cortejo palatino
Ocupando una extensa galería
Que daba á la gran plaza del castillo,
Y como el Duque había
Encargado á Tosilos
Que huyese á la primera arremetida
Del manchego perínclito,
El solo se mostraba
Sonriente y pacífico
Mientras todos á ver se preparaban
El riguroso trance nunca visto.

Fué condición precisa
Que se pactó allí mismo
Entre ambos combatientes,
Que al vencer Don Quijote á su enemigo
Este se casaría
Por quererlo el destino;
Mas si por el contrario
Él quedaba vencido
La boda no se haría
Quedando el otro libre á su albedrío.

Hecho ya este concierto,
El maese del campo, hombre muy listo,
Partió el sol, y á los bravos contendientes
Marcó el puesto preciso.

Sonaron los tambores
Poblaron el espacio los gemidos

De las roncás trompetas quejumbrosas
Y los valientes se volvieron tímidos.

Ya suspensos están los corazones
De la mirante turba; ya solícitos,
Mudos esperan el primer encuentro
Horripilante, fiero, terrorífico.

En tanto Don Quijote, encomendándose
De todo corazón á Dios benigno
Y después á la hermosa Dulcinea
Del Toboso, aguardaba prevenido
Que se le diese la señal precisa
De arremeter al pérfido enemigo.

Entonces se notó con extrañeza
Que éste estaba en extremo distraido
Contemplando el cadalso
Sin preocuparle nada el desafío.

Y fué que el dios vendado,
El travieso Cupido,
Le introdujo en el pecho,
Sin decirle allá va y con mucho tino,
Una aguda saeta de dos varas
Que el lacayuno corazón deshizo
De aquel rudo gigante
Que se trocó en pigmeo de improviso.

La hija de la dueña
Doña Rodríguez el milagro hizo,
Pues fué el verla y amarla todo uno
Para el bravo Tosilos,
Que ciego repetía:
—No hay en el mundo un ser más peregrino
Ni más graciosa y celestial muchacha;
Vamos, es un prodigio.»

Tales eran sus altos pensamientos

En el momento mismo
En que dieron señal de arremeterse
Sin que él prestara oídos.

Entonces Don Quijote
Partió á todo correr y Sancho dijo
A grandes voces:—Corre, vence, mata,
Flor de la Mancha, espejo de tu siglo,
Nata de los andantes caballeros,
Dios ponga la vitoria en tu camino
Que la razón es tuya, y quien la tiene
Debe ser vencedor y no vencido.»

Así exclamaba Sancho
Mientras que el gran Tosilos
A pesar de que vió que Don Quijote
Marchaba contra él, caso no hizo.
Antes bien, sin moverse
Un paso de su sitio,
Llamó con grandes voces
Al maese de campo, al cual, venido
A ver lo que quería,
De esta manera dijo:
—Señor ¿esta batalla
No se hace según tengo entendido,
Porque me case ó no con la señora
Que allí doliente en el tablado miro?
—Así es; le responde el gran maestro
De ceremonias.—Pues entonces, digo,
Añade el buen lacayo
Exhalando un suspiro,
Que mi conciencia desistir me manda
De llevar adelante el duelo impío,
Pues con ella casarme ahora deseo
Y por eso me rindo.»

Quedó admirado el maese
Al oír las palabras de Tosilos
Y estando conchavado con el Duque
Al punto fué á decirselo.

CXI

Transmutaciones.

CONSIGNA Cide Hamete,
Testigo presencial del desafío,
Que mientras el lacayo
Acercóse al tablado susodicho
Y habló á Doña Rodriguez
En voz alta y en términos precisos,
Exclamó:—Yo, señora,
De vuestra hija quiero ser marido;
Mas no quiero alcanzarla
Por pleitos, ni contiendas, ni peligros.»

Oyó esto el valiente Don Quijote
Y encogiendo ambos hombros, diz que dijo:
—Siendo esto así, yo quedo desligado
De todo compromiso.
Cásense norabuena,
Y pues Dios se la da San Pedro pio
Se la bendiga, que el casorio pide
Que los santos del cielo estén propicios.»

Mientras esto decía Don Quijote,
El Duque averiguó lo sucedido,
Y al mirar que sus planes contrariaban
Salió airado á la plaza del castillo.
Buscó al lacayo y dijole colérico:
—¿Es cierto, caballero, que habeis dicho
Que vais á dar la mano á esa doncella
Y que os dais por vencido?
—Sí, señor, le responde cabizbajo
Al momento Tosilos;
Y Sancho que allí cerca
Estaba, dijo á gritos:
—Se casa y hace bien y yo lo apruebo.
Porque lo que has de dar al mar, sin juicio,

Dalo al gato y sacarte há de cuidado
Quedándote tranquilo.»

Nadie entendió al buen Sancho, y entre tanto
El infeliz Tosilos
Desenlazar quería la celada
Porque se ahogaba el mísero.
Pidió auxilio, ayudáronle, quitósola,
Y en el instante mismo
Su rostro de lacayo
Fué á la vergüenza pública exhibido.
Al verle, furibundas
Doña Rodriguez y su hija, el grito
Levantaron diciendo:
—Engaño! engaño! burlas! artificio!
Al lacayo del Duque nuestro amo
Han puesto en vez del que el entuerto hizo.
Justicias de los cielos y del rey!
Nosotras con fervor os requerimos;
Que esto raya en ruin bellaquería
Y merece un castigo.»

Al oír tales frases Don Quijote
Se adelantó y les dijo:
—Non vos os acuiteis,
Señoras, que aunque el caso es peregrino
Aquí no hubo malicia;
Y si malicia ha habido
Non la achaqueis jamás al señor Duque,
Sino á mis enemigos
Encantadores viles que se gozan
En truncar mis designios.
Por quitarme la gloria
De aqueste vencimiento han convertido
La verdadera faz de vuestro esposo
En la de ese lacayo advenedizo.
Por esta y otras muchas
Razones, os suplico
Que tomeis mi consejo
Y acepteis por marido
Al que os parece otro
Y sin duda es el mismo

Que la ofensa hizo ayer y que hoy humilde
Se muestra arrepentido.»

El Duque que esto oyó, cuenta la historia
En párrafo sucinto,

Que estuvo por trocar en franca risa
Su cólera extremada, y así dijo:

—Son tan extraordinarias

Y de tal magnitud y raro estilo

Las cosas que suceden

A nuestro ilustre amigo

El señor Don Quijote de la Mancha,

Que ya á creer me inclino

Que este no es mi lacayo

Ni es Tosilos, Tosilos.

Así pues, me propongo obrar con maña
Empleando un ardid muy divertido.

Dilatemos ahora el casamiento

Quince días siquiera, y en sombrío

Calabozo tengamos encerrado

A este dudoso personaje insípido

Que tan súbitamente

A enamorarse de la niña vino.

Tal vez en este tiempo

Los magos enemigos

Del señor Don Quijote

Echando á un lado su feroz designio,

Dejarán que ese hombre volver pueda

A su estado pristino.

—Difícil es, observa Sancho Panza

Que estaba allí prestando atento oído,

Vuecelencia no sabe lo que hacen

Con mi amo esos brujos maldecidos.

Un caballero á quien venció hace días

Y que llevaba el título

De el de los Espejos, fué trocado

En otro, por las artes de esos pícaros,

Tomando la figura

Del bachiller Sansón Carrasco, amigo

Nuestro, y también paisano,

Pues allá en mi lugar los tres nacimos.

Y á mi simpár señora

Dulcinea, del reino Tobosino
Princesa ponderada,
Con los mismos hechizos
Los viles mandrines la trocaron
Sin saber cómo, y casi de improviso,
En rústica aldeana;
Por lo cual imagino
Que este lacayo morirá lacayo
Y vivirá lacayo por los siglos
De los siglos, durante aquellos días
Que él viviere; esto siento y esto afirmo.»

Calló Sancho, y la hija de la dueña
Doña Rodriguez, al momento dijo:
— Séase quien fuere el hombre que me pide
Por esposa, él me obliga y yo me obligo
Quedando agradecida á su fineza;
Que tengo por más digno
Ser mujer de un lacayo
Que no amiga y burlada de un gran pícaro.»

De este modo acabóse el incidente
Del raro y tremebundo desafío
Por el cual Don Quijote fué aclamado
Como piadoso vencedor invicto.
Marchóse todo el mundo;
De orden del Duque se encerró á Tosilos;
Pero éste, la dueña y la ex-doncella
Estaban muy alegres, convencidos
De que el pan y los dulces de la boda
Entrarían muy pronto en los hornillos.

CXII

La partida.

Por fin Don Quijote y Sancho
De los Duques se despiden;
Que á aquél le cansa la vida

Sedentaria y la molicie,
Y á éste las pesadas burlas
De cocineros y pinches;
Pues si abusan los señores
¿Qué no harán las fregatrices?

Despidiéronse la víspera
De su partida, y se dice
Que los Duques se mostraron
Pesarosos aloirles,
Pues les aguaba la fiesta
El ver que marchando libres,
De repente les quitaban
La ocasión de divertirse.

En esta entrevista última
Sintió Sancho una terrible
Impresión, pues vió las cartas
De su mujer, y al decirle
Lo que ambas contenían
Exclamó:—Pobre infelice!
Y qué esperanzas tan locas
En tu pecho mantuviste!
Ya no hay gobierno, ni insulas,
Ni coches, galas ni dijes;
Ya no habrá más que arrastradas
Aventuras quijotiles
O quijotescas, que traigan
Cosas que no tienen chiste
Como aquellos manteamientos
De que hoy el cielo me libre.
Consuélame, sin embargo,
El ver que ingrata no fuiste
Y que enviaste bellotas
A nuestra señora insine,
Sin que por ellas se diga
Que cohecho alguno haciste,
Pues cuando tú las mandaste
Ya yo en el gobierno vime;
Y nada tuve, ni tengo
Ni tendré, que es lo más triste. »

Así terminó el buen Panza
El acto de despedirse;
Y á la mañana siguiente

Nuestro caballero insigne,
Armado y puesto á caballo,
Salió con ánimo firme
Al gran patio del castillo
A punto ya de partirse.

Contémplanle desde arriba
Cuantos en palacio viven,
Inclusos los mismos Duques
Que quieren adios decirle;
Y Sancho sobre su rucio
Muestra su rostro apacible
Tan feliz y contentísimo
Que bien pudiera decirse
Que algo notable le pasa
Y le alegra y le sonríe.

Tiene en efecto repletas
Sus alforjas de perdices,
Jamón, pan, botas de vino
Y pasteles y melindres.

Tiene además en el cinto,
Y esto es lo que más le engríe,
Un bolsillo con doscientos
Escudos de oro, tangibles,
Positivos, que le ha dado
Con gentileza sublime
El famoso mayordomo
Que tan sólo se distingue
De la Condesa Trifaldi
Por el ropaje que viste.

Entre tanto, Don Quijote
Que ignora tales perfiles,
Iba ya á picar espuelas;
Mas de pronto un eco triste
Llegó á su oído, causándole
Tan fuerte y desapacible
Emoción, que allí clavado
Quedó como roca firme.

Era la voz elocuente,
Bravía á la par que humilde,
Dulce, tierna, apasionada
Fascinadora y terrible,
De la bella Altisidora,

Que con rabia le despide
Dirigiéndole unos versos
Con los cuales le maldice.
Llámale traidor, aleve,
Seductor, agreste, simple,
Cruel Vireno, fugitivo
Eneas, hombre insensible,
Y con Barrabás le envía
Por sus inícuos ardidés,
Por su desamor tirano,
Por su castidad sin límites.
Después, cual si fuese poco
Todo aquello que le dice,
Le acusa de haberle hurtado
Tres tocadores sutiles
De Holanda; y un par de ligas
Que ella usó en tiempos felices
Distintas de las que ahora
Sus marmóreas piernas ciñen.

Oyó el digno Don Quijote

Aquellos cargos horribles

Y le dijo á su escudero:

—Por Dios y sus santos, dime

Si te guardaste las cosas

Que esa enamorada pide,

Mientras á voces declara

Su pasión irresistible.

—Los tres tocadores, llevo;

Responde Sancho.—Ah ¡belitre!

¿Por qué esos trapos tomaste?

—Porque los creí servibles

Para hacer hilas con ellos

Cuando llegaran á herirme

O á herir á vuesa merced

Jayanes y malandrines.

—Graciosa está la ocurrencia!

Oh! Sancho, buena la hiciste!

¿Tomaste también las ligas?

—Eso fuera reprehensible.

Lo de las ligas es falso,

Pues no hay mujer que me ligue.

Ellas con liga y sin liga

Al hombre atrapan y rinden
Y yo que bien las conozco
Nunca llevar ligas quise,
Puesto que no gasto medias
Ni aun siquiera calcetines.
—Está bien, Sancho, te creo;
Calla, que hablas más que quince.

Mostrábase en tanto el Duque
Entre alegre y entre triste,
Ora dispuesto á enfadarse,
Ora tentado á reirse,
Al ver la desenvoltura
Y el desenfado increíble
De aquella gentil doncella
Que se ostentaba asaz libre
Proclamando unos amores
Tan rancios é inverosímiles.

Desechó por fin sus dudas
Y para más divertirse
Reforzar quiso el donaire
Con regocijados chistes.
Por esto su voz alzando
Dijo:—Apenas se concibe,
Señor caballero andante
Que de la Mancha venides,
Que oseis darme tan mal pago
Por las finezas que os fice.
Tres tocadores tomásteis
O paños para dormire,
¡Mal haya la confianza
Que en vos nadie deposita!
También dicen que os llevais,
Y esto en verdad es sensible,
Las ligas de mi doncella
Que á vos para nada os sirven.
Devolvedle incontinenti
Esas galas mujeriles
Y si no yo os desaffo
Lo mismo que vos ficísteis
Con mi lacayo Tósilos,
Sin temer que esos ruines
Encantadores me truequen

En cualquier menguado titere.»
Así exclama el Duque airado
Y Don Quijote le dice:
—No quiera Dios que mi espada
Yo desenvaine y fulmine
Contra la ilustre persona
Que me hizo favores miles.
Volveré los tocadores,
Porque Sancho á quien aflige
Su acción, dice que los tiene;
Pero nos es imposible
Dar las ligas, porque éstas
En nuestro poder no existen.
Si quiere vuestra doncella,
Sus escondrijos registre
Y de seguro encontrarlas
Podrá cuando bien los mire.
Yo, señor Duque, jamás
Fuí ladrón, y no es factible
Que en toda mi vida tenga
Inclinaciones tan viles
A no ser que Dios me deje
De su mano, ó que me quiten
La razón con la vergüenza
Propia de mi hidalga estirpe.
Esa doncella nos habla
Según ella misma dice,
Como enamorada; y siendo
Yo inculpable de los crímenes
Que me imputa, está bien claro
Que perdón no he de pedirle
Ni á ella ni á vuestra excelencia
A quien suplico se digne
Formar de mí otro concepto,
Dejando que me encamine
A donde el deber me llama
Y mi profesión exige.»
—Teneis más razón que un santo,
Señor Don Quijote, dice
La Duquesa; id norabuena
Y Dios vuestros pasos guíe.
Marchad, hombre afortunado,

Partid, valeroso Aquiles,
Que si vos invulnerable
Por dicha vuestra nacisteis,
No lo son estas doncellas
Que no saben resistirse,
Y que sufren mil congojas
Mientras que lejos no os miren.
Si alguna os faltó, dejadme
Que á solas yo la castigue
Por haber mostrado en público
Su corazón de alfeñique.

Yo creo que Altisidora
No estuvo en terreno firme.
—Tan no lo estuve, responde
La aludida en tono humilde,
Que ahora tengo que acusarme
De una falsedad que dije.
Perdóname ¡oh valeroso
Don Quijote, si te hice
Autor de un vil latrocinio
Que en tu vida cometiste!
Afirmé que te llevabas
Mis ligas, ¡calumnia horrible!
¿Cómo habías de llevártelas
Si las tengo puestas? Dime
Que me perdonas, y márchate;
Que muero al verte y oírte.»

Esto dijo Altisidora
Gimiendo y llorando triste
Mientras que Sancho exclamaba
En voz alta:—¿No lo dije?
Bonico soy yo ¡canastos!
Para encubridor de ruines
Hurtos, cuando en mi gobierno
Ni los pensé, ni los hice.»

Aquí bajó la cabeza
Don Quijote, hizo un esguince
Y luego unas reverencias
Con las cuales se despide
De los Duques (y de todos
Los que en el castillo viven)
Por última vez; y luego

Se fué alejando impasible
Seguido de Sancho Panza
En busca de otros carriles.

CXIII

Cuatro santos de á caballo.

CAMINO de Zaragoza
Van ya nuestro héroe insigne
Y el gran ex-gobernador
Que nuevamente le sirve.

Juntos van, y juntos tienen
Muchas cosas que decirse,
Que es siempre comunicable
El alma, si no está triste.

Nunca en los grandes palacios
La paz completa reside,
Que las bóvedas de piedra
El espíritu comprimen.

Una mesa suntuosa
Siendo ajena, es algo triste,
Que indigestan los manjares
Cuando gratitud exigen.

Por estas y otras mil cosas
Don Quijote alegre dice:
—Oh! qué bien prueban los aires
Que respira un hombre libre!

La libertad sacrosanta
Es don que el hombre recibe
Directamente del cielo;
Sin ella no hay bien posible.

Aquí debajo de un cielo
Espléndido, nos sonríe
La hermosura de este valle
Deleitoso y apacible.

Aquí no hay Altisidoras
Que vengan á perseguirme,
Ni exigencias cortesanas

Insípidas é insufribles.

Dichoso el que independiente
Un poco de pan consigue
Sin tener que agradecerlo
Más que á Dios á quien bendice!

Pero observo, amigo Sancho,
Que estás pensativo ó triste.
¿Quién te ha visto á tí tan mudo
Que ni una palabra dices?

—Digo, señor, le contesta
Sancho; que en todo, inclusivie
Lo último, estoy conforme
Con sus ideas sotiles.

Pero bueno es que agradezca
El jamón y las perdices
Que aquí en las alforjas llevo
Con otros cien comestibles.
Y la linda y bien repleta
Bolsica de buen origen
Que con doscientos ducados
Llevo también.—¿Qué me dices?

¿Quién te la dió?—El mayordomo
Del Duque, que al despedirme
Me dijo:—Ahí va esa fineza
Que siempre para algo sirve.

Y en verdad que razón tuvo
Pues el aire puro y libre
Nuestros cuerpos no conforta
Si no hay algo que añadirle.

Por el camino que vamos
No habrá castillos á miles;
Que los Duques escasean
Y los venteros son ruines.

—Tienes razón, yo agradezco
Ese favor tan plausible
Y lo tomo como préstamo
Hasta que logre mis fines.»

.....
De este modo conversando
Iban el hidalgo insigne
Y el gran ex-gobernador
Que nuevamente le sirve.

Y al llegar á un verde prado
Lleno de juncos y mimbres,
Vieron á unos cuantos hombres
Que por sus trajes humildes,

Labradores parecían;
Los cuales para esparcirse
Estaban tomando un taco
Cual vulgarmente se dice.

Cerca de ellos destacábanse
Unos bultos invisibles,
Puesto que estaban tapados
Con sábanas y terlices.

Acercóse Don Quijote,
Á quien Sancho Panza sigue,
Y después de saludar
Á todos, cortés les pide

Que le digan lo que llevan
Si es que saberlo es posible.

—Llevamos, señor, responde
Uno de ellos, las efigies
De varios santos que ha hecho
Un escultor, que reside
No lejos de aquí, y llevámoslos
En hombros, según los visteis,
Por temer que se desfloren,
Se quiebren ó se lastimen.

—Y á dónde con tan preciosa
Carga, sus pasos dirigen?

—Á nuestra aldea, en la cual
Hoy construyen á la Virgen
En su iglesia restaurada
Dos soberbios camarines
Y un suntuoso retablo
Que á estos santos les erigen.

—Mucho con verlos me holgara,
El buen caballero dice;
Que deben ser valiosos
Cuando tal recato exigen.

—Mírelos vuesa merced;
El hombre vuelve á decirle
Destapando la primera
De las citadas efigies.

Era un San Jorge á caballo
Que con su lanza en el ristre
Se preparaba á dar muerte
Á un dragón de boca horrible.

—Este, dice Don Quijote,
Fué el guerrero más insigne
Y el más caballero andante
Que venció en cristianas lides.

Es patrón de aragoneses,
Fué protector de las vírgenes,
Murió mártir y llamábase
Don San Jorge el Invencible» (19).

Destaparon otra imagen
Y al verla el hidalgo dice:
—Este ¡oh Sancho! que á caballo
Como San Jorge se exhibe

Y que le dá media capa
A ese que limosna pide,
Es Don San Martín, del cual
Que fué aventurero escriben.

Más liberal que valiente
Hace que el pobre se abrigue
Con su media capa, y creo
Que fué un invierno terrible

Cuando la partió; que á ser
Los frios menos sutiles
Generoso se la diera
Toda para más cubrirle.»

Quitaron luego otra sábana
Y otra figura sublime
También ecuestre, mostraron
Siendo su aspecto temible.

Era el gran patron de España
Cuya larga espada tiñe
La sangre de los infieles
Que ante él doblan sus cervices.

—Este sí que es caballero,
Al verle el hidalgo dice;
Este sí que es el más grande
De todos los adalides.

Si ignoras su nombre, Sancho,
Sabe que es, y no lo olvides,

— ROMANERO DEL INGENIOSO HIDALGO —

Don San Diego Matamoros (20)
Que con celo á Cristo sirve.

De un revés mata quinientos,
De un soplo derriba á quinze
Y entre moros y cristianos
Las luchas hace imposibles (21).

Parece que solo falta
Uno; ¿quién es? Bien hicísteis
En traer á Don San Pablo
El mayor de los gentiles.

Del caballo está caido,
Cristo le exhorta y le oprime,
Parece que le estoy viendo
Próximo ya á convertirse.

Se hará caballero andante
El que era un rabioso tigre,
Y con él tendrá la Iglesia
Una columna muy firme.

.....
Acabóse la revista
De las sagradas efigies;
Cubriéronlas con sus sábanas;
Mas antes de despedirse
Enjareta Don Quijote
Un discurso en que les dice
Que aquellos santos tuvieron
El mismo oficio que él sigue;
Y que si su Dulcinea
Del Toboso queda libre
Del inicuo encantamento
En que está, Dios tal vez gufe
Sus pasos para que el cielo
Con valor y fe conquiste.

Quedáronse sorprendidos
Al observarle y oírle
Aquellos hombres que estaban
Ya dispuestos á reirse
En sus barbas; pero al cabo
Don Quijote se decide
Á marchar; les dá las gracias
Y su jornada prosigue.

CXIV

La celada.

GRAN placer sintió el buen Sancho
Al ver que allí no hubo dimes
Ni diretes, ni estocadas;
Lo cual parece imposible
Dado que siempre su amo
Con todo el que topa riñe.
—Esta notable aventura
De los santos, ledo dice,
Téngola por buen agüero,
Puesto que no ha habido embites
Ni molimientos, y ahora
Vamos sueltos y felices.
—Sobre los tales agüeros
Mucho pudiera decirte,
Respóndele Don Quijote;
Los hay más ó menos simples
Y los hay que son á veces
Corazonadas visibles.
—Yo también así lo creo,
Y ellas hacen que me afirme
Dice Sancho, en una idea
Que hace tiempo que me aflije.
—¿Me atañe á mí por ventura?
—Sí tañe; y debo decirle
Que el amor de Altisidora
Acaso nos perjudique.
Muchacha que así se prenda
De una figura tan triste
Y se enamora de un hombre
Que cumplió cincuenta abriles
Y que nada de bonito
Tuvo jamás, es posible
Que esté loca rematada
O que el demonio la guíe.

—¿No estamos ya lejos de ella?
¿Qué temes? dí.—Que se ligue
Con Satanás y nos tienda
Alguna red invisible.»

No bien Sancho dijo esto
Atravesando los límites
De una floresta encantada
A donde ambos se dirigen,
Lanzó Don Quijote un grito
Seco, estridente y terrible
Diciendo:—Por Dios bendito
Que ya esas redes me oprimen.

Que me maten si los mágicos
Inicuos que me persiguen
Puestos de acuerdo con ella
No me tienden lazos viles.

La aventura que hoy comienza
Será sañuda y terrible;
Ven, Sancho, que en el garlito
Me hacen caer sus ardidés.

Contéplame aquí enredado
Entre mallas que me impiden
Andar; sin duda pretenden
Acobardarme y rendirme.
Mas aunque sean de diamante
Estas trampas invisibles
Ya acertarán á romperlas
Mis ímpetus varoniles.»

Diciendo así, con su acero
Quiso deshacer la urdimbre
De aquellos lazos que estaban
Compuestos de hilos sutiles.

Hilos verdes que las ramas
De arbustos y árboles ciñen
Y que apenas de sus hojas
Por su color se distinguen.

Alzó Don Quijote el brazo,
Blandió su espada invencible
Y á descargar fiero iba

Un golpe certero y firme,

Cuando en aquel mismo instante
Salieron de un escondite

Dos elegantes pastoras
Bellas cual dos querubines.

Tendrá dieciocho años
La mayor, la menor quince,
Y traen de brocado de oro
Pellicos y faldellines.

Llevan sueltos sus cabellos
Que con los rayos compiten
Del sol que espléndido inunda
Sus cabezas infantiles.

Sus rostros de rosa y nieve
Frescas guirnaldas oprimen
De laurel y de amaranto
Que el verde y el rojo tiñen

Al verlas, quedóse Sancho
Como aquel que en Babia vive,
Y Don Quijote las tuvo
Por dos benéficas sílfides.

Volvió á su vaina el acero,
Sintió un gozo indefinible
Sobre todo al escuchar
Que con dulce voz le dicen:
—No rompáis, señor, las redes
Estas que no ocultan crímenes,
Pues sólo para apresar
Pintadas aves nos sirven.
Y para que no os extrañe
Esta petición que os hice,
Sabed que en alegre gira
Venimos á estos pensiles
Precediendo á nuestros padres
Hermanos, deudos y afines,
Que llegarán muy en breve
Pues muy de cerca nos siguen.
Todos vienen disfrazados
Con adornos pastoriles;
Que son pudientes, y lucen
Sus mejores arrequives.
Fingiendo una nueva Arcadia,
Cerca de aquí al aire libre
Hemos levantado tiendas
Donde alegres y felices

Representaremos églogas
De Garcilaso el sublime
Y del portugués Camoens
Que es también poeta insigne.

Calló la hermosa doncella
Cuya voz de dulce timbre
Regalaba los oídos;
Y el buen caballero dice:
—Por cierto, señoras mías,
Que mi admiración supísteis
Eleva al quinto cielo,
Donde diz que el sol reside,
Al oír vuestro discurso
Y al mirar esos gentiles
Rostros cuyos ojos bellos
Centellas de amor despiden.
Podéis estar bien seguras
De mi obediencia sin límites,
La cual llevaré hasta el punto
De que si cubrir deciden
La redondez de la tierra
Con esas mallas sutiles,
Yo buscaré nuevos mundos
Por donde luego transite
Sin romperlas; y por que
Mi exageración no inspire
Incredulidad ni espanto
En pechos tan juveniles,
Sabed que os lo ofrece un hombre,
De fe y probidad, que sigue
La andante caballería
Con santos y nobles fines.
Esto os jura Don Quijote
De la Mancha.—¿Qué dijísteis,
Señor?—Os digo mi nombre.
—Cuanto me huelgo de oírle!
Así dice la mayor
Que al momento se dirige
A su hermosa compañera
Y de este modo prosigue:
—Sábetete, amiga del alma,
Que hoy la suerte nos sonríe.

Este es el gran Don Quijote,
El de la Figura Triste;
Este el adalid más grande
De los que en la Mancha existen.
Su historia que corre impresa
Es leída en los confines
Del mundo, y es esa espada
Terror de hechiceros viles.
Y este que viene á su lado
Será Sancho, del cual dicen
Que es costal viviente henchido
De gracias escuderiles.»

Esto dijo la pastora
Sin dejar de sonreirse
Y al punto responde Sancho:
—Ese soy yo, sin melindres;
Yc soy aquese escudero
Lleno de gracia y de chistes.
Y este que veis es mi amo
Don Quijote, cuyo firme
Valor, con el diablo mesmo
Seguramente compite.
—Y yo aseguro, señoras,
De nuevo el hidalgo dice,
Que en el camino que llevo
Poniendo mi lanza en ristre
Sostendré á pie y á caballo,
Venga quien venga á argüirme
A no ser mi Dulcinea,
Que sois unos serafines
Y que el que ofensa os ficiere
Connigo habrá de batirse.»

CXV

Arcadia peligrosa.

MEDIA hora después el caballero
Rodeado se hallaba.

De elegantes pastores
Y de lindas zagalas
Que viniendo del pueblo en que vivían
Ocuparon sus tiendas de campaña.

No hay que decir que el bravo Don Quijote
Fué presentado á todos sin tardanza
Por las dos hechiceras
Pastoras que en el bosque le encontraran.

Saludáronle todos
Lo mismo que al bizarro Sancho Panza
Y no poco contento recibieron
Al contemplar sus fachas.

Sentáronse á las mesas
Que ricas, abundosas y aseadas
De antemano dispuestas
Para tomar un refrigerio estaban;
Y como conocían
Del hidalgo las ínclitas hazañas
Por la historia del moro Cide Hamete
Que ya por todas partes circulaba,
Le ofrecieron con gusto el primer puesto
Que él cortés aceptó de buena gana.

Levantáronse al cabo los manteles
Y con voz reposada
Exclamó Don Quijote:
—Quiero al daros las gracias
Por las muchas finezas que me hicisteis,
Deciros en substancia,
Que entre todos los grandes
Pecados que emponzañan nuestras almas,
El mayor, el más torpe,
El que inspira á la vez horror y lástima
Y no admite perdón y nadie olvida,
Es aquel que se llama
Desagrado
Que llena del infierno las cloacas
O zahurdas. Por eso yo, señores,
Y señoras bizarras,

Desde que tuve uso
De razón, si me hacen una gracia
O favor, correspondo
Con cuanto puedo y soy; y si no alcanzan
Mis fuerzas, porque sólo
Mi voluntad es amplia,
Con publicar el bien que se me hace
Juzgo posible adelantar la paga.
Por estas y otras muchas
Razones justas que mis labios callan,
Careciendo de medios suficientes
Para corresponder á tanta y tanta
Atención como os debo,
Quiero poner mi pensamiento en práctica
Saliendo á ese camino
Que á Zaragoza va, donde con sana
Intención, por mostrar lo agradecida
Que se encuentra mi alma,
Sustentaré dos días naturales
Que las nobles zagalas
Contrahechas que en este paraíso
Se encuentran congregadas,
Son las más hermosísimas
Y corteses doncellas, puras, castas,
Que existen en el mundo, exceptuando
A mi simpár señora idolatrada
Dulcinea del Toboso
Que en mis potencias y sentidos manda.»

Calló el buen caballero, y al instante
Exclamó Sancho Panza:
—¿Es posible, señoras y señores
Pastores y zagalas,
Que haya en el mundo gentes que se atrevan
A jurar y á decir: ¡pésie á mi ánima!
Que mi señor es loco rematado?
Váyanse, pues, los tales noramala!
Digan sino vuestas mercedes todos:
¿Hay un cura de aldea en toda España
Que así sepa explicarse
Pedricando en la lengua castellana?
¿Qué caballero andante

Aunque de muy valiente tenga fama,
Puede ofrecer lo que mi amo ofrece
Con tal resolución, viveza y gracia?»

No bien pronunció Sancho
Sus últimas palabras,
Irritado volvióse el caballero
Clavando en él su vívida mirada.
—¿Quién eres tú, le dice,
Para entrarte en camisa de once varas,
Ni quién podrá decir que no eres sándio
Aferrado de tonto y de panarra?
¿Quién te mete á juzgar si soy discreto
Ni si tengo valor ó soy un mandria?
Vete al punto y ensilla
A Rocinante, acércame las armas
Y advierte que al momento
Quiero cumplir á todos mi palabra.»

Hablando de este modo
De su silla enfadado se levanta
Y á pesar de que todos los presentes
Le dicen que es ociosa su demanda,
Pues de todas maneras
Su agradecida voluntad les basta,
No por eso cejó el buen caballero
Que su escudo embrazó, tomó su lanza
Y puesto sobre el pobre Rocinante,
Con precisión y calma
Se puso en la mitad de un real camino
Que de aquel verde prado cerca estaba.

Montado sobre el rucio
Siguióle Sancho Panza
Y en pos de ellos salieron los pastores
Y las lindas zagalas.

Puesto cual queda dicho
En medio de la vía solitaria,
Con voz sonora y ánimo valiente
Pronunció Don Quijote estas palabras:
—Vosotros pasajeros y viandantes,

Caballeros, caudillos de mesnadas,
Escuderos y gentes que á caballo
O á pie cruzais y cruzareis mañana
Este camino real ó carretera,
Sabed que Don Quijote de la Mancha
Andante caballero, aquí presente
 En este instante se halla
Dispuesto á defender en campo abierto
Que á todas las bellezas soberanas
Y cortesías que en el mundo existen,
 Desde luego aventajan
Las de las ninfas que estos lindos valles
 Animan con sus gracias,
Salvo el grande respeto que merece
 Mi siempre bien amada
Señora Dulcinea del Toboso
 Que es el sol de la Mancha.
Esto digo, esto afirmo, esto sostengo,
Y si alguno me lleva la contraria
Venga al punto hacia aquí, que aquí le aguardo
Puesta en la cuja la potente lanza.»

Dos veces repitió las mismas frases
Según cuentan las crónicas exactas,
Sin que ningún extraño aventurero
Pudiera oír sus retos y bravatas.
Pero la suerte que iba encaminando
Sus cosas por veredas no exploradas,
Ordenó que de allí á poco se viese
Avanzar hacia el sitio en que él se hallaba
Tropel confuso de hombres á caballo
También armados de robustas lanzas.

Al ver la muchedumbre que venía
Con gran priesa revuelta y apiñada,
Los que estaban allí con Don Quijote
Volvieron las espaldas
Y echaron á correr despayoridos
 Como gatos por brasas.
Tan sólo el buen hidalgo siempre intrépido
Persistiendo en su idea temeraria

Se estuvo quedo, y Sancho á Rocinante
Se arrimó haciendo escudo de sus ancas.

Llegó el tropel de los lanceros y uno
De ellos, que á todos el terreno gana,
Dirigió al caballero á grandes voces

Las siguientes palabras:

—Apártate de ahí, hombre del diablo,
Si no quieres morir entre las astas
De estos toros pujantes. Vete, huye.

—No me da la real gana,
Responde Don Quijote;
Y sábeta, canalla,

Que para mí no existe
Ningún toro que valga,
Aunque sea el más bravo
Que cría en sus riberas el Jarama.

Confesad, mandrines,
Así á carga cerrada,

Que es verdad lo que aquí proclamé antes
O sois conmigo en singular batalla.»

Eso dicen que dijo el caballero,
Mas antes que acabara

O que el vaquero replicar pudiera,
Cual terrible avalancha

Los bravos toros, los cabestros mansos,
Los hombres de á caballo que los guardan
Y conducen al punto en que lidiados

Habrán de ser mañana,
Cruzaron el camino

Con tal impulso y diligencia rápida
Como suele caer desde lo alto
Espantable y mugiente catarata.

Pasaron sobre el triste Don Quijote;
Derribaron al pobre Sancho Panza;
Revolcaron al flaco Rocinante
Y al rucio estuvo en poco si le matan.
Quedóse quebrantado y bien molido
El escudero, su amo hecho una lástima

Y las bestias no estaban muy católicas
Según la historia con primor relata.

Finalmente, pudieron levantarse;
Y sin montar siquiera en su alimaña,
El hidalgo colérico, furioso,
Echó á correr en pos de la torada
Diciendo á grandes voces:—Deteneos
Malandrines, volved, gentes bellacas,
Que un solo caballero os desafía
Sin hacer caso de la necia máxima
Que dice que á enemigo que va huyendo
Se le debe de hacer puente de plata.»

Así habló; pero nadie le hizo caso
Ni pudo percibir sus amenazas,
Por lo cual fatigado y sudoroso
Se sentó en el camino en donde aguarda
A que Sancho y el rucio y Rocinante
Lleguen allí para emprender su marcha.
Llegaron en efecto, se subieron
Sin murmurar siquiera una palabra
En sus bestias que están tristes y mustias
Lamentando en secreto sus desgracias,
Y sin pensar siquiera en despedirse
De la fingida peligrosa Arcadia
Con más vergüenza que placer siguieron
Silenciosos y tristes su jornada.

CXVI

Nuevos personajes.

A las puertas de una venta
Llegó el caballero andante
Seguido de su escudero
Al declinar una tarde.

Tan molidos están ambos
Como el rucio y Rocinante,

Y allí pernoctar desean
Por ser justo que descansen.

Mientras tanto á Don Quijote
El corazón se le parte
Pensando que Dulcinea
No puede desencantarse.

Eso está en manos de Sancho
A quien él suplica en balde,
Puesto que no quiere nunca
De *motu proprio* azotarse.

—Bien está, dice su amo;
Si tú mismo no lo haces
Yo por tí lo haré y verás
Si consigo acribillarte.

—Eso no, replica Panza;
Que si su merced lo hace,
Según Don Merlín lo dijo
Esos azotes no valen.

Tenga un poco de pacencia,
Que cuando menos lo cate
Me ha de ver hecho una criba
Con los golpes que he de darme.

No por mucho madrugar
Amanece menos tarde,
Y no se ganó á Zamora
En una hora ni á escape.

Todas las cosas del mundo
Deben á su tiempo usarse
Y los nabos en Adviento
Bien se cogen y bien saben.

—Cállate, Sancho endiablado,
Cállate digo, y no saques
Las torpes reminiscencias
De tus maldifos refranes.

Si quieres que yo te compre
Los azotes que has de darte,
Ponles precio, y mi ventura
Tu pereza no dilate.»

De este modo conversaban
Los dos en tono muy grave
Cuando á la venta llegaron
Al declinar de la tarde.

No bien ambos de la puerta
Trasasaron los umbrales
Salió el ventero oficioso
Al momento á saludarles.

Preguntáronle si había
Posada, y él con donaire
Dijo que allí la tendrían
Mejor que en ninguna parte.

Apearónse al oirle,
Y Sancho tomó la llave
Del aposento en que ambos
Determinaron quedarse.

Llevó á éste el escudero
Sus conservas y fiambres;
Puso en la caballeriza
Al rucio y á Rocinante,

Y después de darles pienso
Sin dejar de acariciarles
Volvió á donde estaba su amo
Dando suspiros al aire.

Sonó de cenar la hora,
Recogieronse al instante
Y Sancho preguntó al huésped
Qué es lo que pensaba darles.

—Pídanme lo que quisieren,
Dice el ventero; que darles
Puedo aquello que les plazca
Sin que cosa alguna falte.

De las aves de la tierra,
De pajaricos del aire,
Y de pescados del mar
Tengo repuesto abundante.

—No es menester tanto lujo
De peces y de volátiles,
Dice Sancho, bastará
Que un par de pollos nos asen.

—De pollos no me han dejado
Ni uno los gavilanes.
Su merced pida otra cosa
Que esté más á mis alcances.

—Entonces traiga una polla

Asada. — ¡Polla, mi padre!
Ayer mandé á la ciudad
Unos venticinco pares.

Así, pues, fuera de pollas
Pidan cuanto desearan.

— Entonces traiga ternera
O cabrito. — Dios nos guarde,
Señor, porque hoy en casa
Se acabaron esas carnes;
Pero en la semana próxima
Las tendremos abundantes.

— Medrados con eso estamos,
Replica Sancho acordándose
De aquel doctor Pedro Recio
Que le mataba de hambre.

Apostaré cualquier cosa,
Sin temor de equivocarme,
Que lo que tiene son huevos
Y tocino. — ¡Disparate!

Quien de gallinas carece
¿Qué huevos podrá sacarle?
Déjese de gollerías
Y pida cosas más fáciles.

— Entonces, señor ventero,
Dice Sancho hecho un vinagre,
Diga, pues, qué es lo que tiene
Sin más rodeos ni achaques.

— Pues bien, con franqueza digo
Que lo que ahora puedo darles
Es un par de uñas de vaca
Que más que un imperio valen.

Cocidas con sus garbanzos,
Tocino y cebolla, saben
Y huelen á gloria, y dicen
Cómeme, cómeme, atrácate.

— Siendo así, replica Sancho,
Yo las acoto al instante
Y las marco como mías
Porque no las toque nadie.

Las pagaré con largueza
Siempre y cuando me las guarde,
Que para mí son las uñas

El manjar más agradable.

— Pierda cuidado, replica

El huésped; nadie á quitarle

Vendrá ese plato sabroso

Con que va á refocilarse.

Pues si bien hay otros huéspedes

Aquí en mi venta esta tarde,

Ellos traen repostería

Y sus despenseros traen,

Por ser gente principal.

— Sobre principalidades

Dice Sancho, nadie chiste

Donde mi señor se halle.»

Poco después á la mesa

Amo y criado sentábanse

Y el huésped trajo la olla

Llena de hirviente potaje.

Sirvióse el buen caballero

Su ración algo abundante,

Pues según cuenta la historia

Estaba muerto de hambre.

Pero al tomar la primera

Cucharada, hizo un visaje

Oyendo la voz de un hombre

Que acababa de nombrarle.

Al notar que de él hablaban

Se puso de pie al instante

Y al través de un mal tabique

Pudo escuchar estas frases:

— Por Dios, señor D. Gerónimo,

Que mientras la cena traen

Leamos otro capítulo

De aquesa segunda parte

Del bizarro Don Quijote

De la Mancha.—¿Y cómo os place,

Don Gerónimo contesta,

Tal suma de disparates?

¿No veis, Don Juan, que este libro

Está escrito tan sin arte

Que cada vez que lo tomo

De las manos se me cae?
¿Quién, que leyó á Cide Hamete,
Ha de poder conformarse
Con este ramplón estilo
Y estas sucias nimiedades?

—A mí, señor Don Gerónimo,
Dice Don Juan, me desplace
Sobremanera el que afirme
Que Don Quijote inconstante
De Dulcinea del Toboso
Desenamorado ande. >

.....
.....
No bien oyó el caballero
Tan nuevas y extrañas frases
Gritó con voz irritada:

—Quien tal diga es un infame.

Don Quijote de la Mancha
Es hoy el mismo que antes
Y está dispuesto á probarlo
Siempre con armas iguales.

Olvidar á Dulcinea
En su noble alma no cabe,
Que es su blasón la firmeza
Y es su amor invulnerable.

—¿Quién nos responde? preguntan
Los que estaban escuchándole.

—¿Quién ha de ser? les responde
Sancho, que callar no sabe,

Sino el mismo Don Quijote
De la Mancha, que aquí yace
Y hará bueno cuanto ha dicho
Y dijere en adelante? >

Estó afirmó Sancho Panza
Y en el mismísimo instante
Entraron en su aposento
Dos caballeros, que afables

Abrazando á Don Quijote
No dejaron de admirarse
Al ver la ingrata figura
Del buen caballero andante.

CXVII

Adios, Zaragoza.

DISIMULANDO la risa
Y componiendo el semblante
Uno de los caballeros
Dice con finos modales:
—Ni vuestra presencia puede
Desmentir el nombre grande
Que llevais, ni hay quien tal nombre
No reverencie y acate.
Vos, señor, sin duda sois
El único, el innegable
Legítimo Don Quijote
De la Mancha á quien Dios guarde.
Vos sois el norte y lucero
De caballeros andantes
Á pesar de que ha querido
Usurparos prendas tales
El autor de este libraco
Que aquí os presento; miradle
Y advertid lo mal que os trata
Pintándoos fiero y mudable. »

Tomó Don Quijote el libro
Y sin decir nada á nadie
Con ademán circunspecto
Comenzó al punto á hojearle.
Después le volvió diciendo
En tono modesto y grave:
—Por lo muy poco que he visto
En estos breves instantes,
Hallo al autor reprehensible
De tres cosas esenciales.
La primera es que en el prólogo
Solo estampó indignidades; (22)
La segunda es que parece

Aragóns su lenguaje
Pues escribe sin artículos;
Y es la tercera, bastante
Para desacreditar
Las relaciones que hace,
Pues dice que la mujer
De Sancho, se llama... ¡pásmense!
Se llama Mari Gutierrez,
Mostrando que está ignorante
De que se llama Teresa
Panza; y si en este detalle
Yerra ¿qué hará en los demás
Que no son tan importantes? (23)

Al oír esto Sancho Panza
También comenzó á burlarse
Del autor y de su libro
Por decir mentiras tales.

Preguntóle Don Gerónimo
Si era Sancho, y al instante
Respondió:—Sí, Sancho soy,
Y de ello puedo preciarme.
—Pues á fe, volvió á decir
El caballero, que es grande
La injusticia con que os tratan
En este libro flamante.

En él no os pintan tan limpio
De rostro, manos y traje,
Como ahora os estamos viendo
Comer con gentil donaire.

Os hacen tragón y simple
Hasta rayar en salvaje
Y escasamente gracioso
Pues sólo decís dislates.

Finalmente, sois distinto
Del que en la primera parte
Nos pintaba Cide Hamete
Que es historiador notable.

—Mal haya el nuevo! responde
Sancho; en mi rincón dejárame
Sin meterme en la colada
Ni echar mis trapos al aire.

Bien se está San Pedro en Roma;

El que las sabe las tañe,
Y caracol que en su concha
Está, los cuernos no saque.

Que pensando que es del so
El calor que le complace
Puede verse en la cazuela
Donde vayan á guisarle.»

Ganosos los caballeros
De conocer otros lances,
Pretendieron que el hidalgo
Á su aposento pasase.

Y que con ellos cenara,
Puesto que en aquel paraje
No hallaría cosa alguna
Con que poder regalarse.

Aceptó el ofrecimiento;
Al otro cuarto pasáronse
Y Don Juan y Don Gerónimo
La cabecera dejáronle.

Cenaron, y en el discurso
De aquel acto comfortable
Tomó Don Juan la palabra
Preguntando en tono grave
Á Don Quijote qué nuevas
Tenía de su adorable
Dulcinea del Toboso;
Si ya se casó aquel ángel;
Si estaba acaso parida
Ó en estado interesante;
Y si estando en su entereza
Por no haberse vuelto frágil,
Se acordaba algunas veces
De tan tierno y fiel amante,
Dado que él su puro afecto
En el alma conservase.

Calló Don Juan, y el rendido
Don Quijote, descargándose
De un suspiro que le ahogaba,
Dijo al cabo de un instante:
—Dulcinea se está entera
Tal cual la parió su madre,

Y en mis altos pensamientos
De amor, mudanzas no caben.
Las correspondencias siguen
Algo secas y tirantes
Porque su egregia hermosura
Trocaron brujos infames
En soez labradoraza
De aspecto desagradable.

Diciendo así, refirióles
Punto por punto, y sin darse
Tregua, todos los sucesos
Que ya los lectores saben.
Contóles lo del encanto
De su princesa adorable
Y les dió de la gran cueva
De Montesinos detalles.
Hízoles saber la orden
De Merlín y vino á darles
Noticia de la azotaina
Que de su bien es la clave.

Mucho los dos caballeros
Gozaron al escucharle,
Pues era cuerdo el discurso
Y fina y culta la frase,
Á pesar de que en el fondo
Hervían los disparates,
Dando lugar á que ambos
Al oírle se asombrasen,
Sin poder fijar los grados
Ni medir bien los alcances
De su discreción sin límites
Ó su demencia incurable.

Así á los postres llegaron
Y de hablar iban cansándose
Cuando llegó Sancho Panza
Que consiguió reanimarles.

No bien traspasó la puerta
Dijo á voces:—Que me maten
Si el autor de ese librote
Que vuestas mercedes traen,
Quiere que comamos buenas
Migas juntos; y pues hace

Burla de mí, asegurando
Que soy comilón en grande,
También quisiera saber
Si me ha insultado, llamándome
Borracho; que eso sería
Vil calaña y negro ultraje.

—Algo escribe de eso, dice
Don Gerónimo; mas pase
La ofensa, pues ya nosotros
Estamos prontos á darle
Un mentís, viendo la buena
Conducta que aquí observásteis.

— Créanme vuestas mercedes,
Ese pobre autor no sabe
De la misa la mitad
Ni nos conoce bastante.
El Sancho y el Don Quijote
De esta historia, desiguales
Son del Quijote y del Sancho
Descritos en la otra parte.
Solo el moro Cide Hamete
Benengeli, las verdades
Dijo, pintando á mi amo
Valiente, discreto, amable
Y enamorado; y á mí
Simple, gracioso, sin fraudes;
Nunca glotón ni borracho
Ni pendenciero inflamable.»

Calló Sancho y Don Juan dijo
Recalcando bien la frase:
—Yo así lo creo, y debiera,
Á ser posible, mandarse
Que ninguno osado fuera
Á tratar de los brillantes
Hechos del gran Don Quijote,
Á no ser que de ellos trate
Cide Hamete, autor primero
De su historia interesante,
Bien así como mandó
Alejandro Magno el Grande
Que sólo el divino Apeles
Fuera quien le retratase.»

Oyendo esto, Don Quijote
Dijo con voz triste y grave:
— *Retrátame el que quisiere
Mas no injusto me maltrate,
Que la paciencia se agota
Cuando es indigno el ultraje.*» (24)

En estas y en otras pláticas
Se pasó por fin gran parte
De la noche, y aunque quiso
Don Juan que el libro hojease
Nuevamente Don Quijote,
Este mostró ser tan grande
Su desprecio, que lo daba
Por leído. Preguntáronle
Que á dónde se dirigía
En su próximo viaje.
Respondió que á Zaragoza
Con el fin de tomar parte
En las justas famosísimas
Que iban pronto á celebrarse.
— Cosa rara me parece,
Dice Don Juan; y es chocante
Que el autor del nuevo libro
Afirmé en él sin andarse
Por las ramas, que estuvísteis
Allí.—¿Eso afirma?—Y añade
Que correr una sortija
Os vieron.— Mentira grande
Es esa, dice indignado
El buen caballero andante.
Nunca estuve en Zaragoza
Y para mostrar lo grave
De la impostura, prometo
No pisar jamás sus calles
Ni penetrar por sus puertas
Ni á sus muros acercarme.
— Decís muy bien, le responde
Don Gerónimo; así nadie
Dará crédito á este autor
Apócrifo que no hace
Más que enjaretar mentiras
Y decir simplicidades.

Si quereis mostrar los bríos
De ese corazón gigante
En Barcelona muy pronto
Habrá unas justas notables.
Id allá.—Yo os lo prometo;
Allá iré; y pues se hace tarde
Vuestras mercedes me den
Licencia para acostarme.»

Esto dijo Don Quijote
Y con muy corteses frases
El adios de despedida
Se dieron al separarse.

CXVIII

Rebeldía.

ERA una noche oscurísima
Y en mitad de un bosque espeso
Hallábanse Don Quijote
Y su bizarro escudero.

Seis días hace que andan
Por llanos y vericuetos
Camino de Barcelona
Pues de Zaragoza huyeron.

Cogióles según se ha dicho
La noche en el bosque, y luego
Determinaron quedarse
En aquel sitio desierto.

Dejaron pacer la yerba
Que era abundante en extremo,
Á sus dos cabalgaduras
Y Sancho encontró un buen lecho.

Como había merendado,
De rondón se entró Morfeo
Sin decir oxe ni moxe
Por los poros de su cuerpo.

Y allí está á pierna tendida
Disfrutando un dulce sueño

Mientras su amo padece
Horrible desasosiego.

—Duerme, bienaventurado,
Dice al fin con triste acento;
Duerme ahí cual si no fueras
Más que un insensible leño.

A mí en tanto me acometen
Mil crueles pensamientos
Que me alborotan los cascos
Y me devanan los sesos.

La cueva de Montesinos
Bajo mis pies estoy viendo
Y á mi simpar Dulcinea
Trocarse en villana veo.

Del sabio Merlín escucho
Las lecciones y consejos
Que nos dió para sacarla
De su horrible encantamento.

Y entretanto tú, roncando
Sueles malograr el tiempo
Sin tener piedad del triste
Que aquí se muere de tédio.

Cinco azotes, sólo cinco
Golpes te has dado, ¡oh qué perro!
Cuán poco caritativo
Eres, qué flojo te encuentro!»

Pensando de esta manera
Sintió tal ira en su pecho
Que hablando casi en voz alta
Así prosiguió diciendo:

—Si aquel apretado nudo
Gordiano, cortó ligero
El Magno Alejandro un día
Dándole un tajo soberbio;

Si al partirle con su espada
Dijo con ánimo entero,
«Tanto monta desatar
Como cortar» y por eso
No dejó de ser de Asia
Arbitro absoluto, ¿puedo

Dejar de esperar acaso
Que venga algún contratiempo
Porque yo corte este nudo
Que á desatar nunca acierto?
Si para que libre quede
Dulcinea es el remedio
Que Sancho reciba azotes
Hasta tres mil y trescientos,
¿Qué me importa á mí que sean
Dados por él en su cuero
Ó que le desuelle otro,
Si se consigue el objeto
Y concluye el desencanto
Que es mi único deseo?»

Con tal imaginación
Tomó al punto el caballero
Las riendas de Rocinante,
Y callandico, en silencio
Acercóse á Sancho Panza
Que estaba de todo ajeno,
Y comenzó á desatarle
Las cintas de los gregüescos.
Despertóse sorprendido
El amagado escudero
Y preguntó:—¿Quién me toca
Y me desencinta el cuerpo?
—Yo soy, respondió su amo;
Sí, sí, yo soy, y aquí vengo
Á suplir tus muchas faltas
Y á realizar mis intentos.
Véngote á azotar, buen Sancho,
Y á descargar te del peso
De una parte de la deuda
Que contrajiste hace tiempo.
Dulcinea del Toboso
Debe de estar pereciendo,
Tú vives en gran descuido
Y yo de impaciencia muero.
Así pues, ven, desatácate
Por tu voluntad, que intento
Darte en esta soledad
Dos mil azotes al menos.

—Eso no, respondió Sancho;
Vuesa merced se esté quedo
Que nos van á oír los sordos
Si persiste en tal empeño.
Los azotes á que yo
Me obligué y que darme debo
Tienen que ser voluntarios
Cuando tenga gana y tiempo.
Ahora no tengo ninguna;
Pero así y todo, le ofrezco
Vapularme y mosquearme
Cuando me halle bien dispuesto.

—Dejarlo á tu cortesía
Observó el buen caballero,
Fuera una insigne bobada,
Pues eres malvado y necio.»

Diciendo así Don Quijote
Quiso desnudarle, asiendo
Y tirando de las cintas;
Mas él dió un salto tremendo
Y poniéndose de pie
Se abalanzó al caballero.
Luchando á brazo partido,
Y furibundo y soberbio
Echóle la zancadilla
Y dió con él en el suelo.
Cayó boca arriba el triste
Lanzando un ¡ay! lastimero
Y el mal criado le puso
Una rodilla en el pecho
Sujetándole las manos
Y exclamando al mismo tiempo:

—Aquí morirá Sansón
Con todos sus felisteos.

—Cómo ¡traidor, insolente!
Dijo su amo; ¿qué es esto,
Así infame te desmandas
Contra mí que te mantengo
Y tu señor natural

Soy, he sido y seré luego?
—Yo, respondió fosco Sancho,
Contra nadie me rebelo,

No quito rey ni rey pongo;
Jamás en danzas me meto;
Pero me ayudo á mí mismo
Que soy mi señor y dueño.
Vuesa merced me prometa
Que se estará siempre quedo,
Sin pretender azotarme
Ni dormido ni despierto,
Y otra vez quedará libre
Y yo á su servicio puesto;
Mas si tal cosa no jura
O quiere tentarme el pelo
De la ropa, ¡voto á cribas
Que habré de torcerle el cuello! >

Esto, ó cosa semejante,
Dijo el insigne escudero
Arrancando á su señor
El citado juramento,
Con lo cual por terminado
Puede darse aquel suceso;
Si bien advertirse debe
Que al ceder el caballero,
No lo hizo precisamente
Por tener á nadie miedo,
Sino porque considera
Contraproducente y necio
Cortar el nudo gordiano
Con los filos de su acero,
Estando su Dulcinea
Y el sabio Merlín por medio.

CXIX

Roque Guinart.

LIBRE el inclito y valiente
Escudero Sancho Panza
De bruscas acometidas
Y palizas obligadas,

Y habiendo los dos quedado
En que sólo se azotara
Sin violencia y sin estrépito
Cuando le diese la gana,
Quiso dejar á su amo
Que se arreglase á sus anchas
Pues con su última caída
Asaz descompuesto estaba.

Apartóse, pues, un poco
Del sitio en que ambos lucharan;
Mas era la cerrazón
Del bosque, y la noche, tanta,
Que tropezó en unos árboles
Que los pasos le atajaban.

Dar con semejante obstáculo
No era cosa extraordinaria;
Mas sí lo fué el advertir
Que su cabeza tocaban
Los dos pies de una persona
Con sus zapatos y calzas.
Tembló de miedo, acudió
A otro árbol, y en él halla
Otros dos pies que insolentes
En la montera le andan.
Cuatro pies! eran ya muchos
Para conservar su calma,
Por lo cual á grandes voces
Socorro á su amo demanda.
Acudió á dárselo al punto
Don Quijote de la Mancha
Que al tocar aquellas piernas
Dijo con viveza rara:

— Sin duda son foragidos
Que colgaron de esas ramas,
Y en verdad que esto me huele
A justicia catalana.
De la púnica Barcino
Que Amilcar Barca fundara
Debemos estar ya cerca
Según las presentes trazas.
Así pues, no te amilanes,
El corazón triste ensancha

Y esperemos á que el día
Nos muestre las cosas claras. »

Brilló por fin en el cielo
La serena luz del alba
Y vieron que los racimos
Que los árboles mostraban
Eran unos bandoleros
Que allí la justicia ahorcara;
Y si bien este espectáculo
Aterró al gran Sancho Panza,
No fué menor el espanto
Que en sus ánimos causaran
Más de cuarenta bandidos
Que vivos y en cuerpo y alma
Les mandaron estar quedos
Mientras su jefe llegaba.

Mucho sintió Don Quijote
Ser presa de tal celada
No teniendo disponibles
Caballo, escudo ni lanza;
Razón por la cual, cruzando
Las manos, su frente baja,
Y para mejor sazón
Y coyuntura se guarda.

Entre tanto los bandidos
A espulgar al rucio avanzan
Registrando la maleta
Y las alforjas preñadas
De provisiones y ropas
Que al punto se adjudicaban.
Y avínole bien á Sancho
Que en una ventrera ó faja
Hecha de lienzo y baqueta
Que el cuerpo le rodeaba,
Llevase aquellos escudos
Del Duque, y el oro y plata
Que de su tierra sacaron
Al emprender sus jornadas.

No era sin embargo aquella
Turba criminal y brava
De esas que según se dice
Suele dormirse en las pajas.

Por esta razón quisieron
Desnudarles, y ya estaban,
Como por acuerdo tácito
Con las manos en la masa,
Cuando llegó el Capitán
Ante el cual todos temblaban.
Tendría el tal unos treinta
Y cuatro años, montaba
Un poderoso caballo
Entero y de noble raza,
Y sobre acerada cota
A sus costados llevaba
Cuatro ricos pistoletes
Que allí pedreñales llaman.
Llegó, vió á sus escuderos
(Que tal nombre se apropiaban)
Registrando al pobre Sancho,
Y mandó que le dejaran;
Con lo cual quedóse en salvo
La ventrera afortunada.

Después vió arrimada al tronco
De un alcoroque una lanza,
Vió un escudo echado en tierra
Y vió la figura escuálida
De un armado caballero
Que con pena le miraba
Mostrando tanta tristeza
Que infundía el verlo lástima.
Admiróle todo aquello
Y tomando la palabra
Dijo al fin á Don Quijote
Con voz bien acentuada:
—No estéis tan triste, buen hombre,
Que no habéis dado en las garras
De algún despiadado Osiris,
Si no en las manos humanas
De Roque Guinart, que son
Más compasivas que bárbaras.

No bien el recien llegado
Pronunció tales palabras,
Contestóle Don Quijote
Con un suspiro del alma

Diciendo:—No es mi tristeza,
Oh! gran Roque (cuya fama
No hay límites en la tierra
Que la encierran), porque haya
Hoy en tu poder caído;
Que con ser quien eres, basta.
Sólo me apena y contrista
Y me avergüenza y me mata
El verme aquí prisionero
Por haber caído en falta.
Mi profesión andantesca
Ser precavido me manda
Y yo abandoné en mal hora
Mi buen trotón y mis armas.
Centinela de mí mismo
Debí ser, y pago cara
La imprevisión que me puso
En tan tristes circunstancias.
Porque yo te hago saber,
Gran Roque, que si me hallaran
Tus soldados prevenido
Y pronto á entrar en batalla,
Mucho hubiérales costado
Reducir en lucha franca
Al valiente caballero
Don Quijote de la Mancha
Que ya tiene lleno el mundo
Con sus inclitas hazañas.»
Esto dijo nuestro héroe,
Y Guinart que le miraba,
Cada vez más asombrado
De ver su locura extraña,
Procuró tranquilizarle
Con muy corteses palabras;
Mas no bien pronunció algunas,
Sintieron á sus espaldas
De un magnífico caballo
Las retumbantes pisadas.
Sobre él furioso venía
Lleno de ardor y arrogancia
Un bellissimo mancebo
Que en los veinte años frisaba

Y que venía vestido
Con singular elegancia;
El cual llegando hasta ellos
Exclamó:— A tí te buscaba,
Roque Guinart, á tí sólo;
Que si remediar mis ansias
No puedes, sabrás al menos
Dar alivio á mis desgracias.
Y pues con estos vestidos
Estoy tan desfigurada
Que no me has reconocido
Sabe ¡oh Roque! que soy Claudia
La hija de Simón Forte
Tu amigo desde la infancia,
Que á su vez es enemigo
De Clauquel Torrellas, que anda
Por el odio que te tiene
Tendiéndote mil celadas.
Ya sabes que este Torrellas
Tiene un hijo que se llama,
O se llamaba hace poco
Vicente; yo le adoraba
Sin que mi padre supiera
Mi inclinación insensata.
Era su vida mi encanto,
Era su amor mi esperanza,
Era la luz de sus ojos
El sol que me iluminaba.
Mas, ¡ay! ayer me dijeron
Que con otra se casaba
Hoy mismo, y celosa y ciega
Salíme esta madrugada
De mi hogar, con este traje
Y con estas mismas armas
Que en el arzón y en el cinto
Coloqué por mi desgracia.
Le encontré cerca de aquí
Pues sólo habrá la distancia
De una legua, y sin decirle
La más mínima palabra,
Con esta escopeta, y estas
Pistolas, desesperada

Le hice fuego introduciéndole
En el pecho algunas balas,
Que á mi honor abrieron puertas
Y á mi amor tristes ventanas
Por las que las ilusiones
De mi juventud se escapan.
Allí en poder de criados
Le dejo, y aquí angustiada
Vine, oh Roque valeroso!
A suplicarte que á Francia
En donde tengo parientes
Me conduzcas con tu banda;
Y te ruego al propio tiempo
Que á mi padre que te ama
Vigiles, porque no sea
Víctima de atroz venganza.»

Guardó silencio la hermosa,
Y Roque la contemplaba
Admirando su buen talle
Y bizarría extremada.
Luego añadió:—Ven, señora,
Ven á ver si es que te engañas,
O si es muerto tu enemigo;
Que ya encontraremos trazas
Para hacer lo que te importe
En vista de lo que haya.»

Al oír esto, Don Quijote
Tomó al punto la palabra,
Y dijo:... mas lo que dijo
Otro romance reclama.

CXX

Lo que hacen los celos.

Con varonil entereza
Y marcial desembarazo
Habló del siguiente modo
Nuestro valeroso hidalgo:

— No tiene, señores, nadie
Que tomarse aquí el trabajo
De defender á esta dama;
Que yo lo tomo á mi cargo.
Vengan mis armas, enfrenen
A mi aligero caballo,
Y esperen todos mi vuelta;
Que en menos de lo que tardo
En decirlo, iré á buscar
A ese mal aconsejado
Caballero, y muerto ó vivo
Haré que cumpla sus pactos
De amor con esta señora
Cuya belleza es un pasmo.

Esto dijo Don Quijote,
Y al oírle añadió Sancho:
— Nadie ponga lo que dice
En duda, porque mi amo
Es tan gran casamentero
Y tiene tan buena mano
Para coger desertores
De la hermandad de San Marcos,
Por huidos que anden ellos,
Que no le aventaja el diablo.
No ha muchos días que hizo
Casar á otro pazguato
A quien los encantadores
Convirtieron en lacayo,
Y que á no suceder esto
Se hubiera siempre negado
A rehacer á una doncella
Entregándole su mano.

Dejó de hablar Sancho Panza
Y Roque Guinart en tanto
Sin cuidarse ni entender
Lo que le estaban contando,
Pues el suceso de Claudia
Le tenía preocupado,
Ordenó á sus escuderos
Que devolviesen á Sancho
Cuanto de encima del rucio
Antes le habían quitado,

Mandándoles asimismo
Que se fuesen retirando
Hacia el sitio en que estuvieron
Aquella noche alojados.

Después de esto, se ausentó
Con Claudia, y los dos llegaron
Al punto en que esta hizo fuego
A Vicente, y sólo el rastro
De la sangre ver pudieron
De este joven desgraciado.
Mas tendiendo sus miradas
A lo lejos, divisaron
Que por un recuesto arriba
Caminaba muy despacio
Alguna gente; y creyendo
Que serían los criados,
Que á Vicente conducían
Piadosos entre sus brazos
Para curarle, ó tal vez
Para enterrarle en sagrado,
Diéronse priesa y bien pronto
Consiguieron alcanzarlos.
Eran ellos en efecto,
Y apenas á ellos llegaron
Pudieron notar que el joven
Rogaba á sus tristes fámulos
Que allí morir le dejaran
Pues sufría demasiado.
Oyéronle Roque y Claudia
Que al momento abandonaron
Sus corceles, y acercándose
Ella le tomó las manos
Diciéndole con voz trémula:
—Si estas tú me hubieras dado,
Jamás ¡ay de mí! te vieras
En este terrible paso.»

Abrió el infeliz Vicente
Sus ojos casi cerrados
Y conociendo á su amada
Le dijo:—Veo bien claro,
Hermosa señora mía,
Que tú la muerte me has dado,

Siendo así que yo te amaba
Y aun muriendo te idolatro.
—¿Luego no es verdad, Dios mío!
Dijo Claudia sollozando,
Que ibas hoy á desposarte
Con la hija de Balbastro?
—No por cierto, respondióle
Don Vicente; te engañaron
Los que esas nuevas te dieron
Nuestras dichas envidiando.
Mas ya que mi mala estrella
Puso mi vida en tus manos,
Toma mi diestra y recíbeme
Por tu esposo bien amado;
Que con serlo, yo gustoso
Alma y vida te consagro,
Dándote satisfacción
De ese pretendido agravio.

Oirle Claudia, estrecharle
Con dolor entre sus brazos
Y caer sobre su cuerpo
Como herida por un rayo,
Fué todo una misma cosa,
Siendo el pobre herido en tanto
Presa á su vez de un mortal
Paroxismo que hizo vanos
Los esfuerzos con que Roque
Procuraba levantarlos.

Al ver tan triste suceso
Acudieron los criados
A buscar agua que echarles
En aquellos rostros pálidos;
Mas si bien agua trajeron
Y con ella los bañaron,
Sólo Claudia salir pudo
De aquel tormentoso estado,
Pues el pobre Don Vicente
No volvió de su desmayo.

Al verle muerto, la triste
Arrojó un grito de espanto,
Hirió los cielos con quejas,
Se arañó el rostro afeándolo,

Y con gritos y con lágrimas
Y suspiros desatados
Maldijo mil y mil veces
Los celos que la llevaron
A destruir una vida
Que era su gloria y su encanto.
Finalmente, fueron tantas
Sus quejas, su duelo amargo
Tanto, que Guinart estaba
Conmovido y apenado.

En torno de aquel cadáver
Sollozaban los criados
Y Claudia de sus sentidos
Se privaba á cada paso,
Mientras que aquel circuito
Parecía un negro campo
De pena, desolación,
Tristeza, luto y espanto.

De esta manera estuvieron
Sin saber qué hacer, gran rato,
Hasta que Roque Guinart
Dispuso al fin que en el acto
Los criados condujesen
Los restos inanimados
Del pobre joven al pueblo
Donde reside su anciano
Padre, á fin de que le dieran
Asilo en lugar sagrado.
—Respecto á vos, dijo á Claudia,
Vos direis á dónde vamos.»

A lo cual, la pobre joven
Que se iba serenando
Un poco, le contestó
Que había determinado
Encerrarse para siempre
En la soledad del claustro
Elegiendo un monasterio
Que no estaba muy lejano,
Y del cual era Abadesa
Una tía suya.—Y cuando
Esté allí, añadió, mi vida
Se extinguirá en el regazo

De Dios que será mi esposo
Eterno, y mi dulce amparo.»

Dejó de hablar la cuitada
Doncella, y Roque aprobando
Su resolución, brindóse
A acompañarla y ser Argos
De la vida de su padre
Si por desdicha indignados
Los parientes de la víctima
Querían hacerle daño.

Agradeció esta promesa
La infeliz Claudia, y al cabo
Queriendo marcharse sola
Se despidió dél llorando.
El cuerpo de Don Vicente
Sus domésticos llevaron,
Y Roque volvió á los suyos
Que le estaban esperando.

De este modo los amores
De Claudia término hallaron;
Término triste por cierto
De esos que apocan el ánimo.
Mas ¿qué mucho, si tejieron
La trama de tan infausto
Suceso, las invencibles
Fuerzas, y el rigor extraño
De los celos, que arrebatan
Y ciegan, y arman los brazos,
Ya con justicia ó sin ella
Produciendo mil estragos?

CXXI

Vida azarosa.

AL volver Roque Guinart
Al paraje designado
Por él, halló á Don Quijote
Que estaba puesto á caballo

Enderezando un discurso
De moral por todo lo alto
A los toscos bandoleros
Que le hacían poco caso,
Pues á su vida azarosa
Estaban ya habituados
Y él de sus sendas torcidas
Pretendía separarlos.

No se fijó por el pronto
Roque en lo que estaba hablando
El caballero; mas quiso
Interrogar al buen Sancho
Preguntándole si estaba
Ya del todo reintegrado
De las preseas y alhajas
Que los suyos le quitaron.

—Sí estoy, respondióle Panza;
Solo que de menos hallo
Tres tocadores que importan
Tanto como tres condados
O tres ciudades.—¿Qué diantres
Está ese mochuelo hablando?
Dice uno de los presentes;
Que yo los tengo, y tasados
A todo tasar, no valen
Tres reales.—Eso es exacto,
Dijo Don Quijote; pero
Estímalos el buen Sancho
En lo que ha dicho, y en más,
Por sólo habérmelos dado
Quien me los dió; y me parece
Que con esto he dicho algo.»

No bien oyó estas palabras
Mandó Guinart que en el acto
Les volviesen unas prendas
Que ellos estimaban tanto.
Después dispuso que todos
Sus secuaces ó aliados
A quien él llamaba siempre
Escuderos por honrarlos,
Formasen en ala, y luego
Que los tuvo desplegados,

Hizo traer á su vista
Con ostentoso aparato,
Vestidos, joyas, dinero,
Y cuanto habían robado
En lugares y caminos
Desde el último reparto.
Después hizo un buen tanteo
Y con finísimo tacto
Volviendo lo que no era
Repartible en aquel caso,
Reduciéndolo á dineros
Lo repartió todo, dando
A cada cual legalmente
Su parte, con tan exacto
Proceder, que ni uno de ellos
Se creyó menoscabado.
—De no hacerlo de este modo,
Dijo Guñart al hidalgo,
No se podría tener
Con ellos el menor trato;
Que es propiedad de hombres rústicos
Ser siempre desconfiados.»

A lo cual, súbitamente
Respondió en voz alta Sancho:
—Según lo que aquí hemos visto,
El ser justo es necesario
Entre los mismos ladrones
Que reparten lo robado.»

Al oír esto, un escudero
Su arcabuz enarbolando,
Le amenazó, y aun le hubiera
De un golpe deshecho el cráneo,
A no impediéndolo Roque
Que prohibió le hicieran daño.

Llegaron en esto algunos
Que estaban cerca apostados
En clase de centinelas
Las avenidas guardando,
Y dijo uno que allá
Por la carretera abajo,
Camino de Barcelona,
Acercábase á buen paso

Gran tropel de gente.—¿Y viste,
Preguntó Roque alarmado;
Si son de los que nos buscan
O son de los que buscamos?
—De los que buscamos, dice
Al punto el interrogado.
—Pues siendo así, exclama Roque,
Id todos, marchad volando,
Y traédme los aquí
Sin que quede ni uno en salvo. »
Obedeciendo esta orden
Todos ligeros marcharon
Quedándose con Guinart
Nuestros Don Quijote y Sancho.
—Mala vida, dijo entonces
El primero al buen hidalgo,
Debe pareceros esta
En que metido me hallo.
Nuevas aventuras raras,
Nuevos sucesos extraños,
Peligros por todas partes;
Por do quiera sobresaltos.
Esto debe pareceros,
Y yo en verdad no lo extraño,
Que el que no vive tranquilo
Vive triste y hastiado.
A esta situación penosa
Un mal deseo me trajo
Pues quise un día vengarme
De cierto cobarde agravio.
Dicen que suele ser dulce
La venganza, y yo no hallo
En ella más que una copa
Llena de licor amargo
Que emponzoña los sentidos
Y causa en el alma estragos.
Mi natural era bueno,
Yo soy compasivo y blando
Y aunque me arrepiento á veces
Persevero en este estado.
Quisiera retroceder,
Y en mi mala senda avanzo,

Que un abismo llama á otro
Y un pecado á otro pecado.
Por esta razón, mis culpas
Se vienen eslabonando
Y con mis venganzas propias
Las ajenas tomo á cargo.
Así y todo, en Dios confío
Que del laberinto extraño
En que estoy, me saque á un puerto
Que alumbre divino faro.»

Al oír tales palabras
Cuentan que quedó admirado
Don Quijote; el cual, queriendo
Traerle al camino llano,
Dijo:—En verdad, señor Roque,
Que eso está muy bien hablado.
Todo aquel que reconoce
Su dolencia, está cercano
A encontrar pronto el remedio
Que le ponga en buen estado.
Dios, que suele ser gran médico
De todos los desgraciados,
Le dará las medicinas
Que le sanen cuerpo y ánimo.
Esto lo hará sin ruidos
Ni apariencias de milagro,
Que Dios los hace á menudo
Sin nunca vociferarlos.
Pecador discreto es
Vuesa merced, mire cauto
Lo que su conciencia pide
Y mucho habrá adelantado.
Y si quiere ahorrar camino,
El de salvación buscando,
Véngase en mi compañía,
Que yo con gusto y agrado
A ser caballero andante
Le enseñaré en cortos ratos.
En mi profesión honesta
Se pasan días infaustos
Y desventuras y duelos,
Que si los toma á destajo

Por penitencia, verá
Cómo Dios le abre sus brazos.

Esto, ó cosa parecida,
Dijo el ingenioso hidalgo,
Y Roque de su consejo
Sin poder disimularlo
Se rió bonitamente
Creyéndole maniático.
Después mudando de plática
Les contó el suceso trágico
De la pobre Claudia, víctima
De sus celos infundados.
Y el saber que iba á ser monja
Le pesó en extremo á Sancho,
Pues prendado estaba de ella
Por su hermosura y su garbo.

Mientras que así conversaban,
Los escuderos llegaron
Trayendo en su compañía
Dos sujetos á caballo,
Dos peregrinos á pie,
Y en un coche ó carromato
Tres mujeres y una niña
A las cuales escoltando
Venía media docena
De diligentes criados,
Los unos á pie, y los otros
Sobre unos tísicos jacos.
Venían también dos mozos
De mulas, acompañando
A los dos sujetos que antes
Dijimos que iban montados.

Finalmente, todos ellos
Silenciosos y turbados
Fueron puestos en presencia
De Roque Guinart, que al cabo
Dispuso lo que diremos
En el romance inmediato.

CXXII

En marcha.

Lo primero que hizo al ver
Á todos los apresados
Que allí silencio guardaban
Sus órdenes esperando,
Fué preguntar á los dos
Caballeros, nombre, estado,
Condición, punto hacia el cual
Enderezaban sus pasos,
Y el dinero que llevaban;
Á lo cual algo turbado
Respondió el uno:—Señor,
Nosotros dos militamos
Juntos; somos capitanes
De infantería, y marchábamos
Á Barcelona dispuestos
Lo antes posible á embarcarnos
Para Sicilia, dó esperan
Nuestros valientes soldados.
Unos trescientos escudos
En nuestro poder llevamos,
Con los cuales muy alegres
Podemos considerarnos
Ricos, dada la estrechez
En que á veces nos hallamos.
Calló el capitán y Roque
Hizo á los intimidados
Peregrinos, sus preguntas,
Á las cuales contestaron
Que iban á Roma, y llevaban
Sesenta reales entrambos.
—No es mucho, observó Guinart,
Y ahora es fuerza que sepamos
Quién va en el coche.—En el coche
Dijo uno de á caballo,

Va mi señora, ilustrísima
Por sus prendas y su rango,
Doña Guiomar de Quiñones,
Mujer de mi digno amo,
Que á la sazón es Regente
Y caballero togado
De la Vicaría de Nápoles
Que es nobilísimo cargo.
Lleva esta dama una niña
Que ahora duerme en su regazo;
Una doncella, una dueña,
Y acompañándola vamos
Fuera del coche, hasta seis
De sus antiguos criados.
—¿Dónde vais?— Á Barcelona.
—Bien está, decidme á cuánto
Asciende vuestro peculio.
—El peculio que llevamos
Se compone de seiscientos
Escudos.—Quedo enterado.»

Guardaron silencio todos,
Y Roque tras breve rato,
En que estuvo pensativo,
Dijo al fin en tono alto:
—De modo que ya reunimos,
Si no me engañan mis cálculos,
La suma de novecientos
Escudos, acompañados
De sesenta reales más
Cuyo pico no hace al caso.
También, si no me equivoco,
Son sesenta mis soldados:
Miren á cómo le cabe
Á cada uno; que hablando
En plata, yo siempre he sido
Un contador muy mediano.»

Al oír estas palabras
Los salteadores alzaron
La voz, repitiendo:—Viva
Roque Guinart, muchos años,
Á despecho de los lladres
Y pícaros desalmados

Que su perdición procuran
Tendiéndole astutos lazos!
Esto dicen los bandidos;
Y al contemplar su entusiasmo
Los dos pobres capitanes
Muy afligidos quedaron.
Gimieron los peregrinos,
Y llena de sobresalto
Se entristeció la señora
Regente, al ver confiscados
Sus bienes; mas no los tuvo
Suspensos Roque gran rato,
Pues al mirar la tristeza
Que se iba apoderando
De ellos, tomó la palabra
Y dijo á los milicianos:
—Vuestas mercedes, señores
Capitanes, con agrado
Y por fina cortesía
Sean servidos, si algo valgo,
De prestarme hasta sesenta
Escudos, que incorporados
Con los ochenta que pido
Y que no sabrá negármelos,
Á la señora Regente
Que también me está escuchando,
Yo repartiré á esta escuadra
Que me acompaña; pues hallo
Justo el no quitarles todo
Cuanto á su entender ganaron,
Y el Abad de lo que canta
Yanta, según el adagio.
Hecho esto, seguir pueden
Su camino sin empacho
Ni temor, pues les prometo
A fin de que le hallen franco,
Darles un salvo-conducto,
Para que mis aliados
Que vagan por estos sitios
No les hagan ningún daño;
Que no es mi intención malvada,
Ni quiero inferir agravios

A mujeres indefensas,
O á militares bizarros
Que á la patria que defienden
Dan su vida de buen grado.»

Muchas y bien dichas fueron
Las razones que alegaron
Los dos pobres capitanes,
Que en extremo alborozados
Dieron las gracias á Roque
Por no haberles saqueado.
Doña Guiomar de Quiñones
Quiso besarle las manos,
Mas él no lo consintió;
Antes bien, con tono blando,
Rogó que le perdonase
Tan grosero desacato
Hecho por cumplir deberes
De su oficio desastrado.

Finalmente, la señora
Regente mandó á sus fámulos
Que entregasen los ochenta
Escudos; desembolsaron
Sesenta los capitanes;
Y los peregrinos dando
Muestras de temor, sus bolsas
Con mil suspiros sacaron.
Iban á dar su miseria,
Mas Roque les dijo:—Alto!
Estaos quedos; y volviéndose
A los suyos, que asombrados
Se mostraban, dijo:—De estos
Escudos que hemos cobrado,
Tocan dos á cada uno
Y sobran veinte; partamos
La mitad para estos pobres
Romeros que hacen tan largo
Viaje, pues marchan á Roma
Con recursos tan escasos,
Y los diez que quedan dense
Al buen escudero Sancho,
Porque pueda decir bien
De esta aventura en que ha entrado.»

Dijo; mandó que trajesen
Tintero y papel, y dando
A todos salvo-conducto,
Los despidió con agrado
Dejando que á más de libres
Partiesen de allí admirados
De su nobleza exquisita,
De su proceder extraño,
Su disposición gallarda
Y sus instintos magnánimos
Que así á un ladrón convertían
En un Alejandro Magno.
Mas si bien pareció aquello
A los que iban robados
Y á la vez agradecidos,
No parecía otro tanto
A la gente robadora
Que quedó refunfuñando.
Y aun hubo uno que dijo
En tono bastante alto:
— Este nuestro capitán,
Es más fraile ó ermitaño
Que bandolero; y si quiere
De aquí adelante privarnos
De lo justo, por mostrarse
Liberal en sumo grado,
Gaste su hacienda, y no el fruto
Que ofrezcan nuestros trabajos.

Por desdicha del que hablaba,
Sus toscas frases llegaron
A los oídos de Guinart,
El cual, en ira montando,
Sacó su espada y le abrió
La cabeza en dos pedazos,
Diciendo:— De esta manera
Castigo á los deslenguados.

Al ver acción tan terrible
Pintóse en todos el pánico,
Sin que nadie se atreviera
Ni aun á desplegar sus labios.
Después apartóse Roque
A un sitio más retirado

Y escribió una extensa carta
A un buen amigo y paisano
Residente en Barcelona,
Diciéndole que á su lado
Se hallaba el gran Don Quijote
De la Mancha, hombre tan raro
Como gracioso, discreto
Y á la vez de juicio falto,
Cuya historia andaba impresa
Corriendo de mano en mano.
«Connigo está, le añadía,
Este hombre extraordinario
Que se ha hecho caballero
Andante, por sus pecados.
Tres días pienso tenerle
En el sitio en que me hallo;
Pero ofrezco conducirle
Antes que amanezca el cuarto
A Barcelona, y ponerle
En esa playa á caballo,
(Al cual *Rocinante* llama),
Armado de punta en blanco
Y dispuesto á pelear,
En compañía de Sancho
Su escudero, á quien vereis
Montado sobre un gran asno.
Esto será si Dios quiere
Sobre el día veinticuatro (25)
Día de San Juan Bautista;
Y si queréis espaciarnos
Ponte de acuerdo al instante
Con los amigos Niarros;
Que la ocasión que os ofrezco
Es calva, y habrán de daros
Gran gusto las discreciones,
Y la locura y el garbo
De este insigne caballero
Y de su escudero Sancho.»

Después de escribir su carta
Se la encomendó á un criado,
El cual, quitándose el traje
De bandolero, y tomando

El de tosko labrador,
Partió con ella en el acto
Y la entregó en Barcelona
Al amigo de su amo.

Y es fama que Don Quijote
Permaneció allí observando
Aquella vida azarosa
Tan llena de sobresaltos
Que los ladrones hacían
Sin tener jamás descanso.
Interrumpían su sueño
Terrores imaginarios,
Y siempre á salto de mata
Los montes iban cruzando.
Roque pasaba las noches
De los suyos apartado
Sin decir á nadie el sitio
Por donde echaba sus pasos,
Temeroso de que alguno
De sus cómplices malvados
La existencia le arrancara
Traidoramente, ó acaso
Le entregara á la justicia
Del Virey, que en muchos bandos
Su cabeza puso á precio;
Lo cual, apesadumbrado
Le tenía, aunque otras veces
Lo echaba todo á barato
Y de sus propios dolores
Se reía el desdichado.

Y así pasaron tres días;
Y por estrechos atajos,
Y por sendas encubiertas
A Barcelona llegaron,
Dondé Roque despidiéndose
De Don Quijote y de Sancho,
Dió á éste los diez escudos
Que aun no le había entregado.
Y allí en medio de la playa
Los dos manchegos quedaron
Esperando que esparciera
El sol sus fúlgidos rayos.

CXXIII

Don Quijote en Barcelona. Entrada triunfal.

Ex la antigua y magnífica Barcino,
Honor de Cataluña y flor de España,
Que con la corte de Madrid compite
Por no decir que acaso la aventaja,
Se halló por fin el digno caballero
Seguido del insigne Sancho Panza,
A la hora en que apenas con sus luces
Exclarecía la ciudad el alba.

Roque Guinart que quiso ser su guía
Con seis hombres que trajo en su compañía,
Se retiró de allí como hemos dicho
Dejándolos en medio de la playa
Montados en sus bestias respectivas
Que en la arena quedáronse clavadas.

Salió después el sol iluminando
Un cuadro de belleza extraordinaria,
Pues debajo de un cielo transparente
Serenó el mar la tierra acariciaba.
Abatieron sus tiendas las galeras
Llenas de gallardetes y de flámulas
Que bordando el espacio de colores
Indolentes caían sobre el agua.
Sonaron mil clarines y trompetas
Con bulliciosa y bélica algazara,
Poblando el aire de sonoros ecos
Que á la vez imponían y agradaban.
Dispararon mosquetes y arcabuces
Las gentes que los barcos tripulaban;
Tronaron los cañones cerca y lejos
Desde los altos fuertes y murallas
Y las naves de guerra dirigían
Sus rugientes saludos á la plaza,
Mientras los buques de mediano bordo,
Botes ligeros y obuseras lanchas,

Escaramuzas con primor hacían
Sobre el líquido lecho de esmeraldas.

De la ciudad en tanto cien apuestos
Ginetes descendieron á la playa;
Y animación do quiera y regocijo
La marítima fiesta presentaba.
El mar alegre, transparente el cielo
Y la tierra jocunda rodeada
De un ambiente agradable y de una atmósfera
Serena, pura, y apacible y clara,
Que solo el humo denso de la pólvora
De trecho en trecho á veces entoldaba,
La vista con placer entretenían
Regoeijando el corazón y el alma.

Contemplábalo todo Don Quijote
Con gran curiosidad, y Sancho Panza
No se explicaba bien al ver los remos
Que sin cesar las ondas azotaban
Cómo ó de qué manera aquellas moles
Con tantos pies, ó si se quiere patas,
El líquido elemento recorrían
Cual gaviotas que á su vez volaban.

Después su admiración subió de punto—
Al ver que la vistosa cabalgata
Que dejó la ciudad y que venía
De vistosas libreas adornada,
Se acercó á Don Quijote prorrumpiendo
En vítores, aplausos y palmadas
Exclamando uno de ellos, que era el mismo
A quien Roque escribió su extensa carta:
—Bien sea venido, y éntre en Barcelona
Que ya impaciente su presencia aguarda,
El inmortal, el noble caballero;
El digno Don Quijote de la Mancha
Que es espejo, farol, lucero, estrella,
Y norte y guía y poderosa savia
De la andastésca y fiel caballería
Que al mundo entero con sus hechos pasma.
Bien sea venido, digo, el valeroso
Héroe insigne, terror de la canalla,
El verdadero Don Quijote ilustre
De quien el moro Cide Hamete trata;

No el falso, no el ficticio, no el apócrifo
Que ahora nos pintan en historias falsas.»

Nada supo oponer el caballero
A tales hiperbólicas palabras
Ni tampoco lo hubiera consentido
La rara situación en que se hallaba,
Pues todos los ginetes con gran prisa,
Produciendo diabólica algazara,
Le fueron rodeando de tal modo
Que un caracol revuelto semejaban,
Con círculos concéntricos que iban
Poco á poco estrechando las distancias.

Entonces, Don Quijote dirigiéndose
A su escudero, díjole en voz baja:
—Según las muestras, estos caballeros
Conocido nos han; y yo apostara
Que todos han leído nuestra historia
Y la del falso aragonés de marras
Que está recién impresa en Tarragona
Según creo haber visto en la portada.» (26)

Cuando esto decía el caballero
Otra vez se le puso cara á cara
El que antes le habló, y entusiasmado
Al parecer, de nuevo así le habla:
—Vuesa merced, ilustre Don Quijote,
Se venga con nosotros sin tardanza,
Que todos somos servidores suyos
Siendo de Roque amigos de la infancia.»
A lo cual le contesta el buen hidalgo:
—Si finezas obligan, ya obligada
Tenéis mi voluntad; si cortesías
Engendran cortesías, con el alma
Os digo que la vuestra y las de Roque
Deben de ser parientas muy cercanas.
Llevadme á donde vos, señor, quisiéredes;
Que allí donde con vos gustoso vaya
Yo me tendré por muy favorecido
Si serviros en algo se me alcanza.»

Con palabras no menos comedidas
Que las que ya dejamos consignadas,
Contestó á Don Quijote el caballero
Que se empeñó en llevárselo á su casa.

Sonaron chirimías y atabales
Y al compás de esta música gallarda,
Rodeándole todos los ginetes,
Para la gran ciudad, pónense en marcha;
Mas al entrar en ella, quiso el malo
Que lo malo dispone, ordena y manda,
Que insolentes muchachos atrevidos,
Que en ser malos al malo siempre ganan,
Hicieran de las suyas, colocándose
En medio de la alegre cabalgata.
Y dos de ellos, traviesos, se pusieron
Detrás de Don Quijote y Sancho Panza;
Y alzándole la cola á Rocinante
Y al rucio, los malditos les encajan
Debajo de ellas dos sendos manojos
De sutiles punzantes aliagas.

Sintieron los cuitados animales
Aquella nueva espuela improvisada.
Y cuanto más quitársela pretenden
Más en su parte posterior la clavan.
En vano aprietan con furor los rabos;
Crece el disgusto, auméntase su rabia
Y dando mil corcobos y respingos
Al suelo arrojan su viviente carga.
Don Quijote corrido y afrentado
Aquel plumaje presuroso arranca
De la cola del pobre matalote
Imitándole al punto Sancho Panza.

Quisieran los apuestos caballeros
Que á Don Quijote y Sancho acompañaban
Castigar con rigor á los pillastres
Que hicieron semejante muchachada,
Mas no lo consiguieron, porque había
De tunos infantiles una plaga,
Pasando ya de mil los que en pos iban
Produciendo una horrisona algarada.
Volvieron á subirse los caídos
Y con el mismo aplomo, pompa y gala,
Seguidos del enjambre de muchachos
Que sin saber por qué victoreaban,
Al compás de su música llegaron
A una notable y espaciosa casa

En la cual se alojaron con gran gusto
Del dueño que hasta ella les guiara
Y de los dos insignes forasteros
Que de tal ovación participaban.

CXXIV

Exhibiciones.—Sarao.

ERA el huésped del bravo Don Quijote
Hombre afable y discreto; y le gustaba,
Á fuer de rico y joven, dar sus bromas
Mas ó menos ligeras ó pesadas.
Llamábase según la historia cuenta
Don Antonio Moreno; y fué la carta
De Roque para él un grande estímulo,
Pues veía una fiesta en lontananza.
Así, pues, cuando tuvo al caballero
Alojado, cual queda dicho, en casa,
Lo primero que hizo fué quitarle
Todas sus feas y vetustas armas.

Hiciéronlo en el acto sus domésticos
Y quedó el caballero con tal facha,
En su estrecho vestido agamuzado,
Que daba risa su figura escualida.
Hecho esto, logró sacarle á vistas
Con tan innoble y fementida estampa
Á un soberbio balcón; precisamente
Cuando llena la calle se encontraba
De curiosos y chicos que al hidalgo
Como á mona corrida contemplaban.

Pasaron por delante los ginetes
Luciendo sus monturas y sus galas,
Y Don Quijote alegre y satisfecho
Vió trasponer á la gentil comparsa
Que haciéndole saludos amistosos
Se perdía en las calles inmediatas.

Entre tanto, el buen Sancho, al ver las muestras
De deferencia que á su amo daban,

Evocando recuerdos del pasado
Creía ver con gusto renovadas
Las escenas grandiosas de las bodas
De Camacho, la cómoda abundancia
De que gozó durante algunos días
En casa de Don Diego de Miranda
Y los platos sabrosos y magníficos
Con que los buenos Duques le obsequiaban.

Y á decir la verdad, descaminado
No iba en sus deseos y esperanzas,
Que esta vez la comida fué soberbia,
Suculenta, risueña y animada.
Convidó Don Antonio á sus más íntimos
Amigos, y estos buenos camaradas
Trataron con tal mimo á Don Quijote
Prodigándole tantas alabanzas,
Lo mismo que al gran Sancho cuya historia
Su amo refirió de buena gana
Trayendo á colación lo del gobierno
De la insigne y famosa Barataria,
Que huecos y esponjados, parecían
Que de placer y orgullo reventaban.

Terminado el banquete, Don Antonio
Se llevó á Don Quijote á cierta estancia
En la cual se encerró, y con gran misterio
Le hizo ver lo que allí dentro guardaba.

Era una mesa al parecer de jaspe
De un solo pie, sobre la cual se alza
Una cabeza ó busto que de bronce
Pareció á Don Quijote al contemplarla.
No había más adorno en todo el cuarto,
Cuyo centro la tal mesa ocupaba,
Y en derredor de ella muchas vueltas
Dieron los dos sin pronunciar palabra
Diciendo aquel por señas: chito, chito,
Y esperando el hidalgo que le hablara.

Cesó al fin Don Antonio en sus paseos
Y dijo lo siguiente en voz muy baja:
— Ya, señor Don Quijote, que seguros
Estamos de que aquí nadie se halla
Que nos pueda escuchar, y que la puerta
Tenemos por fortuna bien cerrada,

Voy á contarle un caso peregrino
Que tal vez constituye la más rara
Aventura que puede imaginarse;
Mas le suplico antes de mostrársela
Que la guardé en los últimos retretes
Del secreto.—Por mí será guardada,
Replica el digno hidalgo, en lo más hondo
De las concavidades de mi alma.

Así lo juro, y si preciso fuere
Yo le echaré una losa encima para
Mayor seguridad; pues le prevengo
Que si á mí se me dice en confianza
Una cosa, esa cosa, si es secreta,
A los abismos del silencio pasa.

—En fe de esa promesa, que yo acepto,
Respondió Don Antonio, será clara
Mi franca explicación, dadme la diestra,
Tocad esta cabeza extraordinaria
Y decidme si en ella notais algo
Que indique que está viva y animada.

Diciendo así y tomándole la mano
Le hizo tentar aquel trozo de estatua
Y la mesa también y el pie de jaspe
Que la mesa y el busto sustentaba.
Nada de sorprendente halló el hidalgo
Pues la escultura rígida y callada
Inmóvil en su sitio, parecía
Maciza, fuerte, y sin ninguna maca.
Visto lo cual le dijo Don Antonio:

—Esta cabeza ha sido fabricada
Tal cual la veis y la palpais ahora,
Por uno de los más insignes sátrapas,
Sabios encantadores y hechiceros
Que han poblado los mundos de la magia.
Era polaco de nación, discípulo
Del famoso Escotillo, de quien tantas
Maravillas se cuentan, el cual vino
A hospedarse una vez aquí á mi casa
Y fijando por precio mil escudos
Me labró esta cabeza que ahora calla;
Pero que tiene la virtud recóndita
De responder á todo el que le habla

No siendo en viernes, pues los viernes muda
Permanece y no dice á nadie nada.
Mañana será sábado, y vereis
Cómo contesta al punto á todas cuantas
Preguntas le dirigen; id pensando
Las vuestras y hasta entonces en el alma
Guardad este secreto; que si el Santo
Oficio de estas cosas se enterara
Dios sabe dónde iría mi cabeza...
La propia digo, no la figurada.»

Dejó de hablar el huésped, y el hidalgo
Atónito quedó y apenas daba
Crédito á tal noticia; pero viendo
Que era el plazo tan breve, con cachaza
Quiso esperar hasta el siguiente día
La prueba prometida; dió las gracias
A Don Antonio, y ambos se salieron
De la desierta y misteriosa estancia,
Reuniéndose al instante con los otros
A quienes Sancho entreteniendo estaba
Contando las proezas de su amo
Y sus propias magníficas hazañas.

Después cuenta la crónica verídica
Que aquella misma tarde, por dar largas
A su placer, sacaron á paseo
A Don Quijote, el cual salió sin armas
Vistiendo un balandrán de grueso paño
Color leonado, que según declara
Cide Hamete, podía en aquel tiempo
Hacer sudar al hielo y á la escarcha.
No iba esta vez montado en Rocinante
Sino en un mulo de andadura llana,
Y en aquel balandrán que le pusieron
Iba un cartel prendido en las espaldas
Donde con letras gordas escribieron:
«Este es Don Quijote de la Mancha.»

Dió Don Antonio orden de que nadie
Permitiera salir á Sancho Panza,
Que esta vez se quedó muy complacido,
Con la señora y gentes de la casa.
Finalmente, el paseo fué animado
Pues no bien el letrado divisaban

Las gentes, en voz alta repetían:
—«Este es Don Quijote de la Mancha.»
De lo cual admirado Don Quijote
Se volvió á Don Antonio que marchaba
Junto á él y le dijo:—Es sorprendente
Y admirable en verdad la inmensa fama
Que tienen los andantes caballeros,
Pues viendo estoy que todos los que pasan,
Inclusos los muchachos, me conocen
Sin haberme jamás visto la cara.
—Es cierto, respondióle Don Antonio,
Y esto demuestra que el valor alcanza
Triunfos y lauros que gozar no pueden
Mas que aquellos que empuñan bien las armas.»

Callaron y siguieron su camino
Causando admiración, chacota ó lástima;
Y no faltó un ingénuo castellano
Más quijote que el mismo á quien tachaba,
Que al leer aquel rótulo le hiciese
Como á boca de jarro una descarga
De frases atrevidas y groseras,
Dado que siempre la verdad enfada.
—¡Válgate el Diablo! dijo ¿quién te trajo
A esta hermosa ciudad? ¿cómo te escapas
Del diluvio de palos que te dieran
En tus locas empresas temerarias?
Vuélvete pronto, mentecato, vuélvete
Otra vez á tu pueblo y á tu casa
Y no sorbas el seso á estos incautos
Que imprudentes te miman y agasajan
Confirmando el refrán aquel que indica
Que para hacer cien locos uno basta.»

Calló el apostrofante, y Don Antonio
Le despidió con cajas destempladas
Haciéndole notar que no era lícito
El meterse en camisa de once varas.
—Teneis razón, repuso el consejero,
Y os juro con las veras de mi alma
Que jamás volveré necio á intrusarme
En sitio alguno en donde á nadie llaman.»

Hizo un saludo y se alejó; los otros
Siguiéron paseando; mas fué tanta

La gente que acudió, que Don Antonio
Temiendo que el hidalgo se escamara,
Acercándose á él con disimulo
Arrancóle el cartel de las espaldas.

Acabóse la tarde, y escoltados
Por necios y curiosos papanatas,
Don Quijote, Moreno, y sus amigos
Regresaron por fin á su morada.
Y fué lo lindo y á la vez lo grave
Del caso que las crónicas relatan,
Que la mujer de Don Antonio que era
Discreta, hermosa y distinguida dama,
Convidó á sus amigas, suplicándoles
Que aquella noche fuesen á su casa
Para honrar á su huésped, disfrutando
De sus locuras y salidas raras.

Vinieron en efecto algunas de ellas,
Cenaron con espléndida abundancia
Y á las diez comenzó el gran sarao
Con asistencia de elegantes damas.
Entonces dos de éstas que tenían
Genio alegre y burlón, con mucha gracia
Sacaron á bailar á Don Quijote;
Y tanta priesa dieron á su danza
Que según asegura Cide Hamete
A la vez le molieron cuerpo y alma.
Y era cosa de ver, según afirman,
La figura de aquel hombre fantasma,
Largo, tendido, flaco, amarillento,
Estrecho en el vestido, desairada
La postura, queriendo ser muy ágil
Y no teniendo de ligero nada.

Y entretanto las bellas damiselas
Como á hurto las dos le requebraban
Y él firme, indiferente, despegado
A hurtadillas también las desdeñaba.

Fueron, no obstante, tantos los requiebros
Que impaciente, colérico y con rabia
Alzó por fin la voz y dijo:— *Fugite
Pactes adversæ*; huid, sombras livianas,
Dejadme en mi sosiego, pensamientos
Malvenidos; sabed que de mi alma

La simpar Dulcinea del Toboso
Es la única dueña y soberana.»

Esto dijo, y sentándose en el suelo
Precisamente en medio de la sala,
Rendido, jadeante, sudoroso,
Lanzó un suspiro y se quedó sin habla.
Entonces Don Antonio dió la orden
De que en vilo á su lecho le llevaran,
Y el primero que de él asíó fué Sancho
Que con enojo dijo estas palabras:
—Nora en tal, señor amo, que lo hicísteis
Lindamente con tales contradanzas;
Bien os han jaleado estas señoras
Que así os han hecho menear las tabas.
Habeis danzado bien; ¿mas quién os dijo
Que los andantes caballeros bailan,
Ni desde cuándo acá son danzadores
Los que manejan como vos las armas?
Hombre existe, señor, que no se atreve
A matar á un gigante, que por nada
De este mundo querrá hacer cabriolas
Que bien no sientan en quien tiene barbas.
Si se tratase de un zapateado
Yo al momento supliera vuestra falta
Que como un girifalte zapateo
Aunque en lo del danzar no doy puntada.»

Esto dijo con gran contentamiento
De todos, el insigne Sancho Panza,
Que llevándose á cuestras á su amo
Medio dormido lo dejó en su cama.

CXXV

La cabeza encantada.

DURMIÓ bien y á pierna suelta
Nuestro insigne caballero
Que á la mañana siguiente
Se despertó muy contento.

Pensando en su Dulcinea
Abandonó al punto el lecho
Y se estuvo acicalando
Hasta la hora del almuerzo.
Vino á verle Don Antonio;
Desayunáronse luego
Y trasladándose juntos
Al misterioso aposento
De la cabeza encantada,
Guardaron todos silencio.

Halláronse allí reunidos
Con Don Antonio Moreno
La esposa de éste, el bravísimo
Don Quijote y su escudero,
Las dos damas que al hidalgo
Tanto en el baile molieron
Y dos amigos de casa
Que estaban en el secreto
Y que á no hallarse enterados
Acaso sintieran miedo.

Encerráronse con llave;
Y Don Antonio al momento
Les dijo que iba á probar
Por vez primera el efecto
De la cabeza parlante
Que adquirió á subido precio.

Hablando así, en preguntarla
Quiso ser también primero,
Y llegándose á su oído
Con breve y sumiso acento,
Aunque no muy apagado
Puesto que todos le oyeron,
Dijo:—Cabeza encantada,
Por la virtud que yo creo
Que tienes, dime si sabes
Cuáles son mis pensamientos.

No bien dijo estas palabras
Rompió el profundo silencio
La cabeza; y in mover
Sus labios, respondió:—A eso
Yo no puedo contestarte
Porque en las almas no entro.

Quedaron todos atónitos
Admirados y suspensos
Al oír al bronce duro
Expresar tales conceptos;
Mas su emoción dominando
Volvió á preguntar Moreno:
—Dí, cabeza inteligente,
Si no es para tí molesto,
¿Cuántos somos los que estamos
Aquí tu palabra oyendo?
—Estáis, respondió al instante
El busto con gran sosiego,
Tú y tu mujer; dos amigas
De ésta, y otros dos sujetos
Amigos tuyos; y á más
De los que citados dejo,
Se halla también á tu lado
Un famoso caballero
Que se llama Don Quijote
De la Mancha, y que es espejo
Flor y nata de los héroes
Más célebres de estos tiempos,
Junto al cual también se encuentra
Sancho Panza su escudero.»

Al escuchar estas frases
Los circustantes perdieron
El color, y fué su espanto
Tal, que erizó sus cabellos.
A pesar de todo, hizo
Don Antonio un grande esfuerzo
Y exclamó con voz turbada:
—Bien claro, cabeza, veo
Que aquel que te me vendió
Era un mágico perfecto,
Y que tú por respondóna
Y lista no tienes precio.
Lléguese ahora el que quiera
Y pregunte con respeto;
Que ante cabeza tan sabia
Hay que quitarse el sombrero.»

Llegó entonces una amiga
De la esposa de Moreno,

Que como mujer estaba
Curiosa en un grado extremo,
Y preguntó:—Dí, cabeza,
Dime ¿qué es lo que haer debo
Para parecer hermosa?

—Sé honesta y serás un cielo.»

Esto la cabeza dijo,
Y á la preguntanta luego
Saliéronle los colores
Que su rostro embellecieron.

Acercóse la otra dama
Y se expresó en estos términos:

—Sólo quiero que me digas
Si me tiene verdadero
Amor mi esposo.—Contempla
Sus obras, dijo al momento
La cabeza; que por ellas
Podrás al punto saberlo.»

—Eso, añadió la casada,
Es verdad, y visto tengo
Que las obras son amores
Y las palabras son viento.

Llegó después un amigo
De Don Antonio, diciendo:
—¿Quién soy yo? y en el instante

—Tú lo sabes, respondieron.
—No es eso lo que pregunto;

Lo que yo de tí pretendo,
Es que me digas, cabeza,
Si me has conocido.—Creo
Que con decirte que eres
Don Pedro Noriz, lo muestro.»

—Tienes razón, y ninguna
Otra cosa saber quiero;
Que con escucharte basta
Para juzgarte un portento.»

Apartóse el de Noriz;
Llegó el otro amigo luego
Y preguntó:—Dí, cabeza,
¿Podré saber los deseos,
Que mi hijo el mayorazgo
Abriga en su pensamiento?

—Sobre lo que tú preguntas
Dijo la voz, nada puedo
Responderte, pues ya sabes
Que en las almas no penetro.
Mas así y todo, presumo
Que tu inmediato heredero
Lo que quiere es enterrarte
Para vaciar tus talegos.

—Dices muy bien, eso toco
Y señalo con el dedo,
Que el tener hijos ingratos
Es igual que criar cuervos
Que nos arranquen los ojos
Cuando lo esperamos menos.

Siguióse una breve pausa
Y la mujer de Moreno
Que se acercó á la cabeza
Tornó á romper el silencio
Diciéndole:—Yo tan sólo
En este instante apetezco
Saber, cabeza encantada,
Si he de gozar mucho tiempo
De mi buen marido.—Justo
Es sin duda tu deseo,
Volvió á decir la cabeza;
Y yo, buena esposa, infiero
Que gozarás luengos años
De su dulce y puro afecto,
Pues con tu solicitud
Él vivirá satisfecho
Y su salud y templanza
Y su buen comportamiento
Harán prolongar su vida;
La cual malgastan los necios
Que entregándose á los vicios
Suelen destruir sus cuerpos.

Retiróse la señora
De Don Antonio Moreno
Y en seguida Don Quijote
Preguntó impaciente y trémulo:
—Dime tú, que así respondes
A todos con tanto acierto:

¿Fué verdad lo que en la cueva
De Montesinos yo cuento
Que me pasó, ó fué producto
De algún fantástico sueño?
¿Serán verdad los azotes
Del buen Sancho, mi escudero?
¿Conseguiré el desencanto
De Dulcinea? Habla presto,
Habla, cabeza encantada,
Que ya de impaciencia muero.»

Dejó de hablar el hidalgo
Y al instante respondieron:
—De lo de la cueva hay mucho
Que decir; pues en efecto
Tiene de todo; la tunda
De Sancho irá á pasos lentos
Y el desencanto que esperas
Tendrá su debido efecto.»

—Entónces, dijo el hidalgo,
Nada más saber anhelo,
Que con tan dulce esperanza
Por venturoso me tengo.»

Tocó al fin el turno á Sancho
Y con gran comedimiento
Preguntó:—Dime, cabeza:
¿Tornaré á tener gobierno?
¿Saldré de las estrecheces
Del oficio de escudero?
¿Volveré á ver á mis hijos
Y á mi mujer tarde ó presto?»

Hechas estas tres preguntas
De este modo respondieron:
—Gobernarás en tu casa,
Si á ella vuelves; y en volviendo
Verás á tu esposa y prole
Con mucho contentamiento;
Y si dejas de servir,
Libre estarás de tu empleo.
—Bien está, repuso Sancho,
Te explicas que es un portento
Y el profeta Pero Grullo
No dijera más ni menos.

—Bestia! exclama Don Quijote;
¿Qué es lo que estás ahí gruñendo?
¿Qué quieres que te respondan?
¿No te basta, majadero,
Que esta cabeza esté acorde
Con las preguntas que has hecho?
—Sí basta, respondió Sancho;
Mas yo quisiera que al menos
Algo más se clareara
Para formar mi conceto.»

Aquí declara la historia
Que se acabó el tiroteo
De preguntas y respuestas;
Mas no terminó por eso
La admiración y el asombro
Que todos allí sintieron,
Fuera de los dos amigos
De Don Antonio Moreno,
Que según dijimos antes
Estaban en el secreto.

Y á fin de que los lectores
No estuviesen por más tiempo
Fluctuando entre las dudas
Que engendraba tal misterio,
Cuenta el moro Cide Hamete
Que el busto aquel no fué hecho
Por arte de magia alguno
Ni por ningún hechicero;
Sino que fué construído
Ateniéndose al modelo
De otro que en Madrid tenia
Ciertó famoso estampero.
No eran de bronce macizo
La cabeza, hombros, y pecho,
Ni era de jaspe la mesa
Que le servía de asiento.
Todo estaba hecho de talla
En madera y todo hueco
Bien pintado y barnizado
Tocaba en el pavimento,
Sin que nadie ver pudiera

Que atravesaba su centro
Un cañón de hojadelata;
El cual, taladrando el techo,
Bajaba directamente
Á un inferior aposento
En el cual se hallaba oculto
Un sobrino de Moreno
Á cuyo oído llegaba
De las preguntas el eco;
Y por el mismo conducto
Apercibido y discreto
Enviaba sus respuestas
Formuladas con acierto
Por conocer de antemano
A los que arriba estuvieron.

Y cuenta también la historia
Referente á este suceso,
Que la cabeza encantada
Duró poquísimo tiempo,
Pues divulgándose á poco
Sin dar en el gatuperio,
Que una cabeza de bronce
Hablaba con tanto sêso,
Temió Don Antonio verse
Metido en un grave aprieto,
Dado que el vulgo ignorante
Es tan malo como necio.
Así, pues, declaró el caso
Á dos estirados miembros
Del Santo Oficio, y los graves
Inquisidores le hicieron
Desbaratar al instante
Su inocente pasatiempo.

Así acabó la cabeza
Encantada, sin saberlo
Don Quijote que la tuvo
Por obra de un hechicero,
Y creyó en sus vaticinios
Con igual convencimiento
Que si consultado hubiese
Al oráculo de Delfos.

CXXVI

La imprenta.

DESDE muy remotas épocas
Fué Barcelona ciudad
Que en el arte tipográfico
Nadie la pudo emular,
Como por sus grandes fábricas
Su incesante actividad
Y sus esfuerzos titánicos
Apenas tiene rival.

Por esta razón el ínclito
Don Quijote quiso entrar
En una imprenta magnífica
Que vió por casualidad.
Iba aquel día sin séquito
Cual simple particular
Corriendo á pie llano el dédalo
De la extensa capital.
Sólo Sancho acompañábale,
Y tan sólo iban detrás
Para guiarles, dos fámulos
De la casa en donde están.

Con ellos pasó el vestíbulo
Dejando el pórtico atrás
Y en salas espaciosísimas
Se detuvo á contemplar,
Moldes y prensas y máquinas
Con otras cien cosas más.

Por aquí salían rápidos
Los pliegos impresos ya,
Y las letras y los números
Se agitaban sin cesar
Entre expertas manos hábiles
Que al pesado plomo dan
Lenguaje; vida y espíritu
Para que el alma inmortal

— ROMANERO DEL INGENIOSO HIDALGO —

Sus ideas incorpóreas
Legue á la posteridad
Fijas en eternas páginas
Que cual luciente fanal
Alumbran los hondos piélagos
Que surca la humanidad.

Esto nuestro hidalgo célebre
Pensaba al ver funcionar
Con precisión matemática
Aquel mónstruo colosal
Pesado y breve; y con ávidos
Ojos veía brotar
Largas columnas simétricas
De ennegrecido metal.

Aquí con destreza rápida
Compone un cajista; allá
Otro distribuye; sácense
Pruebas que á las manos van
De los correctores; fórmanse
Planas; se oyen rechinar
Las prensas y los cilíndricos
Rodillos que tinta dan.
Y entre aquel sublime vértigo,
En aquel caos singular
Brotó una luz pura, espléndida
Que no se extingue jamás.

Tal vez ese arte magnífico
Alguno suele burlar;
Tal vez miserables zánganos
Muestran su incapacidad
O sus intenciones pérfidas
O sus ansias de medrar
Embadurnando impertérritos
De el papel la tersa faz,
Ora con obras impúdicas
Que rechaza la moral,
Ora con libros insípidos
Que con su frivolidad
Sin entretener el ánimo
Vienen tan sólo á enturbiar
De la ilustración benéfica
El hermoso manantial.

Algo de esto nuestro héroe
Pudo al momento observar,
Pues tropezó con un prójimo
Traductor insustancial
Que falto del noble estímulo
Que es de los genios imán,
La gloria y la fama póstuma
Despreciaba, por ganar
Con sus tareas no ímprobas
Algún pedazo de pan,
Diciendo que él era idólatra
Del provecho material,
Y que el buen concepto público
No vale un cuatrín jamás
Si el pobre escritor, que es tímido,
Hambriento y desnudo está,
Y con elogios estériles
Le premia la sociedad
Cuando no le sorbe el tuétano
Algún crítico mordaz.

Del toscano traduciéndolo
Un libro á la prensa dá,
Mas después de larga plática
Pudo el hidalgo notar
Que aquel traductor famélico,
Avaro como el que más,
No poseía el más mínimo
Conocimiento cabal
Del toscano, ni su indígena
Lengua dominó jamás.

Así, pues, poniendo término
A su charla pertinaz,
Fué Don Quijote alejándose
De aquel ente singular
Deseándole buen éxito
Y mucha felicidad
En sus empresas lingüísticas
Y en su traducir fatal.

Luego recorrió otros ámbitos;
Y en apartado lugar
Vió que estaban muy solícitos
Corrigiendo con afán

Un pliego de un libro inédito
Que le debió de gustar
Tan solo al leer su epígrafe
Claro, breve y substancial.

Luz del alma era su título,
Y él dijo sin vacilar:

—Estas son lecturas útiles
Que salud y vida dan
A desalumbrados ánimos
Que en el pecado mortal
Viven, pues yacen inmóviles
En perpétua obscuridad.»

Aquí llegaba el monólogo
De nuestro hidalgo simpar,
Cuando suspendió de súbito
Su paseo matinal.

En un espacioso ángulo
Del salón en donde está,
Vió corregir otras páginas,
Y al verlas sintió estallar
Dentro del pecho la cólera
Que puso roja su faz.
¿Picóle tal vez un tábano?
¿Tembló la tierra quizás?
¿Vió algún terrible espectáculo
Que le hizo trasudar?

Nada hubo de esto, lo único
Que vió de triste y fatal
Fué que aquel libro maléfico
Que á la estampa iban á dar
Era la incierta, *la apócrifa*
Segunda parte falaz

De su vida, de sus méritos,
De su personalidad
Escrita bajo un seudónimo
Que afirmó ser *natural*
De Tordesillas, no siéndolo;
Lo cual arguye maldad.

—Oh! dijo con labio trémulo
Don Quijote sin tardar;
¿También este autor malévolo
Vino á esta hermosa ciudad

Para ponerme en ridículo
Con torpe y mezquino afán?
Yo en conciencia figurábame
Quemado ese libro ya,
Pues sólo contiene fábulas
Indignas de un hombre leal
Y viles calumnias pérfidas
Que se debén rechazar.
Mas puesto que se halla incólume
La prueba de su maldad,
Caiga sobre él la pública
Reprobación general.
Lo que aquí en la imprenta hiéreme
La imprenta lo vengará
Perpetuando un hecho histórico
Que envuelve un acto brutal.
A todo vil puerço llégale
Su San Martín, el refrán
Lo afirma, y es segurísimo;
Paciencia y buen barajar.»
Esto dice no sin énfasis
El caballero inmortal,
Y de la imprenta retírase
Para no volver jamás.

CXXVII

El caballero de la Blanca Luna.

DESPUÉS de otros incidentes
Y sucesos peregrinos
Que por abreviar la historia
Forzosamente omitimos, (27)
Armado de todas armas
Salió el hidalgo perínclito
Una mañana temprano
A pasear por los sitios
En donde el mar se desmaya
Y entrega, como vencido,

Sus olas de blanca espuma
Al arenal movedizo.

Iba el guapo Don Quijote
Armado cual hemos dicho,
Por ser su divisa eterna
El vivir apercebido.

— Mis arreos son las armas,
Repetía con ahinco;
Mi descanso el pelear,
Y el defenderme mi oficio.

Diciendo así, caminaba
Por la playa pensativo,
Cuando un ginete arrogante
Se atravesó en su camino.
Armado de punta en blanco
Llegaba el tal individuo
Con la visera calada
Para no ser conocido.
Montaba sobre un caballo
Ligero y de muchos bríos,
Y en el escudo ostentaba
Con resplandeciente brillo
Bella y plateada luna
En campo sinople; indicio
De una halagüeña esperanza
Que alumbra un astro benigno.

Después, llegándose á trecho
Que podía ser oído,
Encaminó sus razones
A Don Quijote y le dijo:
— Insigne y buen caballero,
Que por ser el prototipo
De los andantes varones
Cifnes laureles y mirtos;
Tú, jamás como se debe
Alabado y bendecido
Por tus proezas, tus méritos,
Tu bondad y tu heroísmo,
Sabe, noble Don Quijote
De la Mancha, señor mio,
Que yo soy el caballero
De la Blanca Luna; el mismo

Que por sus muchas hazañas
Goza universal prestigio,
No porque embaúque á nadie,
Sino porque venzo y rindo
En ruda lid á mis émulos
Y á mis fieros enemigos,
Según la pública fama
De seguro te habrá dicho.
Yo he venido aquí á buscarte
Para contender contigo
Y probar la fuerza indómita
De tu brazo potentísimo,
Haciéndote conocer
Y confesar, sin ser díscolo,
Que mi dama, sea quien fuere,
Es de hermosura un prodigio
Mil y mil veces más grande,
Más celestial, más divino,
Que la joven Dulcinea
Del Toboso, que es tu ídolo.
Si esto por bien me concedes,
Si proclamas lo que digo,
Me excusarás el trabajo
De cortarte el cuello mísero
Privando al mundo de un hombre
Que cual tú vale tantísimo;
Mas si te niegas á ello
Y luchar quieres conmigo,
Sábetelo ¡oh gran Don Quijote!
Que yo aquí te desafío,
Declarando de antemano
Que si vencerte consigo,
Cual vencedor me reservo
Ser dueño de tu albedrío,
Imponiéndote tan sólo
Que un año vivas tranquilo
Retirándote á tu pueblo,
Sin que por ningún motivo
Hagas uso de tus armas,
Dedicándote solícito
Al cuidado de tu hacienda
Con tu familia y amigos;

Pues á tu alma y tu cuerpo
Importa tal sacrificio.
Por lo demás, si me vences
Mi vida queda á tu arbitrio,
Tuyos serán mis despojos
En franca lid adquiridos;
Tuyos mi caballo y armas,
Y porque lo juzgo lícito
Tuyos serán para siempre
Todos los laureles míos.»

Calló el de la Blanca Luna
Después de haberle advertido
Que sólo un día le daba
Para evitar el conflicto;
Mas Don Quijote, que atónito
Se mostraba, y confundido
Al mirar tanta arrogancia
Por tan fútiles motivos,
Con sosegado reposo
Y ademán severo dijo:
—Caballero de la Blanca
Luna, que ostentais los títulos
De cien hazañas que nunca
Llegaron á mis oídos;
Caballero que intentais
Sacar las cosas de quicio
Solicitando que mientan
Labios que nunca han mentido;
Vos que á mi dama ultrajásteis
Aunque nunca la habreis visto,
(Pues si visto vos la hubiérades
No pecárais de atrevido
Suponiendo que en el mundo
Haya un sér más peregrino
Que mi ilustre Dulcinea
Por quien muero y por quien vivo);
Ved bien lo que es ella y luego
Rectificad vuestros juicios.
No quiero al rostro lanzaros
Un mentís rotundo y rígido,
Que soy cortés y no toco
Con mi lengua al enemigo,

Siendo así que gasto espada
Y á mi acero me remito.
Sabed que estais engañado
Y que acepto el desafío
Con las mismas condiciones
Que vos, señor, habeis dicho,
Exceptuando la herencia
De esos laureles magníficos
Que decís habeis ganado
Y que yo no necesito,
Pues me basta con los muchos
Que por mí tengo adquiridos.
Y puesto que según dicen
El tiempo es oro purísimo,
No desperdiciéis el vuestro,
Partid el campo ahora mismo;
Tomad todo el que quisiéredes
Mientras que yo tomo el mio
Y aquel á quien Dios no otorgue
El triunfo, quede vencido
Sometiéndose á las cláusulas
Que habeis dictado vos mismo.»
No bien dijo esto el hidalgo,
Sus caballos respectivos
Volvieron, para atacarse
Á cuál más enfurecidos.

CXXVIII

Percance fiero.

IBAN ya los dos ginetes
Á volverse de improviso;
Mas sucedió al propio tiempo
Que por cercano camino
Se vió avanzar al virey
Que con algunos amigos,
Entre los cuales se hallaba
Moreno, llegó á aquel sitio

Y halló á los dos contendientes
Dispuestos á hacerse añicos.

Púsose el virey en medio
De ambos, y saber quiso
La causa que motivaba
Aquel duelo repentino.
Á lo cual, el caballero
De la Blanca Luna hizo
Por contestar, explicándole
Cuanto ya dejamos dicho.

Oyó el virey la respuesta
Que en nada le satisfizo;
Mas sabiendo que el hidalgo
No tenía entero el juicio,
Presumió que era una burla
Que le habrían prevenido.
Llamó aparte á Don Antonio,
Le preguntó, y éste dijo
Que aquel otro combatiente
Le era desconocido.

Quedó el virey admirado
Y estuvo un rato indeciso
Sobre si admitir debía
O no, aquel duelo rarísimo
Presenciando la batalla
Que él había interrumpido;
Mas sin poder persuadirse
De que no era un artificio
Todo aquello, complaciente
Siguiendo la broma dijo:
—Si aquí no hay otro remedio
Que el confesarse convicto
O morir, y Don Quijote
En sus trece se ha metido
Mientras se está en sus catorce
Este campeón bravísimo,
A la mano de Dios queden
Y dénse, pues lo han querido.»

Agradeció el de la Blanca
Luna con discretos giros
Y muy corteses razones
Aquel superior permiso,

Mientras que el buen Don Quijote
A su vez hizo lo mismo,
Encomendándose luego
Con fé y ánimo contrito
A Dios y á su Dulcinea,
Tal como siempre lo hizo
Antes de entrar en batalla
O de arrostrar un peligro.

Después, partieron el campo,
Y sin trompeta ni aviso,
De algún instrumento bélico
Que les infundiera bríos,
Volvieron los dos las riendas
A sus caballos; mas quiso
Dios, ó la mala ventura
De nuestro valiente amigo,
Que Rocinante que estaba
Ya algo más muerto que vivo,
No pudo aguantar el choque
Del cuadrúpedo enemigo
Que arremetiéndole fiero
Le hizo caer de improviso
Arrastrando á Don Quijote;
El cual arrojó un suspiro
Y se sintió lastimado
Y un tanto desvanecido.

Entonces, el caballero
De la Blanca Luna vino
Sobre él, púsole encima
De la visera el cuchillo
De su lanza, y con imperio
Estas palabras le dijo:
—Vencido estais, caballero;
Y puesto que estais vencido,
Muerto seréis al instante
Si no cumplís como digno
Y bueno, las condiciones
Que los dos nos impusimos
Antes de llevar á cabo
Nuestro mortal desafío.»

Calló el triunfador, y el triste
Don Quijote, que aturdido

Estaba, sin levantarse
La visera, al punto hizo
Un esfuerzo sobrehumano,
Y dando al aire un gemido
Que parecía escaparse
De un hondo sepulcro frío,
Con voz turbada y doliente
Así cuentan que le dijo:
—Dulcinea del Toboso
Es el ángel más divino
Que hay en el mundo, y yo triste
Que así á tus plantas me miro,
El sér más desventurado,
El caballero más digno
De lástima, que en la tierra
Jamás los hombres han visto.
No es bien, no es bien que defraude
Mi flaqueza lo que he dicho,
Que es la verdad una sola
Aun en los labios de un mísero.
Aprieta tu lanza, extingue
Esta vida que abomino;
Y pues destruyes mi honra,
Mátame; te lo suplico.
—Eso no haré yo, jamás,
Contéstale su enemigo;
Viva en toda su entereza
La fama que ha conseguido
Por su simpar hermosura
Y su carácter bellissimo
La señora Dulcinea
A quien respeto y admiro.
Yo tan sólo me contento
Con que el célebre caudillo
Don Quijote de la Mancha,
A quien sus glorias no quito,
Pues glorias como las suyas
Jamás caen en el olvido,
Se retire á su lugar
Un año ó más, si el destino
Lo quiere, y á mí me place
Según lo hemos convenido.

Calló el de la Blanca Luna,
Y el virey con sus amigos
Que presenciaron el caso,
Se mostraron aturdidos
Al oír á Don Quijote
Que angustiado, triste y tímido,
Respondió, que todo cuanto
No redundara en perjuicio
Del honor de Dulcinea
Lo cumpliría sumiso.

No bien esto su adversario
Escuchó, un saludo hizo
Al virey con la cabeza;
Y sin más, acto continuo,
Dando riendas al caballo
Alejóse de aquel sitio
Dejando á todos atónitos
Y á Don Quijote molido.

Mandó el virey á Moreno
Seguir al desconocido
Para averiguar quién era
El que tuvo tal capricho;
Y levantando al hidalgo
Para ver si estaba herido
Le descubrieron el rostro
Que estaba pálido, frío
Y trasudado; advirtiéndole
A la vez, que el flaco y tísico
Rocinante, se encontraba
Medio muerto y casi rígido.

Finalmente, Sancho Panza,
Lleno de espanto, afligido,
No sabía qué decirse
Ni qué hacerse el pobrecillo,
Pues aquello, parecíale
Un largo sueño fatídico,
Máquina de encantamento
Y terrible maleficio.

Ver á su señor postrado,
Ver á su amo rendido,
Sin poder usar sus armas
Durante un año.....—Oh ¡Dios mío!

Exclamaba; esto es horrible;
Los dos vamos á morirnos.
La luz que alumbró sus glorias
Apagó ese hombre maldito;
Ya no hay farol que nos guíe
Y nos ponga en buen camino.
Quedará tal vez contrechó,
Rocinante, yo tullido,
Y deslocado mi amo,
Deslocado! ¡qué conflicto!»

Así se expresaba Sancho
Arrojando mil suspiros,
Hasta que en silla de manos
Fué á la ciudad conducido
Don Quijote, que yacía
Desmayado, tieso y lívido.

CXXIX

Retirada.

TAL vez nuestros lectores
Habrán adivinado
Que el de la Blanca Luna
Era Sansón Carrasco.

En efecto, era el mismo
Bachiller de los diablos
Que fué hasta Barcelona
En busca del hidalgo.

Por el travieso paje
Que llevó los regalos
De la Duquesa á casa
De la mujer de Sancho,
Supo que ya no estaban
En el ducal palacio
El loco aventurero
Y el escudero sandio.
Entonces, diligente,
Buscó el mejor caballo

Y las mejores armas
Que pudo hallar á mano.
Salióse de su pueblo
Seguido de un criado
Que dichas armas lleva
Encima de un buen macho.
Con muy largas jornadas
Hasta Aragón llegaron
Y á visitar los Duques
Se fué Sansón ufano.
El Duque y la Duquesa
Con finos agasajos
Recibiéronle afables
Cual siempre campechanos.
Contáronle los hechos
Del valeroso hidalgo,
Y cómo á Dulcinea
Pintó encantada Sancho.
Dijéronle las farsas
Que habían imaginado
Y los miles de azotes
Que con su propia mano
Debía darse el pícaro
Escudero taimado
Para lograr de aquella
El feliz desencanto.

Mucho con tales cosas
Gozó Sansón Carrasco,
Diciendo á los dos Duques
Que iba determinado
A buscar nuevamente
A su iluso paisano
Por ver si conseguía
Vencerle y separarlo
De sus necias empresas
Y sueños insensatos.
—Difícil me parece,
Dijo el Duque, intentarlo,
Y aun más el conseguirlo
Pues es duro de cascos.
Mas ya que decidido
Estais á dar tal paso,

Sabed que á Zaragoza
Marchó con el buen Sancho
Dispuesto á tomar parte
En cierto simulacro
O justas, que hacen célebres
A los zaragozanos.
Buscadle allí, vencedle,
Cumplid cual buen cristiano
La obra meritoria
Que habeis imaginado.
Lo único que os ruego,
Señor Sansón Carrasco,
Es que nos deis aviso
De haberlo efectuado.»

Después de prometerlo
Se despidió en el acto,
Y marchó á Zaragoza
Siguiéndole su fámulo.
No pudo hallarle en ella,
Y asaz desconcertado
Retrocediendo un poco
Llegó á un pueblo inmediato
Donde diéronle informes
Un poco detallados.
Entonces tomó lenguas,
Trazó su itinerario
Y cautelosamente
Logró seguir los pasos
Del triste Don Quijote
Y del insigne Sancho.

Llegando á la metrópoli
Del noble Principado,
Consiguió la revancha
Del anterior fracaso.
Venciendo al caballero
Le impuso sus mandatos
Y retiróse al punto
Según queda indicado;
Mas al pisar las calles
De la ciudad, cercado
Se vió por un sinnúmero
De traviosos muchachos

Que con silbos y voces
Le atajaban el paso.
Don Antonio Moreno
Seguíale entre tanto
Y evadirse no pudo
De tan terrible asalto.
Por fin los dos ginetes
En un mesón entraron,
Y en una sala baja.
Después de desmontados,
Alzando la visera
El bachiller Carrasco
Le dijo á Don Antonio:
—No me parece extraño,
Señor, que esteis curioso
Al ver lo que ha pasado
Y que el virey os mande
Que me sigais los pasos.
Así, pues, francamente,
Mientras que me desarmo
Y este criado mío
Se encarga de estos bártulos,
Os diré por qué causa
Tan raras cosas hago.
Sabed que soy del pueblo
Donde nació el cuitado
Á quien dejo rendido
Por ver si lo rescato
De las cautividades
Del error y el engaño.
Èl siempre fué hombre probo
Y muy morigerado;
Pero perversos libros
Su juicio trastornaron.
Hízose caballero
Andante, salió al campo
Y al buscar ayenturas
Tan solo encuentra palos.
Con ese Sancho Panza,
Que es tonto rematado,
Va cosechando risas
Y produciendo escándalos.

Yo al mirar su demencia
Y al contemplar el llanto
De una sobrina y ama
Que tiene el desdichado,
De acuerdo con el Cura
Del lugar, y un paisano
Que Nicolás se llama,
Salí á su encuentro armado,
Siendo mi único objeto
Vencerle y apartarlo
De esa arrastrada vida
Que le va aniquilando.
Logré encontrarle y pronto
Vinimos á las manos;
Mas tuve la desgracia
De caer del caballo
Sobre unos maldecidos
Puntiagudos guijarros
Que tres de mis costillas
Cruelles fracturaron.
En vez de imponer leyes
Sufrí el dolor amargo
De recibir las órdenes
Del débil adversario.
Mandóme ir al Toboso;
Mas yo no le hice caso,
Pues es y fué su amada
Un ente imaginario.
Pero juré vengarme;
Venganza que hoy alcanzo
Á la vez que realizo
Un hecho humanitario.
Que si él vuelve á su casa
Será fácil curarlo
De esa fatal manía
Que todos lamentamos;
Por esto á Barcelona
Vine, y de ella me marché
Seguro de que el triste
Sabrá cumplir su pacto,
Pues aunque loco, es hombre
Veráz, digno y honrado.

Lo que tan sólo os pido
Por Dios y por los santos
Es que no le digais
Que fué Sansón Carrasco
El que logró vencerle;
Pues, de saberlo, acaso
Vería mis intentos
Por siempre malogrados,
Y pues mi nombre os dije
Y todo os lo he contado
Permitid que os ofrezca
Mi amistad y mi mano.»

Tomóla Don Antonio
Diciendo:—Grande agravio
Haceis á todo el mundo,
Pues quereis hoy privarnos
Del más gracioso loco
Que el mundo ha contemplado.
Jamás con su cordura
Veremos compensados
El gusto que nos daban
Los tiernos arrebatos
Y dulces pensamientos
De su cariño santo.
Temo por otra parte,
Señor Sansón, que en vano
Intentais volver cuerdo
Al que está rematado;
Pues curar lo incurable
Es en extremo árduo.
Por lo demás, prometo
Que por mí el buen hidalgo
Jamás sabrá que fuísteis
Su vencedor bizarro.»

De este modo siguieron
Cortesés conversando
Don Antonio Moreno
Y el bachiller Carrasco.
Habló con el virey
Aquel, y éste guardando
Sus armas, salió luego
De Barcelona, ufano

Con haber conseguido
El triunfo deseado.

.....
Mientras tanto ¿qué hacía
El infeliz hidalgo?
Ay! el triste lloraba
Sin tregua ni descanso.
Seis días en el lecho
Pasó el desventurado;
Seis días y seis noches
Que fueron siglos largos.
Marrido, triste, inquieto,
Mal acondicionado,
Yendo y viniendo siempre
Entre sueños fantásticos
Por la arenisca playa
Do el vencimiento infausto
Llegó á ocurrir; sufría
Angustias, sobresaltos
Y penas y dolores
Y lánguidos desmayos.

Al ver su amarga cuita
Consolábale Sancho
Y entre otras cosas, díjole
Con grande desenfado:
—Señor mío, levante
Vuesa merced el gallo,
Y alégrese, si puede,
Al cielo gracias dando
Por que al caer en tierra
No sufrió su espinazo,
Ni rotas sus costillas
Por fortuna quedaron
Al dar con Rocinante
Tan fiero batacazo.
Donde las dan las toman,
El tiempo hay que tomarlo
Según viene y el mundo
Está siempre rodando.
Hasta las piedras mismas
Se encuentran en el campo
Y no siempre hay tocino

Donde hay estacas; vámonos
A nuestro pueblo y casa,
Y dejemos á un lado
Las negras aventuras
Que dan perversos ratos.
Yo al dejar mi gobierno
De él salí escarmentado,
Y por nada del mundo
A gobernar me allano;
Mas quisiera ser Conde
Y eso no he de lograrlo
Si su merced renuncia
A ser rey soberano
Y deja el noble oficio
Que vino profesando.
Por esto soy sin duda
Aquí el que menos gano,
Pues ya no hallaré medio
De alcanzar el Condado.
Mis locas esperanzas
Se han ido marchitando
Y en vez de lindas flores
Tan sólo encuentro cardos.
Oyó el buen Don Quijote
Las palabras de Sancho
Y dijo:—No te apures,
Mitiga tu quebranto.
Mi reclusión forzada
Durará solo un año,
Después del cual, podremos
Salir de nuevo al campo
Siguiendo mis valientes
Ejercicios honrados
Sin que me falte un reino
Que gane, y un condado
Que pueda transmitirte
Por premio á tus trabajos.
—Dios le escuche y lo haga,
Responde consolado
El escudero al punto;
Que según dijo un sabio
Es mejor que una buena

Esperanza tengamos
Que posesión mezquina
De ruines aparatos.»

.....
Pasaron unos días
Y al verse algo aliviado
Se despidió de todos
El ingenioso hidalgo.

Después, aunque con pena,
De su palabra esclavo,
En camino se puso
Humilde y desarmado.

CXXX

A la sombra de un árbol.

Al salir de la bella Barcelona
Nuestro ilustre manchego iba montado
En su fiel Rocinante, y Sancho Panza
Detrás marchaba *pédibus andando*,
Porque su rucio sobre sí llevaba
Las armas mohosas del valiente hidalgo.
No hay que decir que estaba Don Quijote
Sumamente abatido y afectado,
Y que lo estuvo más al ver el sitio
En que quedó á merced de su adversario.
—Aquí, exclamó en extremo conmovido,
Perdí mi honor y dejo sepultados
Con mis glorias pasadas, mis intentos
Presentes, que suspendo por un año.
Aquí marchitos mis laureles miro
Por culpa mía, pues por ser incauto
No conocí ¡ay de mí! que Rocinante
Ocioso, sibarita, afeminado,
No podía afrontar la fuerza indómita
De aquel feroz descomunal caballo
En que montaba el de la Blanca Luna
Y que ha sido la causa de mi daño.

Oh! vámonos de aquí, Sancho querido;
Por Dios aviva el perezoso paso,
Que estoy vencido y mi promesa honrada
Cumplirse debe; á nuestro pueblo vamos.
—Eso, señor, responde Sancho Panza,
No es tan fácil de hacer como es mandarlo;
Que voy á pie y á su merced le cuesta
Que son mis pies un poco delicados.
Así, pues, serán cortas las jornadas
Si no puedo subir sobre mi asno,
Para lo cual, vuesa merced pudiera
Colgar esos trebejos en un árbol,
Y aun si me apura mucho, á Rocinante
A quien me holgara mucho verle ahorcado,
Por débil y por flojo, torpe y mandria,
Cobarde, sibalita y mentecato.

—Eres cruel, replica Don Quijote;
Y además de cruel desvergonzado.
¿Quién te ha dicho que yo con quien me sirve
Honradamente, puedo ser ingrato?
Marcha de prisa si tus pies te dejan
Y sino te dejaren, vé despacio.»

Terminada esta plática, siguieron
Todo aquel día mustios caminando
Sin que nada de nuevo sucediera
Nisles llamara la atención; pasaron
Otros dos días de la misma suerte,
Teniendo que dormir los dos al raso
La noche del tercero; luego vino
A mostrarles su luz el día cuarto
De su jornada próspera; y ya había
El sol el horizonte promediado
Cuando vieron llegar por el camino
Que llevaban, un hombre que marchando
A pie con sus alforjas sobre el cuello
Y una azcona ó gran chuzo en una mano,
Correo pedestre ó propio parecía
Según lo mucho que apretaba el paso
Moviendo sus dos piernas larguiruchas
Pues era un mozo de gentil tamaño.

Llegó por fin, y al ver á Don Quijote
Dió muestras de sentirse alborozado,

Pues corriendo hacia él le abrazó un muslo
Diciéndole á la vez con entusiasmo:

—Oh! señor Don Quijote de la Mancha!

Cuánto placer recibirá mi amo

Al saber que volvéis á su castillo

En donde todos os estiman tanto.

—Yo no os conozco, amigo, respondióle

Don Quijote: no sé quién sois, ni hago

Memoria...—Es natural, dijo el correo;

Que el día en que me vísteis iba armado

Y tan sólo un instante mi visera

Para que no me ahogara levantaron.

Yo, señor caballero, soy Tosilos;

Aquel Tosilos misero criado

Del Duque mi señor, que entrar no quise

Con vos en rifa estando enamorado

Y queriendo casarme con la hija

De Doña Rodríguez...—Sí, ya caigo,

Replicó Don Quijote; y por Dios juro

Que me dejáis atónito y estático.

¿Es posible que vos seáis el mismo

A quien los viles y envidiosos magos,

Encantadores enemigos míos,

Convirtieron de súbito en lacayo

Por defraudarme de la prez y honra

Que en el palenque hubiera yo alcanzado?

—Calle mi buen señor, dice el correo;

Calle y sepa que allí no cupo encanto

Ni mudanza de rostro; tan Tosilos

Lacayo entré en la lid, como lacayo

Tosilos salí de ella, esto es lo cierto

Y lo demás es todo imaginario.

Si yo reñir no quise aquella tarde

Fué por creer que el lance era excusado;

Vos queríais casarme con la moza

Y á mí la moza me flechó en el acto.

Por desgracia, tan luego como os fuísteis

Del castillo, quedé desamparado

Y el Duque mi señor muy ofendido,

Por no ser yo obediente á los mandatos

Que me dió al iniciarse el desafío,

Dispuso darme un centenar de palos.

Como siempre sucede en este mundo
La sogá se quebró por lo delgado
Y hoy la muchacha es monja sin quererlo;
Doña Rodríguez se volvió en el acto
A Castilla, y yo triste, convertido
En mísero correo sin caballo,
A Barcelona voy con unas cartas
Que dirige al virey mi señor amo.
En estas mis alforjas llevo vino
Que aunque está algo caliente es de lo caro;
Si sed vuestra merced siente á estas horas,
A su salud echemos un buen trago.
Y si quiere probar un rico queso
De Tronchón, que es muy propio para el caso
De despertar la sed, yo se lo ofrezco
Pues tengo mucho gusto en obsequiarlo.
—Quiero el envite, dijo Sancho Panza
Terciando de repente en el diálogo;
Eche el resto la noble cortesía
Y escancie el buen Tosilos sin reparo,
A despecho y pesar de los tunantes
Encantadores y perversos magos
Que hay en las Indias.— Siempre fuiste el mismo,
Exclamó Don Quijote disgustado;
Dí, ignorante, glotón, ¿no te persuades
De que este correo tiene encanto
Y es contrahecho este Tosilos? quédate
Aquí con él, y llénate ese pancho,
Que yo me iré adelante poco á poco
Y esperaré á que vuelvas embriagado.»
Esto dijo apartándose un buen trecho;
A su costa rióse el ex-lacayo
Y sacando una senda calabaza,
Queso y un panecillo, se sentaron
Sobre una alfombra de mullido césped
Donde á fuerza de besos y de halagos
Que el vino mereció, del pan y el queso
La abundante ración despabilaron,
Mientras Tosilos ledo y sonriente
De esta manera conversó con Sancho:
—Sin duda este tu amo, Sancho amigo,
Debe de ser un loco rematado.

—¿Cómo debe? replica el escudero;
Los que tal te dijeron te engañaron,
Pues nada debe á nadie, sobre todo
Si con locuras verifica el pago.
Yo mil veces le advierto que está ido;
Mas no me atiende, y ahora rematado
Va el infeliz porque se vé vencido
Humildoso y sujeto á los mandatos
Del caballero de la Blanca Luna.

—Eso pica en historia, cuenta, Sancho.

—No puede ser: pues como tú comprendes
En comer y en beber los dos pasamos
Un rato regular, y no es decente
Que me haga esperar segundo rato.
Si otro día volvemos á reunirnos
Yo te prometo referirte el caso.

Esto dijo el buen Panza levantándose
Después de haberse sacudido el sayo
Y las migajas de la barba; y luego
Antecogiendo al rucio con cuidado
Dió un adios á Tosilos, y derecho
A incorporarse fué con el hidalgo
Que con santa paciencia le esperaba
A la sombra de un árbol.

CXXXI

Proyectos felices.

A la sombra de un árbol Don Quijote
Estaba embebecido vueltas dando
En su enfermo magín á cosas tales
Que el tiempo se le iba sin notarlo.
Cual moscas á la miel los pensamientos
Le acudían; mas él sus picotazos
No sentía, ni acaso los sintiera
Aunque las tales moscas fueran tábanos.

Pensaba en el encanto de su amada,
Pensaba en abreviar el desencanto,

Y pensaba también en lo que haría
En su retiro hasta pasarse el año.

Llegó hasta él al cabo Sancho Panza
Que ponderó la cortesía, el garbo,
La liberalidad, la gallardía
Y amable condición del buen lacayo;
(Y aquí sin duda hablaba por su boca
El vino aquel que confortó su estómago).

Salió por fin de su abstracción profunda
El triste caballero, y dijo á Sancho:

—¿Es posible que creas todavía
Que es ese tal, legítimo lacayo?

¿Se te fué por ventura de las mientes
Que viste por tus ojos trastrocado
Al ángel de mi amor en labradora
Rústica y zafia y fea como un sapo?

¿Olvidaste también al caballero
De los Espejos, que por artes mágicos
Tan de repente vimos convertido
En nuestro amigo el bachiller Carrasco?
Desengáñate, y cree que Tosilos
Es un Tosilos contrahecho y falso.

Pero ya que con él hoy estuviste
Departiendo, bebiendo y embaulando,
¿Has inquirido lo que Dios ha hecho
De Altisidora? ¿De su atroz desmayo
Logró volver al fin? ¿Mató la ausencia
Su amor y su dolor? ¿Siguió llorando,
O consolada púsome en olvido?

—Hablándole en verdad, repuso Sancho,
Yo no pensé en la tal Altisidora;
Y á decir lo que siento, juzgo extraño
Que en tales boberías ahora piense
Vuesa merced estando como estamos.
Cuerpo de mí señor, ¿se considera
En términos de hacer hoy calindarios
Para entrar en ajenos pensamientos
Y en amorosos frílovos cuidados?

—Dirás frívolos, hombre, no seas romo,
Replicó Don Quijote; y yo no alcanzo
A comprender que ahora me amonestes.
Porque habrás de saber, amigo caro,

Que hay mucha diferencia entre las obras
Que hacemos por amor puro ó liviano,
Y aquellas otras que el deber impone
Al mandar que jamás seamos ingratos.
Quísome bien la pobre Altisidora,
Dióme tres tocadores, vertió llanto
Desconsolada al ver que yo partía;
Maldijome sus carnes pellizcando,
Vituperóme airada, y la vergüenza
Se echó á la espalda con indicios claros
De estar loca por mí. ¡Triste doncella
Que tales pruebas de adorarme ha dado!
Yo no tuve esperanzas que ofrecerle
Ni tesoros que darle, pues al cabo
Mis esperanzas son de Dulcinea,
Y si tesoros busco, no los hallo.
Y ahora que el nombre de mi ilustre dama
Pronuncia audaz mi balbuciente labio,
Debo decirte con veraz franqueza
Que hace tiempo la vienes agraviando
No queriendo azotarte como es justo
Y ofreciste á Merlín. Flojo y taimado
Guardas ¡ay! esas carnes pecadoras,
(Que comidas por lobos y por grajos
Yo ver quisiera), no para hacer nobles
Acciones, y sacarme de cuidados,
Sino por ver que á devorarlas vengan
En tu lóbrega tumba los gusanos.
Así dijo con tono muy patético
El triste caballero desdichado;
Y Sancho que le oyó, con mucha flemma
Contestó:—Yo, señor, por más que hago
Y me devano el seso, no consigo
Presuadirme que tengan que ver algo
Mis pobres inocentes posaderas
Con esos misteriosos desencantos.
De todos modos azotarme ofrezco
En cuanto tenga gana y buenos ánimos,
Que ahora el tiempo no está muy á propósito
Y otros vendrán mejores para el caso.
—Así sea; responde el caballero;
Dios te ilumine; que el objeto es santo

Y Dulcinea del Toboso espera
Que te conduzcas como buen criado.
En estas y otras parecidas pláticas
Los dos siguieron por los mismos pasos
Y sitios que en su último viaje
Al ir á Barcelona atravesaron:
Y al llegar al paraje en que se vieron
Por los feroces toros arrollados,
Exclamó Don Quijote:—Este es el mismo
Alegre, fresco y deleitoso prado
En que aquellas pastoras tan bizarras
Y en que aquellos zagaes tan gallardos
Una feliz y pintoresca Arcadia
Llena de lujo y de primor fundaron.
Pensamiento más nuevo, más fecundo
No cupo nunca en el ingenio humano,
Y si á tí te parece, yo querría
Que al momento en pastores nos trocáramos,
Al menos por el tiempo que nos dure
El destierro á que fuimos condenados.
Yo compraré unas cuantas ovejuelas
Con todo lo que sea necesario
Al pastoral oficio, y desde luego
Cambiando letras, hemos de llamarnos.
Yo el pastor Quijotiz y tú Pancino
Que son nombres sonoros y adecuados.
Iremos por los montes y las selvas
Y por los verdes extendidos campos
Cantando aquí, endechando en otras partes,
Bebiendo de los líquidos y claros
Cristales de las fuentes; de los limpios
Arroyos ó del río desatado.
Daránnos á comer con abundancia
Su dulcísimo fruto los castaños
Ó la robusta encina; fuerte asiento
Los duros alcornoques centenarios;
Sombra los sauces, su fragancia el pino,
Olor las rosas ó el tomillo grato,
Hermosa alfombra de colores bellos
El blando césped que entapice el prado;
Aliento el aire transparente y puro,
Su luz la luna, su fulgor los astros

Que brillan en el fondo de la bóveda
Celeste, cuando el sol se va al ocaso.
Y sentiremos gusto y complacencia
Al oír la dulzura de los cánticos;
Y el lloro trocaráse en alegría,
Apolo nos dará versos sagrados
Y el amor sus conceptos elocuentes;
Con cuyos bienes, dichas y regalos
Nos haremos eternos y famosos
No sólo en este siglo, sino en cuantos
Están aun por venir.— Buena pintura!
Exclamó Sancho Panza entusiasmado.
Me cuadra y aun me esquina toda ella,
Y al oírle de gusto me relamo.
Compre luego las mansas ovejitas
Y seamos los dos al punto arcadios.
Puto de mí! con vida tan sabrosa
Me chuparé los dedos de las manos
Y hasta el codo también, y estoy seguro
De que al vernos pasar tan buenos ratos
Han de tener invidia de nosotros
Más de uno, de dos, de tres y cuatro.
Verá vuesa merced cómo se vienen
Á nuestro aprisco el bachiller Carrasco,
Maese Nicolás y acaso el mismo
Señor Cura, trayéndose sus hábitos.
—Dices verdad, replica Don Quijote,
Y si vienen los tres á nuestro hato
Se llamará el barbero Niculoso
En vez de Nicolás, pues ya ha pasado
Que á Boscan, famosísimo poeta,
Nemoroso las gentes le llamaron.
Respecto al bachiller, debe llamarse
El pastor Sansonino ó Sansoniano
Ó el pastor Carrascón, pues todo suena
De un modo muy poético y fantástico,
Para el Cura no encuentro todavía
Un seudónimo propio y atinado;
Mas poniéndole algún derivativo
Llamarle pueden el pastor Curiambro.
Las pastoras que sean dulce objeto
De nuestro amor, finezas y cuidados,

Como entre peras escoger sus nombres
Bien podrán fácilmente y sin trabajo.
Y puesto que el que lleva mi señora
Lo mismo cuadra al noble que al villano,
Á la princesa ó la pastora humilde,
Desde luego prefiero no cambiarlo.
Tú pondrás á la tuya el que quisiéres.
—El que pienso ponerle, dijo Sancho,
Será el de Teresona, que de molde
Vendrá con su gordura y su tamaño
Y encajará en los versos que le haga
Declarando que he sido fiel y casto.
El señor Cura... digo...me parece...
—Habla, hombre.—Pues digo que no hallo
Razón para que tenga una pastora
Siendo su menisterio honesto y santo.
Si el bachiller la tiene es otra cosa,
Su alma en su palma, en ello no habrá escándalo.
—Válame Dios! exclama Don Quijote
Tan jovial, tan feliz y alborozado
Como el chicuelo que al hacer novillos
Trisca y salta y se cree en un pináculo.
¡Válame Dios! repíte; ¡qué gran vida
Desde ahora en adelante hemos de darnos!
¡Qué músicas de alegres churumbelas
Sonarán por do quier regocijándonos!
¡Qué de sonoras gaitas zamoranas,
Tamborines, rabeles, y otros gratos
Instrumentos vendrán á complacernos
Llenando de armonías el espacio!
Ah! qué fiestas! qué danzas! qué cantares!
Y como sabes tú que soy un tanto
Poeta, y en bucólica está ducho
Ó lo debe de estar Sansón Carrasco,
No habrá más que pedir, pues habrá idilios
Y eglogaremos todos á destajo.
No sé si el señor Cura será vate
Ó en el versificar será novato,
Pero sospecho que tendrá sus puntas
Y ribetes de poeta aficionado.
De maese Nicolás nada te digo
Pues es barbero, y todos por su cargo

Son bandurristas y copleros, todos
Manejan la navaja y el guitarro.
Yo entonaré mis quejas á la ausencia;
Tú alarde harás de firme enamorado,
Y al pastor Carrascón tristes endechas
Inspirará el desdén de un ser ingrato.
El cura Curiambro por su parte
Hará sonetos con los pies forzados,
O acrósticos sublimes que á su margen
Lleven escrito el nombre de algún santo.
Así irá todo bien y no habrá nada
Que desear.—Repito, dijo Sancho,
Que esa vida me encanta y enajena;
Mas nací por mi mal tan desgraciado
Que temo que no llegue el causto día
De entenderme y charlar con el rebaño.
Si llego á verme allí ¡válgame el cielo!
Verá vuesa merced las cosas que hago.
¡Qué polidas cucharas! qué de migas,
Qué de natas, guirnaldas, frescos ramos,
Y otras mil zarandajas pastoriles
Que bizeo dejen á cualquier cristiano!
Sanchica, mi hija, que es muy cocinera
Conducirá nuestra comida al ható....
Pero no, tente lengua, que ella es guapa
Y allí no faltarán mozos taimados
Que pudieran tenderle con cautela
Fingiendo amor, sus traicioneros lazos.
Los malos pensamientos nacer suelen
Lo mismo en las ciudades que en los campos
Y en peligro se encuentra una doncella
Ya ocupe humilde choza, ya un palacio.
Quien quita la ocasión, quita el peligro;
Muerta la causa, muérese el pecado;
Ojo avizor vé claro entre las sombras,
Y nada vé el que cierra los dos párpados.
Quien no mira adelante, atrás se queda;
Y vale más en mi conceto un salto
De mata, que los ruegos de hombres buenos.
—Sancho! Sancho! por Dios ¿dónde vas, Sancho?
¿No te he dicho mil veces que por pródigo
De refranes, te haces en tu trato

Asaz insoportable y fastidioso?
No refrances más, vamos andando;
Y pues la noche oscura se aproxima,
De este camino real los dos salgamos
Para pasarla como Dios nos diere
A entender, en la falda de un ribazo.
Retiráronse, pues, y en la llanura
Inmediata, por fin se acomodaron;
Cenaron tarde y mal, y poco á poco
Dormir les hizo su mortal cansancio.

CXXXII

Aventura cerdosa.—Secuestro.

SUMIDO estaba en su profundo sueño
Muy feliz Sancho Panza
Cuando de pronto despertó su dueño
Que en paz no vive, ni sosiego alcanza.
Tan solo la esperanza
De ver desencantada á Dulcinea
Le sostiene en el mundo;
Sólo le anima tan feliz idea;
Para él lo demás es infecundo:
Nada sin eso conseguir desea.

Pensando en su adorado
Tormento, se quedó tan desvelado
Que poniéndose en pie dormir no quiso;
Antes bien, de improviso
A Sancho despertó lleno de enfado.
—Estoy maravillado
Al mirarte dormir, djole entonces;
Tú no debes de ser de carne y hueso,
Sino de pedernales y de broncees.»

Al mirarme sufrir mi pena amarga
Y agotar con exceso
Mi cáliz del dolor, duermes tranquilo;

Jamás un dulce sentimiento embarga
Tu duro corazón, mientras yo en vela
Mis esperanzas, mi ilusión mutilo,
Y nada de este mundo me consuela,
Tú te estás como un leño
Gozando siempre de apacible sueño.
Yo lloro cuando tú coplas ensartas
Con voz que me fastidia y alborota;
Yo me desmayo cuando tú te hartas
Sangrando el cuerpo de tu hinchada bota.»

»Desdichado de mí! más me valdría
Irme solo que mal acompañado;
Tu indiferencia al menos no vería;
Y acaso me miraran con agrado
Las encinas, la fuente, la alta peña,
Que aun siendo tan extrañas,
Deben tener más blandas las entrañas
Que las tuyas de piedra berroqueña.»

»Contempla con el alma compungida
Lo serena que está la noche; advierte
Como esta inmensa soledad convida
A pensar en las cosas de la vida
Y también en las cosas de la muerte.
Muerta está ó poco menos Dulcinea;
Sácala ya de su sepulero estrecho;
Sigue ¡oh Sancho! mi idea;
Levántate, desvíate algún trecho
Y sin mostrar entendimiento romo
Aplicate con mano poderosa
Por debajo del lomo
Cuatrocientos azotes ó quinientos
Sin hacer aspavientos,
Pues tu acción será noble y generosa.»

»Después que te hayas dado
A buena cuenta los que dejo dicho,
Pasaremos el resto de la noche,
Sin que nadie se acerque y nos reproche,
Cantando yo mi ausencia
Que me tiene en tan bárbaro entredicho,

Y tú la consecuencia
Del castísimo amor que has consagrado
A tu fiel Teresona,
Que es en verdad dignísima persona;
Con lo cual desde luego empezaremos
El ejercicio pastoral que antes
Acordado los dos, gustosos hemos.
Oh! seamos pastores trashumantes;
Formemos nuestro rancho;
Venga á él Dulcinea, que es mi gloria,
Y ya verás como tu nombre ¡oh Sancho!
Registrará en sus páginas la historia.

De esta suerte el cuitado caballero
Presentaba argumentos y razones;
Mas ¡ay! que empedernido el escudero
Por no decir amen, dijo que nones,
Añadiendo que no era religioso
Para disciplinarse; y que sería

La mayor tontería
Que después del dolor de los azotes,
Con necio afán y empeño estrafalario
Se pusieran los dos á hacer el oso
Cantando cual si fueran unos zotes
En un paraje oscuro y solitario.

Hallábanse en el punto
Más culminante de tan grave asunto,
Cuando llegó á su oído
Un sordo estruendo y áspero ruido
Que por todo aquel valle se extendía
Y con terrible son repercutía.
Entonces el valiente aventurero
A su cinto llevó la mano diestra
Dando de arrojo señalada muestra;

Mas no encontró su espada
Porque estaba la pobre secuestrada
Desde el día fatal que él en persona
Salió de la ciudad de Barcelona.
Entonces, recordando con despecho
Que vencido se hallaba y desarmado,
Tristes suspiros se arrancó del pecho

Viendo á la vez que Sancho agazapado
Debajo de su rucio, hecho un ovillo,
Tiritaba de miedo el pobrecillo.

Y entretanto el estruendo pavoroso
Se iba acercando más; y más crecían
Las ansias del criado temeroso
Y las dudas del amo valeroso
Que las causas de aquello no entendían,
Juzgando que era cosa grave y seria,
Siendo todo en verdad una miseria;
Pues eran unos hombres que llevaban
Sobre seiscientos puercos á una feria
Y los fieros é inmundos animales
Al ver que su carrera estimulaban
Formaban desconciertos infernales.

Llegó al fin en tropel la gruñidora
Piara, cuyo aspecto daba grima;
Y cual torrente ó río desbordado
Pasaron muchos cerdos por encima
Del pobre caballero atribulado,
Y sobre el triste Sancho, y sobre el rucio
Que en lo grave y sesudo era un Confucio.
Y llevaron gran trecho por delante
Al escuálido y triste Rocinante
Esparciendo á la vez, ya cerca ó lejos,
Alforjas, armas y demás trebejos.

Incorporóse Sancho como pudo
Sumamente indignado y corajudo,
Y tomando la espada
De su señor, gritó con voz airada:
—Como me llamo Sancho
Que aquí he de hacer horrible zafarrancho.
Mas Don Quijote, dijo:—No seas terco,
Que fuera desvarío
Querer que se desdore
Con la villana sangre de un vil puerco
La limpia hoja del acero mío.
Deja que huyan, deja que devore
¡Triste de mí! en mi situación violenta

Tan miserable afrenta;
Que eso y aun más se tiene merecido
Un caballero andante
Que por no ser prudente y precavido,
En un supremo instante
En lugar de vencer, se vió vencido.»

—Y ¿qué he de decir yo? Sancho responde;
¿Dónde se ha visto, dónde,
Que las faltas del bobo caballero
Las haya de pagar el escudero?
En estas malandanzas,
Donde vengo á sacar tales escotes,
¿Qué es lo que tienen de común los Panzas
Con la raza infeliz de los Quijotes?
Oh! más vale dormir; la batahola
De los puercos cesó, y por vida mía
Que me vuelvo á tender á la bartola
Hasta que apunte el venidero día.»

Esto dijo, y tendiéndose, al instante
Nuestro escudero se quedó dormido;
Mas no así Don Quijote, que sumido
En su eterno dolor, con voz doliente,

Exclamó de repente:
—Duerme, sí, que yo en tanto
Veré correr las fuentes de mi llanto.
Y á fin de que los muchos pensamientos
Que en mi mente hormiguan
No aumenten mis atroces sufrimientos
Y menos tristes y terribles sean,
Voy á cantar aquel madrigalete
Que ayer mañana improvisé, y que un día
En mármol grabará la mano mía.»

Dijo, y después á un árbol arrimado
Cantó con voz gangosa y en falsete
Una trova tan tierna y tan cuajada

De poéticos giros,
Que le arrancó del alma mil suspiros
En tanto que sus ojos
A fuerza de llorar estaban rojos.

Brilló por fin la luz pura y galana
De una fresca hermosísima mañana,
Y Sancho al despertar, con desconsuelo
Vió sus cosas tiradas por el suelo;
Y lo que más sentía
Lo que mató su gozo
Fué el contemplar el mísero destrozo
Que en su repostería,
Que era su encanto y su ilusión más cara,
Hizo la infame fugitiva piara
Que con bestialidad y en su impudicia
Vino á llenarlo todo de inmundicia.

Después de largo rato
Les fué preciso levantar el hato
Para seguir de nuevo su camino;
Lo mandaba el destino!
Y el triste Sancho que limpió lo sucio
Puso la albarda al rucio,
Colocó sobre ésta la armadura
Del cuitado y vencido caballero,
Y ensillando después á Rocinante,
Arrojando un gemido lastimero
Al tomar otra vez la carretera,
Siguiéron adelante
Con lento paso sin chistar siquiera.

Así cuenta la historia que marcharon
Durante todo el día;
Mas al caer la tarde contemplaron
Cierta tropel de gente que venía
En direccíon contraria; y distinguieron
Diez hombres de á caballo que con lanzas
Y demás adminículos marciales,
Con algunos de á pie, también armados,
Venían por aquellos andurriales
Tal vez llenos de infames esperanzas;
Tal vez á dar un golpe aparejados.

Sobresaltóse al verlos Don Quijote
A pesar de sus bríos y denuedo,
Y Sancho que no estaba para bromas

Cobró una dosis regular de miedo.

Entonces con gran pena

Dijo el primero:—Observa, amigo Sancho,
Á lo que el hado adverso me condena,
Pues si armado á estas horas me encontrara
De seguro otro gallo nos cantara.
Mas hoy que estoy vencido
Yo no sé lo que soy ni lo que he sido.
En fin, veamos lo que quieren estos
Que á darnos guerra acaso estén dispuestos.

Llegó por fin la misteriosa gente,
Y todos de repente

A nuestros dos viandantes rodearon,
Y aunque sus lenguas se mostraban mudas,
Con violento ademán y formas rudas
Al pobre Don Quijote amenazaron,
Dirigiéndole al pecho las agudas
Puntas de acero de sus fuertes lanzas,
Mientras que Sancho, en su interior, decía
Con gran melancolía:
—Por Dios que no me gustan estas chanzas.

Después uno de á pie poniendo un dedo
En la boca, en señal de que guardaran
Silencio sepulcral, con arrogante
Imperio, asió del freno á Rocinante
Apartándole al punto del camino;
Y los demás hicieron otro tanto
Con Sancho y con el rucio; y era cosa

En extremo curiosa
Que al llevar adelante acción tan fiera,
Que hermanaba la fuerza con el dolo,
No hubo uno tan solo,
Que soltase una sílaba siquiera.

Sólo una vez ó dos, quiso el hidalgo
Que le dijese algo
Sobre aquella feroz acometida
Y secuestro cruel; pero enseguida
Los vándalos inícuos le pusieron
Las puntas de sus lanzas junto al rostro,

Con lo cual consiguieron
Los que mostraban corazón de roca
Y entereza de acero y de diamante,
Que nuestro pobre caballero andante
No se atreviese á despegar su boca.

Después el sol, su coche
Fué conduciendo rápido á su ocaso;
Y al descender la noche
Por sendas y veredas ignoradas
Fueron marchando todos paso á paso.
Y luego entre las verdes enramadas
Resonaron fatídicos acentos

Que en alas de los vientos
Para aumentar su horror fueron traídos
De Don Quijote y Sancho á los oídos,
Renovando do quier sus hondas cuitas.

Y aquellas voces sin cesar clamaban:
— Caminad, trogloditas;
Guardad silencio, bárbaros scitas;
Leones, Polifemos, antropófagos,
Pagad vuestros delitos:
Andad, corred, volad, hombres precitos. »
Y Sancho que lo oía

De esta manera en su inferior decía:
— ¿Nosotros tortolitos ni barberos?
¿Nosotros estropajos?
¿Nosotros dando citas? ¡Qué groseros
Deben ser esos hombres y qué bajos!

De este modo á la fuerza caminaban
El apenado Sancho y Don Quijote
Que no estaba en verdad menos sombrío.

¿Á dónde los llevaban?
¿Qué sentencia dictó el destino impío?

.....
Si el buen lector desea
Saberlo á todo trance
Y persiste en su idea,
Puede verlo en el próximo romance.

CXXXIII

Escenas lúgubres.

AL salir de la bella Barcelona
Lleno de gozo el bachiller Carrasco,
Se dirigió al castillo de los Duques
Según éstos le habían insinuado.
Dióles de todo minuciosa cuenta,
Y al saber que vencido el buen hidalgo
Empeñada tenía su palabra
De volverse á su aldea desarmado,
El Duque imaginó darle una broma
Que de broma pasaba á ser bromazo.

Nada dijo á Sansón que al otro día
Partió para su pueblo muy ufano
Después de ser en el castillo objeto
De grandes alabanzas y agasajos;
Pero dictó en secreto varias órdenes
Á fin de que se fueran apostando
Por los alrededores muchas gentes
Armadas, ya de á pie, ya de á caballo;
Las cuales como queda referido
De Don Quijote al fin se apoderaron,
Y por ende también de Sancho Panza,
Que unas veces á Dios y otras al diablo
Encomendaba su alma pecadora
Maldiciendo las armas de su amo
Que no le permitían ni un instante
Subirse sobre el lomo de su asno.

De esta manera prosiguió su marcha,
Unas veces á pie y otras andando,
Hasta que al fin sus mudos conductores
Delante de un castillo se pararon.

Bien conoció al momento Don Quijote
Que era aquella mansión donde hospedado
Estuvo muchos días, pero al verla
Murmuró con crecienté sobresalto:

—Válame Dios! ¿qué es ésto? si á esta casa
Do todo es cortesía, fino trato
Y buen comedimiento, me han traído
Poco menos que preso y maniatado,
¿Qué intentarán ahora que infelice
Ni aun siquiera mis armas puestas traigo?
Vencido vengo, y el vencido siempre
Por do quiera que vá recoge agravios,
Que todo el mundo corta y hace leña
Cuando ven que caído se halla el árbol.
De un éxito fatal, víctima he sido,
Y mi desdicha y mi dolor aguanto
Sabiendo que en la tierra es un gran crimen
Y una deshonra el ser infortunado.
Tal vez aquí llegó la vil calumnia
Sus pavorosas alas desplegando;
Tal vez dijo de mí que fui cobarde
Siendo así que pequé de temerario.»

Con estas y otras cosas Don Quijote
Estaba su magín atormentando
Cuando vió que las puertas del castillo
Abriéndose ofrecieron paso franco.
Salvaron el dintel y prontamente
Se vió con su escudero arrebatado
Y conducido en hombros de jayanes
Hasta dar en el fondo del gran patio,
Alrededor del cual ardiendo estaban
Cien hachas puestas en blandones altos.

Por los anchos y luengos corredores
Esparcían también fulgor extraño
Más de quinientas luces, colocadas
En candeleros, lámparas y vasos,
Que las densas tinieblas de la noche
Ahuyentaban, al día remedando.

En medio del gran patio se ostentaba
Un magnífico túmulo, forrado
De negro terciopelo, y sobre el túmulo
Que cubría un dosel de luengos paños
De igual naturaleza, se mostraba
Un cuerpo muerto, cuyo rostro pálido
Daba á entender que en vida fué doncella
Llena de dulce, celestial agrado.

Y tan bella, que aun muerta parecía
Que á la muerte prestaba sus encantos.

Tenía la cabeza colocada
Sobre rica almohada de brocado,
Y su frente ceñía una guirnalda
Hecha de lirios y olorosos nardos.
Cruzadas sobre el pecho, tiene unidas
Sus blancas, bellas, diminutas manos,
Que sostienen la palma amarillenta
Emblema del pudor y del recato
Que á los cielos conducen á las vírgenes
Cuyo aliento perfuma los espacios.

En las gradas que están bajo su féretro
Vense en forma ordenada colocados
Cien candeleros de bruñida plata,
En los cuales, las velas derramando
Gota á gota sus lágrimas de cera,
Parece que al dolor se han asociado
De aquella soledad que al alma infunde
Negra inquietud y colosal espanto.

A otro lado del patio estaba puesto
Un teatro, en el cual vieron sentados
Dos personajes con corona y cetro
Que reyes parecían; y cercano
A este teatro se elevaba otro
En el cual al momento colocaron
Al atónito y triste Don Quijote
Y al impaciente y afligido Sancho,
Que estaban con los ojos muy abiertos
El hermoso cadáver contemplando,
Persuadidos de que era Altisidora
Que allí gozaba de eternal descanso.

Extremecióse el triste caballero,
Pues la conciencia le escarbaba algo
Y aun es de suponer que sentiría
Algún pavor al ver tal espectáculo.

Poco después el Duque y la Duquesa
Seguidos de gran séquito llegaron,
Y enjugando una lágrima invisible
Subieron tristes al soberbio estrado
En donde estaban los supuestos reyes
Junto á los cuales luego se sentaron

En dos sillas riquísimas de plata
Que allí puestas estaban de antemano.
Vió Don Quijote al Duque y la Duquesa
Y les hizo un saludo, doblegando
Todo su cuerpo, mientras ellos mudos
Sus cervices apenas inclinaron.

Entretanto, un ministro de la casa
Con mucha gravedad se acercó á Sancho
Y le puso un ropón negro y cumplido
Que de llamas de fuego está pintado,
Quitándole á la vez la caperuza
Que fué sustituida en aquel acto.
Por una gran coroza en la que estaba
Pintada toda una legión de diablos.

Después de colocarle las dos prendas
Se acercó más á él, y en tono bajo
Le dijo lentamente:—Si soltais
Una sola palabra, ó hacéis algo
Inconveniente, al punto seréis muerto.
Ojo al Cristo y cachaza, señor Sancho.

CXXXIV

La resurrección.

Sobre ascuas estaba el escudero,
Mas al verse de llamas rodeado
Sin que ninguna de ellas le quemase
Ni le diese un calor extraordinario,
Se quitó la coroza y contemplándola
Dijo:—Pues estas llamas, y estos diablos
Ni me consumen ni me llevan, ruede
La bola hasta que yo mande hacer alto;
Que no lo mandaré por vida mia,
Hasta ver si se pasa este chubasco.

Así pensaba el mísero escudero,
Y Don Quijote estuvo contemplándolo
Sin poder contener una sonrisa
Algo imprudente que asomó á sus labios.

Después de esto, escuchóse blanda música
Cuyos ecos del túbulo escaparon,
Y al lado de la muerta, de improviso
Apareció un mancebo muy gallardo
Que conducía una harpa melodiosa
Y que estaba vestido á lo romano.

Pulsó el harpa, y en medio del silencio
Supuleral que reinaba en todo el patio,
Con voz dulce, sonora y conmovida
Cantó unos tristes versos elegiacos,
Dando á entender la pena que embargaba
Los generosos comprimidos ánimos
De aquella concurrencia que vertía
Lágrimas mil al ver el desdichado
Fin que tuvo la pobre Altisidora
Que de amores murió por el ingrato
Y ausente Don Quijote de la Mancha
Que ahora presente estábale escuchando.

No bien dijo estas frases el mancebo,
Uno de los dos reyes mencionados
Se levantó diciendo:—Basta, basta,
No renovéis nuestro dolor amargo.
Yo que soy el rey Minos, he venido
Aquí con mi colega Radamanto
Para ver de qué modo Altisidora
Puede volver á su pristino estado.
Diga, pues, Radamanto lo que opina,
Y á la muerte daremos un buen chasco. »

Esto dijo aquel rey, y el otro al punto
También se puso en pie grave y pausado
Añadiendo con voz avinagrada:

—Ministros de esta casa, altos y bajos,
Grandes y chicos, acudid al punto
Unos tras otros sin andar reacios
Y sellad sin excusas ni rodeos
El rostro grueso del insigne Sancho
Con un par de docenas de mamonas,
Doce pellizcos, seis alfilerazos
Y algún tirón del pelo de las barbas,
Con lo cual, de seguro realizado
Veremos el deseo de dar vida
Á la que yace en ese catafalco. »

Al oír las palabras anteriores
Rompió el silencio el escudero airado
Diciendo:—Voto á tal que así me deje
Sellar paciente el rostro grueso ó flaco
Como volverme moro. ¿Á mí mamonas?
¿Á mí pellizcos? por el cielo santo
Juro, que tengo ya tan necias burlas
Sentadas en la boca del estómago.
¿Qué tiene ahora que ver que manoseen
Mis barbas, y me den alfilerazos,
Con la resurrección de esta doncella?
Esto es tomar las hojas por el rábano.
Si miran encantada á Dulcinea
Azotes me recetan en el acto;
Y si se muere Altisidora, quieren
Que yo la resucite hecho un San Lázaro.
Basta de bromas, digo, y sepan todos
Que soy un ángel cuando no me enfado,
Mas si me apuran y me acosan mucho
Soy un demonio y armaré un escándalo.»

Al oír estas frases que decía
Á voz en cuello el indignado Sancho,
Se puso Radamanto tan furioso
Que era cosa de ver á Radamanto.
—Cállate, tigre, dijo, calla, humíllate
Y obedece gustoso mis mandatos;
Ó vive Dios ¡que morirás de véras
Después de verte bien mamoneado.
Hola los de esta casa! vengan todos
Y vayan su pellejo acribillando.»

Apenas pronunciada esta sentencia
Se vió avanzar por el extenso patio
Seis dueñas con las diestras levantadas
En actitud de comenzar el acto.
Mas Sancho que las vió tembló de ira
Y de esta suerte se expresó, bramando
Como indómito toro que en el circo
Se vé por las cuadrillas acosado:
—Eso no, ¡voto á tal! yo no consiento
Que pongan dueñas sobre mí las manos.
Gatéenme si quieren como hicieron
Aquí en este castillo con mi amo;

Puncean mi cuerpo con agudas dagas,
Con cuchillos ardiendo me hagan cuartos,
Piquen mis carnes para hacer albóndigas;
Mas que me toquen dueñas no lo aguanto.

De tal modo gritaba Sancho Panza;
De tal manera alborotó el cotarro,
Que Don Quijote al fin de pie se puso
Y le dijo:—Ten calma, noble Sancho;
Dá gusto á estos señores, mortifícate
Y ofrécete gustoso en holocausto,
Dando gracias al cielo que piadoso
Tanta virtud á tu persona ha dado
Que sufriendo el martirio, desencantas
Á los tristes que sufren un encanto
Y resucitas á los mismos muertos
Que á pique están de verse sepultados.

Estas palabras tiernas y sentidas
La cólera de Panza desarmaron,
Pues poniéndose bien sobre su asiento
Dió rostro y barba, triste y resignado,
Á la primera dueña que más cerca
Estaba, y que con cierto sobresalto
Le selló la mamola consabida
Y una gran reverencia hizo en el acto.

Llegaron las demás dueñas, é hicieron
Lo mismo que la otra, saludando
Con mucha cortesía al escudero
Que estaba ya de sus saludos harto.
Finalmente, vinieron otros muchos
Sirvientes de la casa asalariados
Que haciéndole las mismas reverencias
Le fueron á sus anchas pellizcando.

Todo en silencio lo sufrió la víctima;
Mas al darle el primer alfilerazo
Asió un hacha encendida que allí cerca
Estaba, y con furiosos arrebatos
Dió tras las dueñas y la gente toda
Que á su gusto le estaban torturando.
—Fuera! gritó; malditos del infierno!
Fuera brujas, ¡ministros de los diablos!
Que yo no soy de bronce, ni mis carnes
Se hicieron para tal desaguisado!

No más martirios ó por Dios bendito
Que con mis uñas os haré pedazos.» (28)

Esto dijo, y dispuesto se encontraba
Á vengar iracundó sus agravios
Cuando vieron moverse á Altisidora
Que ya estaba rendida de cansancio.
Dió media vuelta, y todos los presentes
Al momento con júbilo exclamaron:
—Viva está Altisidora! viva ella
Y el gran Panza que la ha resucitado!»

CXXXV

Triunfos de Sancho.

No bien notó el famoso caballero
Que Altisidora se encontraba viva
Dejó su asiento, y ante Sancho al punto
Se puso de rodillas.

—Tú, le dijo, que hiciste este milagro
Que á todos nos confunde y maravilla,
Tú, que gozando del favor divino

Los muertos resucitas:
Hijo de mis entrañas, caro Sancho,
Vuelve tus ojos, mis tormentos mira,
Y ten misericordia al ver mi duelo;

Mis dolores mitiga.
Tu virtud está ahora sazónada;
Su eficacia será grande y propicia;
Esta es la hora: date unos azotes

Con alma compasiva.
Ya sabes que los tienes prometidos;
Que de ellos pende mi suprema dicha
Y que al desencantar á Dulcinea
Me volverás la vida.»

.....
Calló el hidalgo, y dijo Sancho Panza:
—Por Dios, señor, que es floja la manía

Y que el pedirme que me azote ahora
Tiene apenas malicia.

Tras pellizcos, mamolas y pinchazos,
Será grato empuñar las diciplinas!
Miel sobre hojuelas, como dijo el otro,
Los azotes serían...

Mejor será que me áten una piedra
Muy grande al cuello y con piedad solícita
Me echen á un pozo, para hacer milagros
Rompiéndome la crisma.

Por Dios que pasa de castaño oscuro
Cuanto de mí la gente solícita
Al pretender que cure el mal ajeno
Echándomelo encima.

Esto es ya demasiado; cepos quedos,
Y ceje cada cual en su porfía,
Separando del fuego sus castañas
Con sus manos polidas.»

De esta manera Don Quijote y Sancho
Su diálogo grave sostenían
Cuando vieron sentada sobre el túmulo
A la doncella linda.

Entonces resonaron dulces flautas,
Y al compás de sonoras chirimías
Exclamaron cien voces:—Ya se ostenta
Altisidora viva.»

Viva! viva! los ecos del castillo
Repitieron, y llenos de alegría
Los Duques, Radamanto y Minos fueron
Al punto á recibirla.

Uniéronse á los Duques Don Quijote
Y Sancho, y todos juntos, á porfía
Al bajarla del túmulo tendiéronle
Sus manos con gran prisa.

Entonces ella, lánguida y humilde,
Hizo á los reyes una cortesía,
Otra á los Duques, y otra á Don Quijote
Por quien triste suspira.

Después abrió sus labios, y encarándose
Con él, le dijo temblorosa y tímida:
—Dios te perdone, ingrato caballero,
Tu indiferencia esquiva.

Por tu crueldad, he estado muchos siglos
(Por lo menos á mí me parecían
Siglos las horas) en el otro mundo

Donde es lóbrego el día.

Y en cuanto á tí, benévolo escudero,
Cuya dulce piedad me da la vida,
Yo declaro que no hay en todo el orbe

Quien contigo compita.

En tí han puesto los hados sus virtudes;
Hoy de la muerte vencedor te miras;
Recibe, pues, las gracias y el afecto

Que mi amistad te brinda.

Y á fin de que no pienses que estos dones
Son jarabe de pico y burlería,

Yo me obligo, buen Sancho, á regalarte
Seis hermosas camisas.

Camisas de mi uso, que arreglarte

A tu talle podrás, si así lo estimas,
Y que si bien no están del todo sanas

Al menos están limpias.

Oyó Sancho las frases anteriores
Y al momento doblando una rodilla,
Coroza en mano, le besó las suyas

A la traviesa chica.

Mandó el Duque que la hopa y la coroza

Le quitaran los fámulos de encima,

Mas Sancho le rogó que le dejase

Lo que él llamaba mitra,

Y la ropa también, en testimonio

Y por recuerdo que llevar quería

A su tierra, de aquella *cirimonia*

Jamás vista ni oida.

—Tiene Sancho razón, dijo al momento

La Duquesa; que yo siempre su amiga

He sido, y es muy justo y conveniente

Que le dejen su mitra.

Después de esto subiéronse los Duques

Seguidos de su noble comitiva;

Se apagaron las luces en el patio,

Y acabóse la farsa de aquel día.

CXXXVI

Cuentas exactas.

Sobre venticuatro horas
Permaneció Don Quijote
Esta vez en el castillo
Cuyos egregios señores
Sin duda estaban más locos,
Muchísimo más, que el pobre
Hidalgo, del cual se hicieron
Incansables burladores.

La traviesa Altisidora
Hizo gala de sus dotes
De buen humor é inventiva,
Contando las impresiones
Que sintió en el otro mundo;
Su tristeza y sus temores
Al ver las cosas rarísimas
Que halló en ignotas regiones,
Sin arrancarse el recuerdo
De sus ardientes amores
Ni la imagen adorada
Del más cruel de los hombres
Cuyo corazón debía
Ser de pedernal ó bronce.

Diciendo así, la doncella
Contemplaba con transportes
Fingidos, al caballero
Sacándole los colores
Al rostro, mas él que estaba
Prevenido, dijo entonces:
—Mil veces, señora, os dije
Que eran vanas ilusiones
La de poner vuestros ojos
En un alma que se esconde,

O se repliega en sí misma
Cuando en peligro la ponen
De faltar á sus deberes
Y santas obligaciones.
Yo nací para ser siempre
Esclavo sumiso y dócil
De la simpar Dulcinea
Que mis potencias absorbe.
Pretender que aquí en mi alma
Sus huellas divinas borre
Es pensar en lo imposible
Pues soy consecuente y noble.
Tal desengaño os ofrezco
Para lograr que os reporte
Colocándoos en los límites
Que la honestidad impone.

Esto dijo el caballero
En son de fino reproche,
Y al oírlo Altisidora
No atendió más á razones,
Pues montando en fiera cólera
Comenzó á decir á voces:
—Vive Dios, Don bacallao,
Alma de almirez de cobre,
Que sois más terco y más duro
Que un villano, y que dais coces.
Ved que si yo os arremeto
De un Quijote haré un gigote
Y que os sacaré esos ojos
Que no admiran mis primores.
¿Pensais, don molido á palos,
Don vencido, don azote,
Que yo me he muerto por vos
Siendo un feo, viejo fósil?
Todo cuanto aquí habeis visto,
Cuanto sucedió esta noche
Fué fingido; que una hembra
De mi sal, belleza y porte
Por ningún hombre se muere,
Y menos por tal Adonis.
—Tiene razón, dijo Sancho;
Nadie se muere de amores,

Y el que lo contrario diga
Es fuerza que se equivoque.

.....
Tal fin tuvieron aquellos
Infortunados amores
De la linda Altisidora
Inócete y tierna joven
Que era capaz de burlarse
De las estrellas del Norte
Y del lucero del alba
Y hasta de todos los soles.
Tal fué su fin, pues á poco
Solicitó Don Quijote
De los Duques, que le dieran
La licencia ó pasaporte
Para partir del castillo;
Y los egregios señores
Negársela, no pudieron
Por muchísimas razones.

.....
Y nuevamente en campaña
Tenemos á Don Quijote
A quien sigue su escudero
Temiendo arrojar los bofes,
Siempre en pos de Rocinante
Que esta vez camina al trote.
Pero lo que más le enfada,
Lo que más le descompone,
Es el ver que Altisidora
(Mujer al fin, falsa y torpe),
No le dió las seis camisas
Ofrecidas. Oh ¡qué golpe!

.....
Por fin, acertando el paso,
Siguiéron ambos varones
Su fatigosa carrera;
Y Sancho, tomando entonces
Alientos, dijo á su amo:
—En verdad, señor, que soime
El más desgraciado médico
Que en el mundo se conoce.
En él abundan los mata-

Sanos, y existen doctores
Que en acabando al enfermo
Piden sus retribuciones,
Mas á mí, que la salud
Agena me cuesta azotes,
Mamolas y alfilerazos,
Ni un solo ardite me ponen
En las manos; lo cual creo
Que es algo indecente y torpe.
Y ahora digo, ¡voto á tal!
Que si llegan ocasiones
De dar vida á otros defuntos
O de aliviar los dolores
De otros prójimos y prójimas,
Me han de dar antes mi escote.
El abad de lo que canta
Yanta, y yo no estoy conforme
En dar la virtud que tengo
Así de bóbilis bóbilis.
—Tú tienes razón, buen Sancho;
Contéstale Don Quijote;
Esta vez Altisidora
No obró como corresponde.
Pues te ofreció seis camisas
Y á sus promesas faltóte.
Tu virtud es *gratis data*,
O al menos se presupone,
Puesto que leer no sabes
Ni hiciste estudios mayores;
Pero de todas maneras
Martirios y coscorriones
Suplen bien á los estudios
Y es justo que se te abonen.
De mí sé decir ¡oh Sancho!
Que si consigo que adoptes
Lo que te propongo, y quieres
Darte tus miles de azotes
Desencantando con ellos
Al ángel de mis amores,
Dispuesto estoy á pagártelos
Y á que tú mismo te cobres,
(Pues tienes dineros míos),

Bien y al contado su importe.
Al oír tales palabras
Tan conmovido sintióse
Sancho, que abrió sus orejas
Y ojos de un modo disforme.
A dar el consentimiento
Su corazón inclinóse
Y dijo al fin á su amo:
— Señor mío, yo soy pobre
Y por el amor que tengo
A mi mujer y á mi prole
Hoy me muestro interesado;
Vuesa merced me perdone
Y dígame lo que en junto
Me va á dar por cada azote.
— Eso, amigo de mi alma,
El buen hidalgo responde,
Yo no puedo precisarlo;
Será según y conforme.
Para pagar tal servicio
No hay oro, plata, ni cobre,
Ni tesoros de Venecia
Ni minas en todo el orbe.
Así, pues, fijar el tanto
A tí solo corresponde:
Toma el tanto á mi peculio
Y dime el precio que pones.
— La suma, replica Sancho,
Que Merlín fijó en el bosque
Es de tres mil y trescientos
Y otro piquillo de azotes.
De ellos me he dado hasta cinco;
Quedan los demás, colóquense
Los dados por el tal pico
Y encontraremos entonces
Solos los tres mil trescientos
Que es buena ración de golpes.
Poniéndolos á cuartillo
Cada uno, que aunque enorme
Parezca el precio, no bajo
Ni un cornado aunque me ahorquen,
Montarán mil y quinientos

Medios reales ó vellones
Que son mitad de tres mil,
Salvo que yo me equivoque.
Después los otros trescientos
Arrojarán un importe
Cabal de ciento cincuenta
Medios reales, que componen
Setenta y cinco reales;
Los que juntados al postre
A los otros setecientos
Cincuenta, nos dan de golpe
Ochocientos veinticinco
Reales; y si está conforme
Vuesa merced, y es gustoso
En que los desfalque y tome
Del dinero que le guardo,
Yo me daré los azotes
Y entraré en mi casa rico
Y contento, aunque me sobe
Las carnes; que al fin y al cabo
No hay nadie que truchas tome
Sin mojarse... y más no digo
Por respeto al que me oye.»

Calló Sancho, y al instante
Muy alegre Don Quijote
Exclamó:—¡Bendito seas!
Sancho amable! Sancho noble!
Tan obligados quedamos
La luz de mis ilusiones
Y yo, que toda la vida
Serás nuestro guía y norte.
Si ella vuelve al ser perdido,
Lo cual nadie en duda pone,
Su desdicha será dicha,
Mi triunfo, de los mejores.
Mira, pues, querido Sancho,
Cómo tus flagelaciones
Vas á comenzar, y cuándo:
Que la impaciencia me comé.
Abrevia el tiempo, hijo mio,
Y á realizarlo disponte,
Que yo te aumento cien reales

Como premio y alboroque.
Dime, pues, cuándo comienzas.
—¿Cuándo, señor? Esta noche
Sin falta, replica Sancho
Libre ya de indecisiones.

CXXXVII

El principio del fin.—Azotaina.

LLEGÓ la noche anhelada,
Y penetrando en un bosque
Quitaron albarda y silla
Á sus dos rinocerontes,
Es decir, á Rocinante
Y al rucio paciente y dócil.
Luego el amo y el criado
Trocando en blandos colchones
Las frescas yerbas, tumbáronse
Y cenaron como hombres
Que tienen buen apetito
Y están en todo conformes.

Después de esto, Sancho Panza
De su sitio levantóse
Y del cabestro y la jáquima
Del asno, se hizo un azote
Tan poderoso y flexible
Y de tales condiciones
Que sin poder remediarlo
Se estremeció Don Quijote;
El cual viendo que su fámulo
Se apartaba con veloces
Pasos, dando claras muestras
De sus buenas intenciones,
Le gritó:—Por Dios, amigo,
Cuida bien de que los golpes
No se atropellen los unos
Á los otros; no redobles
La ración, ni des tan fuerte

Que los miembros te destroces
Y pierdas la vida antes
De que al fin del todo toques.
Anda, cumple tu promesa,
Arranca de sus prisiones
Á mi simpar Dulcinea,
Y Dios el premio te otorgue.
Yo entretanto aquí te aguardo,
Y porque no te equivoques
Por carta de más ó menos,
Llevar exacta propóngome
Con mi rosario en la mano
La cuenta de tus azotes.»

Oyó Sancho estos consejos
Y dijo parando el trote:
—Al buen pagador no duelen
Prendas, seguiré sus órdenes
Pues todas ellas envuelven
Los sentimientos más nobles.
Yo me zurraré de veras,
Mas con tales condiciones,
Que me duela sin matarme,
Lo cual sin duda, responde
Al secreto y la sustancia
De este gran milagro. Vóime.»

Se fué en efecto, y metiéndose
Un poco adentro del bosque
Desde medio cuerpo arriba
Al momento desnudóse;
Y el cordel arrebatando
Se dió seis ó siete golpes
En tanto que los contaba
Con grande afán Don Quijote.

Pero sucedió que al tiempo
De darse el octavo azote,
Suspendiendo su faena
Dijo á su señor á voces:
—Yo, señor, me llamo á engaño,
Que el pellejo se me pone
Hecho una criba, y la zurra
Produce sendos dolores.
El trato ha sido leonino,

Y aun puede dársele el nombre
De gatuno; que no es nada
Un cuartillo por azote,
Y bien vale medio real
Por lo menos cada golpe.

—Bien está, Sancho, prosigue,
Contéstale Don Quijote;
No hay que desmayar, yo doblo
El precio; no te sofoques.

—De ese modo, dijo Sancho,
Venga un diluvio de azotes,
Que al fin los duelos, con pan
Son menos; ya estoy conforme.»

Dijo, y alzando el zurriago
Con tal furia descargóle
Que si se dá en las espaldas
La espina dorsal se rompe.

Mas fué el caso, que el gran pécora
Socarrón de los mayores,
En vez de darse en el cuerpo,
Dió en las hayas y en los robles,
Lanzando cada suspiro
Que su amo imaginóse
Que iba allí á exhalar el alma;
Razón por la cual, entonces
Acercándose le dijo:

—Basta ya, Sancho, repórtate,
Que llevas ya mucho rato
Con esas flagelaciones,
Y la medicina es áspera
Y tu cuerpo no es de bronce,
Y no se ganó á Zamora
En una hora; disponte
Á descansar; que lo menos
Te has dado ya mil azotes
Y yo permitir no puedo
Que así los miembros te tronces.

—Eso no, no por mi vida;
Sancho Panza le responde;
Que por mí no ha de decirse
Aquello de «cuando cobres
La paga, tiéndete cuerpo,

Que ya cobraste los monis.
Apártese su merced
Otro poco, y no me estorbe,
Que quiero ver si me aplico
Siquiera otros mil azotes,
Con lo cual en dos levadas
Saldremos todos á flote.

—Puesto que así perseveran
Tus buenas disposiciones,
Dijo el hidalgo; gustoso
Me aparto, pégate, hombre,
Mas no te des con tal furia
Que tú existencia malogres.

Apartóse, cual lo dijo,
El caballero, y siguióse
Otra numerosa tanda
De latigazos enormes.
Y de tal manera Sancho
Pegaba iracundo en donde
Maldito si le dolía,
Que más de tres alcorques
Descortezados estaban
Sufriendo graves lesiones.

Finalmente, tan cansados
Tenía ya los resortes
De sus hombros, y sus puños,
Que descargando otro golpe
Descomunal sobre un haya,
Con muy lastimeras voces
Exclamó:— Aquí morirá
En medio de estos árboles,
Sansón, y los que con él
Son, si Dios no me socorre.

Oyendo lo cual, su amo
Dijo para sí:— Este pobre
Tiene ya rotos los huesos
Y fenecerá esta noche.
Preciso será que ofrezca
Un descanso á sus dolores,
Si ha de completarme el número
Que el sabio Merlín impone
Para ver desencantado

Al ángel de mis amores.
Diciendo lo que antecede
A su escudero acercóse
Y dijo:—Por Dios, buen Sancho,
Que refrenes tus furoros.
Nunca permita la suerte
Que por darme gusto, cortes
El hilo de una existencia
Que á tus hijos corresponde.
Mejor coyuntura espere
Mi amada, que yo conforme
En contenerme en los límites
De lo justo, bueno y noble,
Viviré, con la esperanza
Propíncua de que recobres
Nuevas fuerzas para hacer
Que mi dicha se corone.
—Bien está, replica Sancho;
Yo obedeceré sus órdenes;
Mas ruego á vuesa merced
Que me abrigue los riñones.
Écheme su ferreruelo,
Que este sudor me corrompe
Y temo que me costipe
El relente de la noche.»

Complaciente en grado máximo
Hízolo así Don Quijote
Y se quedó en cueros vivos.
Pues no llevaba calzones.
Entretanto, Sancho Panza
A un blando sueño entregóse
Y durmió tranquilamente
Hasta que los resplandores
Del sol de un naciente día
Esclarecieron el bosque.

Pusiéronse luego en marcha
Y al iniciarse la noche
De aquel día, pernoctaron
En otra floresta, donde
Volvió Sancho á su azotaina,
Pagando el pato, los pobres
Arboles, que recibían

En tronco y ramas los golpes.

Vino por fin la tercera
Estación, y en otro bosque,
(Pues sin duda el arbolado
Sobraba en España entonces),
Halló Sancho el finiquito
De los supuestos azotes.
Y tan ufano y alegre,
Tan satisfecho y conforme
Se mostró el enamorado
Y crédulo Don Quijote,
Que al emprender otro día
Su jornada, imaginóse
Que iba á topar con su amada
Que con ardientes transportes
Desencantada vendría
A requerirle de amores.
Mas ¡ay! en vano la espera;
En vano sus ojos pone
En las mujeres que pasan;
En vano las reconoce;
Todas son zafias y feas;
Ninguna á su afán responde;
Cielos! ¿qué es lo que sucede
Al ángel de sus amores?

.....

CXXXVIII

Tristes augurios.—Decepciones.

DESPUÉS de algún incidente
Que contar no es necesario (29)
Nuestros dos aventureros
Hasta su aldea llegaron.
Iba el pobre Don Quijote
De salud muy quebrantado,
Y antes de entrar en el pueblo
Ocurrió un suceso extraño.

Estaban en una era
Dos chicuelos disputando
Y el uno le dijo al otro:

—Nunca la verás, gahnápiro.

—Nunca la verás, repite

Como un eco el pobre hidalgo;

Nunca la veré, Dios mío,

Así lo quieren los hados!

Oyó Sancho estos lamentos

Y preguntóle en el acto:

—¿Qué importa que esas palabras

Haigan dicho los mochachos?

—¿Qué importa? ¿pues no comprendes

Que eso aumenta mis quebrantos

Y que alude á Dulcinea

Que tal vez se ha evaporado?

Nunca la veré, es la fija.

.....
Iba á responderle Sancho
Cuando vieron que una liebre
Seguida de muchos galgos
Y de expertos cazadores
Venía camino abajo.

Con tal frenesí corría,
Que al fin, muerta de cansancio,
Entre las patas del rucio
Agazapóse temblando.

Cogióla el buen escudero
Y la presentó á su amo,
El cual murmurando estaba
Estas frases por lo bajo:

—*Malum signum, malum signum!*

Liebre huye, siguen galgos;

Dulcinea no parece,

Trance duro, trance amargo!

—Por Dios, que vuesa merced,

Exclama al oírle Sancho,

Hoy se muestra más que nunca

Incomprensible y pacato.

Supóngase que esta liebre

Viene á ser, pongo por caso,

Dulcinea del Toboso,

Y que esos perros tan flacos
Que la persiguen y acosan
Son los malandrines magos
Que en rústica labradora
Y hasta en liebre la trocaron.
Ella huye, yo la cojo
Y con mucho desparpajo
A vuesa merced la entrego,
Y ya la tiene en sus brazos
Y la regala y la mima,
Y la llena de agasajos.
¿Qué mala señal es esta
Ni qué agüero hay aquí malo?

Quedóse muy pensativo
Al oír esto el hidalgo
Y los chicos que reñían
En la era, se acercaron
A ver la liebre; y al punto
Preguntó á uno de ellos Sancho
Por qué reñían; y el mismo
Que fué la piedra de escándalo
Para el caballero mísero,
Confesó que había quitado
Al otro una jaula llena
De grillos, pero que estando
Dispuesto á no devolvérsela
Aunque pasaran mil años,
Le había dicho aquello de
«Nunca la verás, gaznápiro.»

Al oír tales palabras
Nuestro escudero echó mano
A su faltriquera, y dijo
Dando al chico cuatro cuartos:
—Venga esa jaula al momento.»

Diósele, tomóla ufano
Y la entregó á Don Quijote
Diciendo:—Ya, señor amo,
Vuesa merced sus agüeros
Encuentra desbaratados.
Ensanche su pecho y mire
Que no es de buenos cristianos
Creer en esas niñerías

Que hoy le alborotan los cascos.

Vuesa merced nunca ha sido

Suplesticioso y flamático....

—Fanático dirás, hombre.

—Sí, eso digo, eso declaro.

Así, pues, yo le suplico

Que eche las penas á un lado

Y que entremos en el pueblo

Donde hemos de estar un año

Mientras que vuesa merced

Merca un lindísimo hato

De ovejas, y nos hacemos

Todos pastores y arcadios.

Esto decía el gran Panza

Cuando hasta ellos llegaron

Los cazadores, pidiendo

Su liebre; y el buen hidalgo

La entregó con mucha pena,

Mas sin desplegar sus labios.

Pasaron luego adelante,

Y en un reducido prado

Que estaba cerca del pueblo,

Lo primero que toparon

Fué al Cura que repasaba

Las hojas de su breviario

Mientras oraba en silencio

Junto á él Sansón Carrasco.

Y cuenta la historia, nimia

En este y en otros casos,

Que Sancho Panza llevaba

Colocada sobre el asno

Para cubrir la armadura

Del triste vencido hidalgo,

Aquella túnica negra,

Aquel ropón tan cuajado

De llamas, que le pusieron

Allá en el ducal palacio

La noche que Altisidora

Volvió del mortal desmayo.

Colocó también encima

De la cabeza del tardo

Y perezoso cuadrúpedo

Que caminaba cargado,
Aquella mitra ó corozca
Toda pintada de diablos;
Y con tan raros adornos
Avanzó el pollino ufano,
Seguro de que en el mundo
Jamás se vió otro más majo.

Viéronles llegar el Cura
Y el Bachiller, y en el acto
Se vinieron hacia ellos
Para darles un abrazo.
Apeóse Don Quijote
Y todos regocijados
Se dieron la bienvenida
Y á la vez el buen hallazgo.
Mas lo que tuvo que ver
Fué el gran corro de muchachos
Que se formó en cuanto vieron
Al rucio tan adornado,
Y que á voces repetían:
—Mirad al burro de Sancho,
Qué gordo y polido viene,
Y al buen rocín de su amo
Que se muestra cada día
Más consumido y más flaco. >

De este modo y con tal séquito
En el lugar penetraron
Y á casa de Don Quijote
Encaminaron sus pasos.

Ya en el dintel de la puerta
La sobrina está esperando
Acompañada del ama;
Y ambas vierten dulce llanto
Aunque les mata la pena
De ver que está aniquilado.
También al encuentro acude
Desgreñada y sin zapatos,
Casi desnuda, Sanchica,
A quien trae de la mano
Su madre Teresa Panza
Que no está en mejores hábitos
Y que un poco contrariada

Dando á su esposo un abrazo
Le dijo:—Por vida mía,
Esposo y señor amado,
Que al mirar vuestro pelaje
Casi me aturdo y me pasmo.
Mal está ser gobernante
Y verse desgobernado,
Que venís á pie y llegais
Roto, sucio y aspeado.

—Cállate, Teresa, calla,
Contesta al momento Sancho:
Que aunque de lanas me visto
No soy un borrego; vámonos
A casa, que allí me oirás
Hablar de casos extraños
Y de muchas maravillas
Gustosas; dineros traigo,
Que es lo que importa, y te juro
Que los tengo bien ganados.

—Bien ó mal, dijo Teresa,
En traerlos no hay engaño;
Tenedlos vos, buen marido,
Y sereis reverenciado.»

Mientras que así conversaban
Abrazó Sanchica á Sancho
Diciéndole:—Vos, mi padre,
Sin duda me traereis algo:
Que yo siempre os aguardaba
Como á las aguas de Mayo.»

Asióle después del cinto
Y su mujer de la mano,
Y llevando en pos al rucio
A su casa se marcharon.

.....
Entretanto, Don Quijote
Encerrándose en su cuarto,
Habló á solas con el Cura
Y con su amigo Carrasco.
Contóles su vencimiento
Y cómo estaba obligado
A permanecer ocioso
En su casa todo un año.

Pero para no morirse
De tedio, tenía pensado
Hacerse pastor de ovejas,
Que era un ejercicio grato
A sus ojos, pues podrían
Las soledades del campo
Ser fieles testigos de
Sus amorosos cuidados.

— Por estas razones, dijo,
Pienso adquirir un rebaño
Numeroso; y si quisieran
Vuestras mercedes honrarnos
Á Sancho y á mí, viniéndose
Con nosotros á guardarlo,
Bien sabe Dios que me holgara
Teniéndolos á mi lado.

También debo hacer presente,
Añadió, que lo más árduo
Del negocio, está ya hecho,
Puestó que tengo pensados
Los nombres que llevaremos
En la majada los cuatro.

— ¿Y cuáles son? le pregunta
El Cura. — Pintiparados
Y como de molde todos,
Contesta alegre el hidalgo.
Yo me llamaré el pastor
Quijotiz, el buen Carrasco
Será Carrascón, y vos
Señor Cura, Curiambro,
Así como Sancho Panza,
Pancino, será llamado.

Calló Don Quijote y todos
Quedaron como pasmados
Al ver la nueva locura
Que alborotaba sus cascós.
No queriendo contrariarle,
La corriente le llevaron
Y prometieron hacerse
Pastores de muy buen grado.

— Yo, le dijo el Bachiller,
Gustoso á serlo me allano,

Que en mi vocación encaja
Vivir en retiro santo.
Además, ya el mundo sabe
Que soy el más consumado
Poeta, y en el aprisco
Haré versos cortesanos
Y poesías pastoriles
Que produzcan dulce encanto.
Elegiremos pastoras
Que sean de nuestro agrado
Y grabaremos sus nombres,
Ya en la corteza de un árbol,
Ya en las durísimas peñas
Cual firmes enamorados.
—Eso está de molde, dice
Don Quijote entusiasmado,
Pero á mí no me es preciso
Buscar nada imaginario,
Ya entre fingidas pastoras,
Ya entre nombres adecuados.
Mi Dulcinea está viva,
Dios la conserve mil años;
Que es gloria de estas riberas,
Alegría de estos prados,
Sustento de la hermosura,
Nota de donaires gratos,
Y finalmente, sujeto
Digno de eternal aplauso.
—Así es verdad, dijo el Cura:
Y pues acordados estamos,
Vamos á comer, que luego
De ello hablaremos despacio.
Con esto se despidieron
Los dos del famoso hidalgo,
Y la sobrina y el ama
Que estuvieron escuchando
La anterior plática, tristes
A su señor se acercaron
Diciéndole la sobrina:
—Por Dios, tío venerado,
Que de negras confusiones
Acometida me hallo.

Ahora que llenas de gozo
Su regreso celebrábase
Creyendo que iba á vivir
En recogimiento honrado,
Pretende vuesa merced
Lanzarse de nuevo al campo
Y trocarse en pastorcico.
Oh! ¡pastorcico á sus años!
—Es verdad, añade el ama,
Que eso de sufrir al raso
Las escarchas del invierno,
Los calores del verano,
El relente de la noche,
Y otros mil y mil trabajos,
Es para mozos robustos
Que á eso estén habituados.
Tome, señor, mi consejo:
Viva en paz, dese buen trato,
Confiese á menudo, cuide
De su hacienda y su regalo,
Y socorriendo á los pobres,
Ni envidioso ni envidiado,
Gozará dichosa vida
Y morirá como un santo.
—Callad, hijas, respondiéles
Con mansedumbre el hidalgo;
Que ya caballero andante,
O ya pastor trashumado,
Sé muy bien lo que me cumple
Y dó me aprieta el zapato.
Y pues no me siento bueno
(En efecto estaba pálido
Y tembloroso), llevadme
Al lecho, que yo entretanto
Cuidaré de que vosotras
Jamás paseis malos ratos.
Esto dijo el caballero
Y ellas con sumo cuidado
Condujéronle á su alcoba
Y en su lecho le acostaron.

CXXXIX

El testamento.—Muerte de un justo.
Epitafio.

NADIE es eterno en el mundo.
Sus fuerzas tiene agotadas
Nuestro insigne Don Quijote
Que está postrado en su cama.
Su acabamiento se acerca;
Transida tiene su alma;
Sus recuerdos le asesinan;
Se agotan sus esperanzas.

Al verse vencido, sufre
Su vergüenza y su desgracia;
Dulcinea no aparece
Aunque está desencantada.
Todo á matarle conspira;
No tiene ya forma humana;
Seis días de calentura
Le aniquilan y le acaban.

Durante aquellos seis días
Recibió visitas varias
Del Cura, del Bachiller,
Y del maese rapabarbas.

Sentado á su cabecera
Estaba el fiel Sancho Panza,
Testigo de sus grandezas
Y sus ínclitas hazañas.

En vano todos solícitos
Alegrarle procuraban:
En vano Sansón Carrasco
Le habló mucho de la Arcadia.

Sus tristezas no cedían
Y las mujeres de casa
Hicieron llamar al médico
Temiendo alguna desgracia.
Tomóle el galeno el pulso

Y poniendo mala cara
Dijo:—El cuerpo está en peligro;
Bueno es que cuiden del alma.

Oyó el triste Don Quijote
Las anteriores palabras
Con ánimo sosegado;
Mas la sobrina y el ama
Y Sancho, gimieron juntos
Vertiendo copiosas lágrimas.

De aquel fin inesperado
Quisieron saber la causa,
Y afirmó el facultativo
Que sin duda le mataban
Penosos desabrimientos,
Melancolías extrañas.

Volvieron de nuevo al llanto
Las dos hembras desoladas,
Y Sancho, haciendo pucheros,
Repelábase las barbas.

Rogó entonces el hidalgo
Que allí á solas le dejaran,
Y al salir, notaron todos
Que dormido se quedaba.

Seis horas duró su sueño,
Seis horas lentas y largas;
Y al despertar dijo en alto:
—Por fin Dios de mí se apiada!
Jamás su misericordia
Tuvo límites ni pautas.
Bendito seas, Dios mio,
Que así perdonas mis faltas!

Preguntóle la sobrina
Que cerca de él se encontraba:
—¿Tenemos algo de nuevo?
¿Qué decís? ¿qué es lo que os pasa?
—Digo, responde el hidalgo,
Que los ojos de mi alma
Ven ya claros los errores
En que viví por desgracia.
Ya tengo juicio, ya libre
Mi espíritu al fin rechaza
Las sombras caliginosas

De mi estúpida ignorancia.
Ya detesto aquellos libros
Llenos de infames patrañas
Que en mal hora me metieron
En donde no me llamaban.
Finalmente, yo reniego
De aquellas necias andanzas,
Y al sentir llegar la muerte
Debo enmendarme la plana.
Si loco viví, ahora cuerdo
Á Dios quiero dar mi alma,
Que un dulce arrepentimiento
Los sucios pecados lava.
Llama, pues, al señor Cura;
A Sansón Carrasco llama,
Y á maese Nicolás;
No olvides que ellos me aman
Y más de una vez quisieron
Darme lecciones muy sanas.
Ante ellos, mi testamento
Quiero hacer; y porque salga
De tinieblas mi conciencia,
Voy á confesarme; anda,
No tardes, sobrina mía,
Que mi muerte está cercana.
No bien murmuró estas frases,
Penetraron en la estancia
Sansón Carrasco, el Barbero
Y el Cura; y él sin tardanza
Les dijo:—Sed bienvenidos,
Señores, á vuestra casa,
Y ante todo dadme albricias
Al ver mi feliz mudanza.
Yo por mi bien, ya no soy
Don Quijote de la Mancha,
Que soy Alonso Quijano
A quien antes aplicaban
El sobrenombre de Bueno
Por lo bien que me portaba.
Ya no creo por fortuna
En Amadises de Gaula,
Ni en fabulosos Roldanes,

Ni en Cirongilios de Tracia.
No creo en la vil caterva
De duendes y de fantasmas,
Encantadores y brujas
Que sobre escobas cabalgan.
No creo en sus aquelarres,
Ni en sus untos y su magia,
Que esas son supersticiones
Que la Religión rechaza.
Finalmente, yo abomino
Esas historias profanas
De andantes caballerías
Que de mi mal fueron causa.

Al oír lo que antecede,
Los tres que escuchando estaban,
Creyeron que alguna nueva
Locura le atormentaba.
Por lo cual, Sansón le dijo:
—En verdad, señor del alma,
Que me sorprende de veras
El oír tales palabras.
Ahora que felizmente
Vemos ya desencantada
A su simpar Dulcinea
Del Toboso; ahora que en gracia,
Paz y amor de Dios, estamos
A pique de ir á una Arcadia
Trocándonos en pastores
Y en vates de gran prosapia,
¿Pretende vuesa merced
Hacerse ermitaño?—Basta,
Dice Don Quijote; ahora
De esos cuentos no se trata.
Yo, señores míos, siento
Que mi muerte está cercana;
Déjense burlas aparte
Y un buen confesor me traigan,
Aunque esto no es menester
Estando ya el Cura en casa.
Venga al punto un escribano
Que mi testamento haga,
Pues en supremos instantes